

forum^{XIX XX}

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN ARECIBO



f
o
r
u
m



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN ARECIBO

2011 – 2012

FORUM: es una revista de carácter interdisciplinario que publica la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Acepta artículos literarios o científicos, reseñas, semblanzas, poemas, cuentos, guiones, monólogos, dibujos y fotografías.

Pueden enviar sus trabajos para consideración de la Junta Editora a la siguiente dirección:

FORUM
Universidad de Puerto Rico
PO Box 4010
Arecibo, Puerto Rico 00614-4010
o de forma electrónica a forum.arecibo@upr.edu

Las normas de publicación pueden encontrarlas en
<http://forum.upr.edu/normas.htm>
Al someter un trabajo a FORUM la gerencia presume la aceptación de las normas y su interés en su eventual publicación.

FORUM
VOL XIX-XX 2011-2012

Dr. Miguel Muñoz
Presidente, Universidad de Puerto Rico

Prof. Juan Ramírez Silva
Rector, Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Dr. Manuel Saponara Curotto
Decano de Asuntos Académicos

DIRECTORA DE FORUM:
Elsa Luciano Feal

JUNTA EDITORA
Marilyn Ríos Soto
Jaime R. Colón Meléndez
José J. Rodríguez Vázquez
Rebeca Franqui Rosario
Ricardo Infante

Diseño original de portada: Sofía Saéz Matos
Diagramación: Sofía Saéz Matos

@Derechos reservados FORUM 2011

PUBLICACIÓN ANUAL

ISSN 1941-3734

Las opiniones expresadas en FORUM son responsabilidad de los autores, y no responden necesariamente a la opinión de la gerencia, ni de la Junta Editora.

JUNTA ASESORA INTERNACIONAL DE FORUM

Daniel R. Altschuler
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, PUERTO RICO

Juan Félix Burotto Pinto
Universidad de Los Lagos, Puerto Montt, CHILE

Carlos Aníbal Degrossi
Universidad de Buenos Aires, ARGENTINA

Sylvia Figueroa
University of Toronto, CÁNADA

Tania García Lorenzo
Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana
Habana, CUBA

Gloria Prosper
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, PUERTO RICO

Mario A. Rojas
The Catholic University of America, Washington, D. C., EE.UU.

Fátima Serra
Salem State College, Massachusetts, EE.UU.

Gabriela Tineo
Universidad de Mar del Plata, ARGENTINA

Ana Yábar Sterling
Universidad Complutense de Madrid, ESPAÑA

Adelso Yánez
University of Otago, NEW ZEALAND





Tabla de Contenido

1

Nota Editorial

5

Introducción
Marie Ferrer

CREACIÓN

9

Jane Alberdeston-Coralín
“El Cuco”
“Ellipsis”

13

Rosa Montero
“El Error”

20

Ana Lydia Vega
“Uno por Graciela”

32

Daniel R. Altschuler Stern
“Pena de muerte”

40

Fernando Picó
“¿Historia Sin Colores?”

INVESTIGACIÓN

47

Waldemiro Vélez Cardona
La educación general en la universidad del siglo XXI:
Autonomía y Ciudadanía

67

Luis A. González Pérez
Apuntes para una filosofía educativa en el siglo XXI

82

José J. Rodríguez Vázquez
La frontera que obsesiona y los odios que emocionan. Conversación
con Carlos D. Altagracia sobre *El cuerpo de la patria*.

102

Rebeca Franqui Rosario
La presencia de la cultura quechua en el mundo poético *Temblar*.
El sueño del pongo de José María Arguedas

116

Dinorah Cortés Vélez
“Tener entre las manos la cabeza de Dios”: Deicidio, misticismo y
ansiedad de la autoría en un soneto de Delmira Agustini

124

Rey Emmanuel Andújar
ATRIBULACIONES: La palabra (extra)cotidiana en *Sencilla mente*
de Carlos Vázquez Cruz

RESEÑA

133

Wanda Delgado Rodríguez
Instrucciones para salvar al mundo de Rosa Montero

137

COLABORADORES

141

BIBLIOGRAFÍA



Nota Editorial

Con motivo de la celebración de los treinta años de existencia de la revista FORUM hemos preparado este número especial con el cual quisiéramos, sobre todo, dejar constancia de la continuidad lograda a lo largo de esta trayectoria. La tarea de publicar esta selección variada de materiales ha sido errática y accidentada, pero a pesar de los inconvenientes prevalece la satisfacción de no haber claudicado. Se ha trabajado arduamente para asegurarles a los colegas de la UPR en Arecibo y a los de otras instituciones locales e internacionales la disponibilidad de un espacio para la publicación de sus trabajos de investigación y creación.

FORUM es una vía privilegiada para forjarnos una idea de lo que ha sido la UPRA. Asomarnos a los escritos que se recogen en los diversos números de la revista nos permite entrar en contacto con algunos de los pilares de la institución, cuyas aportaciones en la docencia, la creación y la investigación constituyen un legado valioso, digno de ser recordado.

También la revista es un espejo de la evolución experimentada por nuestra institución. El primer volumen hizo su tímida aparición en un colegio quinceañero, aún celosamente tutelado por la Administración de Colegios Regionales. Años más tarde, el vol. XI-XII, publicado en 1996-97, se iniciaba con una nota de la Rectora Josefa García Firpi en la que daba la bienvenida a la recién adquirida autonomía y al nombre con el que, a partir de entonces, sería conocida oficialmente la unidad: Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

Merecen mención especial las personas que han estado a cargo del arte y la portada de la revista. Durante la etapa inicial se encargó de esos menesteres la artista y profesora del departamento de Humanidades, Ilka Esteva Ferrer. Más adelante

la tarea fue realizada por Bexaida Cabrera Acevedo (artista gráfica de la institución), Rafael Trujillo (participante del programa de estudio y trabajo adscrito a la oficina de la señora Cabrera), y las profesoras Aixa Ramírez y Evelyn Jiménez. Los números más recientes son el trabajo artístico de Sofía Sáez Matos, quien en el 2008 trabajó un nuevo concepto para la revista. El logo que se usa desde el número XV pretende, en palabras de Sáez Matos, "enfaticar en la forma circular de la letra O... sugiriendo así igualdad, unidad y participación". Con cada número se ha cambiado el fondo y la ilustración que la acompaña, siguiendo las recomendaciones de la artista. Se ha incursionado, además, en el mundo digital mediante la creación de una página en el portal upra.edu, con lo que se busca expandir la proyección de la revista.

Es hartamente sabido que publicar una revista requiere del trabajo y el apoyo de mucha gente. A todos, los que fueron y los que serán, les dedicamos este número y agradecemos los gestos, aun los más insignificantes, que han hecho posible la continuidad.

Cuando se les hizo el acercamiento para que colaboraran con sus escritos a la celebración de los treinta años de la revista ni Rosa Montero, ni Ana Lydia Vega, ni Rey E. Andújar, ni Fernando Picó, ni Daniel Altschuler vacilaron siquiera un instante; se mostraron, por el contrario, muy entusiastas con la invitación y eso, huelga decirlo, hay que agradecerlo.

La profesora Marie Ferrer tuvo una larga trayectoria en FORUM, no sólo como directora sino como sub-directora y colaboradora. Desde su muy merecido retiro nos honra con un breve recuento histórico de la revista. A ella, nuestro agradecimiento.

Asimismo reconocemos el trabajo de los demás directores de la revista, y valoramos los intentos realizados por cada uno de ellos para darle prestigio a la publicación.

Nuestro agradecimiento a la administración universitaria, que se mostró muy entusiasmada con este número especial; a los

doctores Edgardo Pérez Montijo, Jaime Colón Rodríguez y Evelyn Jiménez Rivera por su constante ayuda y apoyo; a la Junta Editora de donde salió la idea de la bibliografía y en especial al Dr. José J. Rodríguez, quien sugirió y proveyó muchos de los datos para la realización del recuento histórico.

Queda entonces animar a los colegas a que con sus trabajos de creación, de investigación o con sus reseñas nos ayuden a mantener vivo y activo este espacio. También así se hace vida universitaria.

En la bibliografía que incluimos en este número doble pueden tomar nota de los trabajos elaborados por los colaboradores a través de los años, muchos de calidad excepcional.

¡Disfruten!

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Ana María...', written in a cursive style.

Directora





Introducción
FORUM a través de treinta años
Marie Ferrer

Directora de FORUM 1995-2005

En el año académico 1982-83 el Colegio Universitario Tecnológico de Arecibo, aún bajo la Administración de Colegios Regionales de la UPR, celebraba el decimoquinto aniversario de su fundación. Aunque aún era primordialmente una institución académica de servicio que ofrecía también grados asociados, se iniciaba ya en la oferta de bachilleratos que irían impulsándola a un mayor nivel académico. En las palabras de su Director y Decano, el Licenciado Marcos Morell, *Tres lustros han pasado sin que nuestra facultad tuviese un vehículo de expresión de carácter profesional.** Para subsanar esa carencia académica y como estímulo para el desarrollo profesional de la facultad fue que surgió la idea de tener una revista propia, FORUM, con cuyo primer número se conmemoraba la existencia y desarrollo de la institución en esos quince años.

FORUM reflejaría la variedad de los programas académicos que se ofrecían y, por tanto, sería una revista de carácter multidisciplinario, en la cual los profesores publicarían sus investigaciones y donde tendrían su lugar también los trabajos de creación y las reseñas de libros. Este formato ha sido conservado por la revista a través de su existencia, excepción hecha pocas veces cuando la revista se ha dedicado a un tema de interés general para el profesorado, como el Núm. XVII, dedicado a las actas del Congreso de Educación General celebrado en el Colegio de Arecibo en el 2009.

FORUM tendría una Junta Editorial multidisciplinaria formada por profesores del Colegio. La primera Junta Editorial estuvo compuesta por los profesores Ireneo Martín Duque (Director, miembro del Departamento de Español), Servando Montaña Peláez (Humanidades), Julio Ameller Vacaflor (Ciencias Sociales), Obdulio Lebrón Seguí (Bibliotecario), Edgardo Pérez Montijo (Español), Cheryl Blanco Duncan (Inglés) y Miguel A. Rivera Rodríguez (Comunicaciones).

Hoy hace treinta años de su fundación (hubo muchos años en que la revista no se publicó por limitaciones presupuestarias), en el curso de los cuales han cambiado los profesores que la dirigen: Juan Escalera Ortiz, Marie S. Ferrer Aponte, William Mejías López y Emma Domenech Flores. Evelyn Jiménez Rivera y Elsa Luciano Feal han estado a cargo a partir del Vol. XV. También ha cambiado su portada original. Lo que no ha cambiado es su compromiso de ser un vehículo para el trabajo investigativo y las obras de creatividad de la facultad de la institución y otros miembros de la comunidad académica.

FORUM es una revista de publicación anual y difusión gratuita, tanto en el sistema de la UPR y en otras universidades de Puerto Rico y el extranjero. Inicialmente aceptaba sólo trabajos de la facultad de Arecibo, pero con el tiempo fue abriéndose a las publicaciones de colegas de otros recintos universitarios locales y del exterior.

En número doble correspondiente a los años académicos de 1996-97 y 1997-98 la primera Rectora, Josefa García Firpi destaca el hecho de la autonomía concedida al Colegio de Arecibo y el cambio de nombre a Universidad de Puerto Rico en Arecibo (UPRA). En los años siguientes se transforman muchos grados asociados a bachilleratos. Los diez años siguientes significarán una evolución en la UPRA, no sólo en el nivel académico y creación de nuevos ofrecimientos, sino en otros aspectos de la vida académica como los Congresos Internacionales de algunos departamentos y el Primer Congreso de Educación General antes mencionado.

A tono con el desarrollo de la vida académica más allá de la docencia diaria y para avalar a FORUM en la academia internacional como *peer-reviewed*, la revista solicita y recibe (2008) la acreditación del Latindex y adopta una Junta Asesora Internacional formada por colegas de la Universidad de Puerto Rico y de universidades extranjeras.

Hoy día Forum también tiene un lugar en el portal cibernético de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Allí se publica el Índice del número anual y el profesor o la institución interesados pueden pedir una copia impresa gratuita comunicándose con la Directora de la Revista. En un caso excepcional por la importancia del tema el contenido de la revista se hizo accesible en su totalidad en el portal (el Vol. XVII, Congreso de Educación General)

* *Presentación* de la revista en el Vol. I, 1982-83



CREACIÓN



Jane Alberdeston Coralín

El Cuco

¡Cuidado, que ahí viene el Cuco!

El Cuco is not the Boogeyman
sniveling under beds, the yellow-belly
night time monster hiding in children's closets.

No – El Cuco's a shift man.
He's on a father's payroll, working
the red-eye. He's there any time –

on the watch, on the ball, always on call.
Always within earshot, just around our corners,
ready to come running through glare of sun or dirty snow

El Cuco arrives like Christ
in a lightning strike, from Clarksville, then Santa Monica,
a week in the weeping of Beauford, to Laredo's arid borders;

he comes quick as irony for the smart mouths
who think life isn't fair. From the outskirts
of LeJeune to Chi-town and its surrounds,

for the children who run from hairbrushes
or toothy combs. For the ones who don't want to finish
their dinner, even with all of Africa's starving babies.

El Cuco has a knack
for knowing when we screw up –
always called just before things get nasty,

before belts unfurl and fists curl
into knuckle sandwiches. He's so good,
he sets his watch by us. El Cuco, a man's last resort.

There are rare times, little known
or recorded, when El Cuco takes a vacation --
Honolulu, the black-blue coasts of Spain, Disney?

Truth be told, if it weren't for his job, he'd never leave
his slim continent (her coral heart, plunging
sub-tropical neckline, karst netherworlds rising).

Even while others had long moved on
to smoky boroughs, their broken
skylines, and skinny disability checks, El Cuco returned

home. If he never again got summoned
from those unspoken cities of a father's backyard,
from behind rickety fences of love's construction,

he'd be happy. He'd spend his forever days
touching tongue to lips, taste salitre, pickled
with dirt from hillsides drenched in rain.

Ellipses
for Ana Mendieta

1.

You work like water does on rock.

You contour *paisajes* with your hands' *guaguancó*.
While your Havana erodes, your fingers break off
earth. A termite, you milk upturned trunks.

you spit out root brine,
a worm in the impossible grotto of love.

You and fire ants perforate balls of dust.
Cave girl carving petroglyphs

2.

You never say what exactly you look for:

quarry stone from your father's labor camp,
pebble left of a boulder's heart? Longing
a hillside in your throat, mother a fat line

drawn in the sand, woman a dug hole
imbued with ash.

3.

How will anyone find you, grains

of your Cuba tumble out, your mushroom
hips against rude jutting rocks

and shape a space inside you
Little limestone mummy, you never could

push through all that grit.

Trágame, tierra.

Open your lips.

Who knew dirt could hug like this.

El Error

Rosa Montero
(España)

El sensor pitó y las puertas transparentes se cerraron delante de ella con un siseo neumático. Alma se las quedó mirando con esa expresión estúpida que el estupor provoca. Estiró el brazo y volvió a arrimar su ordenador de muñeca al ojo rojizo del sensor, pero no pasó nada. No puede ser, se dijo. No me puede estar sucediendo esto a mí.

—Perdone, pero está bloqueando la entrada —dijo una voz de hombre a sus espaldas.

Alma se volvió. Era el típico ejecutivo. Traje elegante, buenos periféricos. No muy distinto a ella.

—Es un error —explicó con una sonrisa nerviosa, mientras seguía intentando que el aparato la identificara.

—Si carece de autorización, deje pasar —insistió el tipo.

—¡No carezco de autorización! ¡Le estoy diciendo que es un error! —chilló Alma.

Inmediatamente supo que se había excedido. El hombre y la pequeña cola de personas que había detrás de él la miraban en un silencio reprobador. Se hizo a un lado, avergonzada.

—Está bien, adelante. Pero que conste que es una equivocación...

A nadie pareció importarle lo que decía, de la misma manera que a ella nunca le importaron demasiado las personas que no podían acceder al Sector Uno. De hecho, cada vez que las puertas se habían cerrado para alguien mientras ella entraba sin problemas, había experimentado, junto con un vago sentimiento de compasión, la satisfacción inconfesable de pertenecer a los elegidos.

Y ahora era ella la rechazada.

Pulsó en su ordenador el código de incidencias que estaba escrito sobre la puerta. El programa se abrió enseguida y Alma fue contestando las preguntas en voz alta: sí, me han negado el

acceso; sí, resido en el Sector Uno; sí, poseo una autorización permanente y vigente. El aparato zumbó y una neutra voz cibernética dijo: “Identificación negativa, autorización inexistente, acceso denegado. Muchas gracias y buen día”. Boquiabierta, Alma se quedó contemplando fijamente la pequeña pantalla, aunque el programa ya se había cerrado. Los viajeros seguían pasando con fluidez junto a ella. El procedimiento era muy sencillo: había que bajarse del tren bala, atravesar a pie alguna de las numerosas puertas de cristal y volver a subirse al tren al otro lado. Era un trayecto de dos minutos que ella había hecho cientos de veces. Más humillada que preocupada, Alma sintió que la ira anegaba su pecho y ascendía por su garganta como un ácido abrasador. Desanduvo a grandes zancadas el corto pasillo transparente, a contradirección de los demás pasajeros y profundamente mortificada por sus miradas de curiosidad. Fuera ya de la zona de puertas volvió a encararse con el ordenador. Lo colocó en modo holográfico y pidió una entrevista personal. La cabeza y el torso de un hombre joven se materializaron en el aire delante de ella.

–Archivos Generales. ¿En qué puedo ayudarle?

En realidad no debía de ser tan joven. Tenía hecha una cirugía plástica estándar que hacía que su rostro fuera más o menos igual que el de unos cuantos cientos de miles de personas. Alma le detestó nada más verlo, pero intentó contener su frustración y explicó su caso lo más calmadamente posible. Su profesión de ingeniera energética, dijo, le obligaba a viajar muy a menudo a los sectores más contaminados del país. Ahora mismo, por ejemplo, regresaba de un Sector Cuatro. Su trabajo estaba catalogado de Interés Especial y de Riesgo Máximo para la Salud, explicó con orgullo; y calló que, como compensación, cobraba un sueldo tan alto que podía pagar con toda facilidad el aire limpio del Sector Uno. Muchos ciudadanos, quizá incluso ese mismo pánfilo empleado de cara de plástico, tenían que vivir en zonas más polucionadas por no poderse costear los recibos del aire; pero ella hubiera podido abonar el triple sin notarlo. El empleado atendió sus explicaciones con aburrida impavidez; o puede que la barata cirugía estética hubiera vaciado de expresión su rostro banal. Luego se puso a manipular algo invisible, porque sus brazos se difuminaban en el vacío.

Alma cerró los párpados y se apretó suavemente los ojos con las yemas de los dedos. El dolor de cabeza volvía a estar ahí. Un latido de fuego que nacía detrás del puente de la nariz, en el centro mismo de su cráneo. Las molestias habían empezado una semana atrás y no habían hecho más que incrementarse. Pidió hora en el médico y hacía tres días que hubiera debido ir a la consulta, pero al final su trabajo en el Sector Cuatro se complicó y decidió alargar el viaje y anular la cita. Ahora se arrepentía: la brutal contaminación no había hecho sino empeorar su estado. Los dolores eran cada vez más fuertes y además comenzaba a tener alteraciones visuales, un síntoma típico de las migrañas. Ahora mismo, mientras hablaba con el empleado, la realidad se le redujo a una especie de pantalla rectangular, como si estuviera mirando por un visor.

—Perdone por la espera —dijo el hombre, alzando el inexpresivo rostro.

Alma sintió un pellizco de inquietud. Se enderezó, olvidando por un momento la jaqueca.

—Su identificación es negativa y sus datos no constan. No posee ninguna autorización porque su identidad no existe.

—¿Cómo?

—Con los datos que me ha dado, usted no existe.

—Pero... ¡no puede ser, es una confusión!

—Imposible. He hecho las comprobaciones cruzadas.

Años atrás, para evitar el caos que podía generar hasta la más pequeña equivocación en un mundo totalmente informatizado, se había creado una compleja estructura de seguridad que almacenaba los datos en tres circuitos independientes. Se suponía que era un sistema libre de fallos. Alma sintió que una mano helada le apretaba la nuca.

—¡Pe...pero... ¿cómo es posible, qué pasa, qué hago ahora?!

—Puede pedir una última verificación en el Archivo Central del Estado. Pero le dirán lo mismo. Hasta ahora el sistema no se ha equivocado nunca. Es usted quien nos debe de estar dando unos datos erróneos. Tal vez con ánimo de engaño. Le advierto que, siguiendo el protocolo previsto en estos casos, he avisado al servicio de seguridad. Gracias y buen día.

La holografía se vaporizó en un instante. Ahora los latidos de dolor retumbaban dentro de la cabeza de Alma y apretaban sus ojos

por detrás, enviando a la retina oleadas de sangre que parecían teñir intermitentemente su visión con un matiz rojizo. Se sentía enferma, se sentía fatal, peor que nunca en toda su vida; ya era mala suerte que su creciente indisposición coincidiera con esa situación absurda y asfixiante.

Tenía que pedir ayuda, tenía que hablar con alguien conocido. Una cuchillada de pena pura atravesó su pecho: cinco años atrás habría tenido muy claro a quién recurrir. Cinco años atrás aún vivía Jarque, su pareja. Él habría sabido qué hacer, él habría venido a rescatarla. Él se habría alarmado si ella no llegaba. Ahora, en cambio, nadie la esperaba. No tenía hermanos y sus padres habían muerto. Trabajaba como autónoma y los clientes cambiaban a menudo. Y, en cuanto a los amigos, tampoco eran muy íntimos. De nuevo la pena de la muerte de Jarque volvió a dolerle tanto que casi agradeció poder concentrarse en el latigazo de la jaqueca.

Decidió llamar a Martín: no era el amigo más antiguo, pero seguramente era el más generoso. Acababa de establecer la comunicación cuando el ordenador se quedó en blanco: la holografía le había chupado toda la batería. Alma corrió aterrada hasta el poste de recarga más próximo, sintiendo reverberar sus pasos en la dolorida base del cerebro. Pero, como se temía, el poste no la reconoció. No tenía crédito. No tenía dinero. No podía cargar el ordenador. No podía hacer nada. Pensó: esto es una pesadilla. Pensó: ¿estaré durmiendo, estaré delirando, será todo una alucinación? La boca le sabía a metal caliente. Se recostó en el muro porque las piernas no le sostenían y sujetó su torturada cabeza entre las manos. Tenía que encontrar una solución, pero su cerebro parecía estarse derritiendo. Doscientos metros más allá, la larga línea de puertas soportaba un tránsito constante y los trenes llegaban y se iban con regularidad. El material cristalino del control hacía que todo pareciera engañosamente fácil, pero era un muro inexpugnable. Piensa, se dijo Alma con desesperación. ¡Piensa en una manera de salir de aquí! De pronto, una idea se abrió paso como un gusano venenoso por su embotada mente: ¿Y si todo estuviera preparado? ¿Y si se tratara de una conspiración contra ella? Alma iba a dar un informe bastante negativo de la planta química que acababa de visitar en el Sector Cuatro. ¿Y si alguien estuviera intentando cerrarle la boca? Gimió, asustada y exhausta. Piensa,

Alma, piensa. Sabía que había contrabandistas que ayudaban a los ilegales a pasar las puertas, pero, ¿dónde encontrarlos?

La jaqueca estaba partiéndole las sienes. Vomitó y todavía se sintió peor. Aturdida y tambaleante, echó a andar hacia los lavabos para asearse, pero de pronto aparecieron dos energúmenos del servicio de seguridad y la agarraron del brazo.

—Tiene que venir con nosotros.

—¿Qué?

—Carece de autorización. No puede estar junto a las puertas.

De nuevo la incredulidad, la humillación, la ira. Alma forcejeó intentando soltarse, pero los hombres la inmovilizaron con brutal facilidad. Le estaban haciendo daño, cosa que no parecía importarles en absoluto. He descendido un escalón, comprendió la mujer con acobardada sorpresa: soy un ser sin identidad y pueden maltratarme. Y en ese justo instante entró una llamada en su ordenador; por fortuna, era posible seguir recibiendo comunicaciones incluso con muy poca batería.

—¿Alma? Soy la doctora Roderer... Le llamo por la cita que anuló.... ¿Cuándo puedo verla? Convendría que viniera cuanto antes.

¡Era su médico! Alguien que la conocía, alguien que sabía de su identidad. Alma se echó a llorar.

—¿Lo veis? ¡Existo! —balbució triunfante a los gorilas.

La doctora lo arregló todo con asombrosa eficiencia. Media hora más tarde, y tras un corto trayecto en helijet, Alma estaba entrando en su hospital habitual del Sector Uno. Los dos guardias de seguridad, ahora serviciales y amansados, la ayudaron a caminar, porque apenas podía mantenerse en pie. Rítmicos latidos de dolor martirizaban su cerebro, como si en su cabeza se alojara un corazón cubierto de cuchillas. La sentaron en una silla y rodó por los largos corredores de la clínica; con extrañeza y cierta inquietud, observó que no se dirigían a la zona normal de consultas externas, sino que descendían a un lugar subterráneo y remoto. Su inquietud aumentó al cruzar unas puertas que decían: Unidad de Androides. Y el pánico se disparó al verse dentro de un alarmante cubículo, una extraña mezcla de quirófano y taller mecánico, todo acero pulido y luces destellantes.

—No, no, no es aquí, esto es un error, ¿dónde está la doctora Roderer? Yo no soy un androide... —gimió con angustia mientras los gorilas la alzaban de la silla y la ataban a una mesa de metal con veloz eficiencia.

El rostro conocido de la doctora se inclinó sobre ella nimbado por el cegador foco del techo.

—Tranquila, Alma. Todo va a ser muy rápido.

Clavaron agujas en sus venas, conectaron tubos. Perdió el habla y su visión empezó a virar al rojo y luego al azul. No soy un androide, pensó Alma con espanto. Le zumbaban los oídos y en su cabeza seguía retumbando un palpito de sangre, aunque el dolor casi había desaparecido. No soy un androide, se repitió, aletargada; y recordó aquella noche junto a Jarque, cuando su pareja ya se encontraba muy enfermo y el fin estaba cerca. Él dormido en la cama, ella tumbada a su lado, leyendo. Llovía y el ruido del agua se mezclaba con la respiración de Jarque, un poco acezante. Cuánto le quiso entonces, con qué intensidad sintió la vida en ese instante de calma, en esa isla en mitad del sufrimiento. No, ella no podía ser una criatura artificial si era capaz de experimentar unas emociones tan humanas. Ah, Jarque, suspiró Alma, el rumor de las gotas de aquella lluvia acompasándose ahora a los latidos de su corazón. Entonces su visión se deshizo en una tormenta de píxeles y todo se apagó súbitamente.

—No soporto estas cosas —rezongó la doctora Roderer mientras retiraba los electrodos de desactivación.

—Sí, es desagradable... —convino Mike, el cirujano del equipo. —Menos mal que pasa pocas veces. Si hubiera venido a su cita, como todos, no habría sufrido el colapso biológico. La hubiéramos dormido y no se habría enterado de nada.

—Pues no sabes lo peor: al llegar su fecha de caducidad, el Archivo Central simplemente la borró, aunque todavía no estaba desactivada.

—¿De verdad? Y luego dicen que el sistema es infalible. A mí eso me parece un error bastante grande.

Las hábiles manos de Mike estaban midiendo el grado de degeneración de los tejidos siliconados de la criatura, para determinar lo que podía ser reciclado. La doctora contempló el cuerpo exangüe, hermoso y aparentemente tan humano.

—Digan lo que digan, me parece una crueldad que los pobres no sepan que son androides—gruñó la doctora, conmovida a su pesar.

—Pues por lo visto todos los estudios demuestran lo contrario. No saberlo hace que sean más felices y trabajen mejor.

Durante cuatro años, pensó ella. Sólo vivían cuatro míseros años.

—¿Tú crees que de verdad ignoran que son artificiales?

—musitó la mujer.

—Eso parece.

—No sé... Me extraña que no se den cuenta de que su pasado es falso.

Mike alzó el rostro:

—Bueno, ya sabes. Ahora hacen unos implantes de memoria buenísimos.

Durante unos segundos, los dos médicos se miraron en silencio a los ojos. Entonces quizá tú, entonces quizá yo, se dijo la doctora, estremecida. Pero luego le vino a la cabeza el recuerdo de una noche lejana, lluviosa y melancólica. Una reminiscencia tan hermosa e intensa que era imposible que fuera artificial.

—Pobre Alma—suspiró Roderer.

Y se dispusieron a trocearla.

Uno por Graciela

(primer capítulo de la novela inédita *El prepa*)

Ana Lydia Vega

De no haber sido por ella, seguramente yo hubiera aterrizado en un pueblo fantasma de los Estados Unidos a pudrirme de aburrimiento en algún *college* ratón sembrado en medio de un campo de calabazas.

Desde septiembre de 1968 —principio de mi último año de escuela superior— mi padre había lanzado una cruzada personal contra la Universidad de Puerto Rico. Ese *sitio* —tronaba negándose a llamarlo por su nombre— no es más que un nido de *hippies*, independentistas y degenerados. Ningún hijo suyo —añadía con un golpe contundente a la primera superficie disponible— se cerraría las puertas del empleo ingresando en una fábrica de tirapiedras antiamericanos.

En realidad, a mis dieciséis recién cumplidos, yo no tenía la menor idea de qué, ni mucho menos dónde quería estudiar. Casi cualquier lugar me hubiera parecido aceptable a condición de que estuviera lo suficientemente lejos de Guayama. Tal vez hubiera flaqueado ante una opción irresistible como San Francisco o Nueva York. Pero el Viejo insistía en un secuestro rural a prueba de distracciones, preferiblemente dentro de la alambrada aleluya del *Bible Belt* americano.

En vez de ablandarme, su cantaleta a tiempo completo me puyaba el demonio de la contradicción. Y especialmente cuando machacaba las cuatro etapas de su estrategia para mi transfiguración en hombre de bien. Uno: aprendizaje religioso del inglés; dos: selección de una carrera lucrativa; tres: matrimonio con una muchacha “seria y trabajadora”; cuatro: fabricación de hijos sujetos al mismo programa rehabilitador. Por si las moscas, también había un plan B. De fracasar en la segunda etapa, me tocaría asegurar el relevo familiar en la quincalla (ferretería, corregía indignada mi

madre) heredada del abuelo paterno. A eso se reducía la fórmula infalible para mi “porvenir”, patética palabrita que, por algún motivo, me irritaba más que todo el resto del sermón.

Yo soñaba con dejarme crecer el pelo hasta los hombros y aprender a tocar guitarra eléctrica. La secuela de ese sueño era agarrar una mochila con un mahón y dos camisetas y volar de contrabando a Londres para colarme en cualquier *jam session* de los Rolling Stones. Una versión más modesta se conformaba con un mirador de poeta maldito en una azotea sanjuanera. No contemplaba el matrimonio antes de los cuarenta e incluía la posibilidad de morir como James Dean: a los veinticuatro, guiando un Porsche bautizado *The little bastard* justo después de haber grabado un anuncio aconsejando prudencia en la carretera.

El interdicto de mi padre fue convirtiendo a la UPR en una especie de causa imposible por la que había que batirse a brazo partido. Algún atractivo riesgoso y fascinante debía tener el campus de Río Piedras para ser objeto de una oposición tan rabiosa. Con esa sospecha entre cuero y carne, recluté la ayuda de la Liga Femenina, la invencible mafia doméstica de las mujeres de mi familia. Las tres tenían razones para boicotear mi emigración.

Mi hermana sabía que, durante el exilio, ella sería el blanco único de todos los regaños. Mi madre y mi abuela temían que alguna gringa promiscua y dominante pudiera impedirme regresar a Puerto Rico hasta para Navidades. Pero ni las ironías de Doribel, ni el llantén de doña Darling, ni las novenas de Mamajú le movieron al Viejo el último pelo de la calva. En su desesperación, la Liga Femenina movilizó a Padrino William, confidente oficial de mi padre. Es verdad que Padrino no era precisamente el aliado ideal. Lo habían expulsado de la UPR cuando la huelga estudiantil del 48 y tuvo que refugiarse en Santo Domingo para agenciarse el diploma de Ciencias Políticas que luego colgó de adorno en su taller de hojalatería. Nada, que el Viejo lo escuchó como si oyera llover y siguió emperrado en la negativa. Y a mí no me quedó más remedio que irme al clandestinaje.

En casa, esquivaba el tema y devoraba libros, concentrado en mantener un promedio boyante. En el colegio, mutis absoluto por aquello de ahorrarme una cita *rush* con la orientadora. El primer día de clases, Sister Annunziata había reunido a la clase

graduanda para leernos la cartilla. Y allí mismo, con su boca de rezar, sentenció que la UPR representaba el peligro más grande para La Fe desde los tiempos del Imperio Romano. Al otro lado de la Cordillera Central, nos esperaba con fauces espumantes una jauría de profesores cínicos, marxistas y ateos. Pese al pío nombre del barrio de los pupilos, los hospedajes de Santa Rita eran verdaderos antros de perdición. Contados serían los purísimos varones capaces de sobrevivir al embate conjunto de las tentaciones capitalinas, el claustro universitario y los compañeros de cuarto. Por eso, más valía arreglárselas para brincar el charco o inscribirse en la Pontificia Universidad Católica de Ponce, baluarte inexpugnable de la moral insular.

La campaña funcionó. Ante el fuego cruzado del colegio y la casa, muchos de mis compañeros sacaron bandera blanca. Yo me resistía a colgar los guantes.

Con el apoyo logístico de Padrino William, viajé a San Juan por pretexto de cambiar unos zapatos y tomé a escondidas el examen de ingreso a la UPR. Sólo Doribel estaba al tanto del operativo: compré su silencio invirtiendo mis escasos ahorros en un alisador de pelo. En el examen no me fue tan mal, excepto por la parte de matemática. Mi competencia en esa área había terminado en la primaria con la unidad de las fracciones. A pesar del tamaño atracán celebratorio que nos dimos Padrino y yo al regreso en una lechonera de Guavate, llegué a casa con el moco caído. Ante la terquedad del Viejo, mis posibilidades de estudiar en Río Piedras lucían más remotas que la independencia de Puerto Rico.

En eso, de la manera menos lírica posible, entró en escena Graciela.

Un dolorcito de muelas y la insistencia matapiojos de mi madre lograron que me presentara un martes en el consultorio del dentista. Y allí estaba, de cuerpo gloriosamente presente, la esposa del Doctor Asunción. Nota al calce: Graciela no alcanzaba los dieciocho y el Doctor ya picaba en los cincuenta, edad que yo asociaba con la decrepitud terminal. Según fuentes anónimas de entero crédito, el muy vicioso la había sacado de la escuela y la tenía viviendo a cuerpo de reina en tremenda mansión playera. Con todo y eso, ella se aburría como ostra y él le había creado un puesto decorativo de asistente, cuestión de mantenerla bajo control. Graciela, que

no distinguía una muela de un colmillo, se enzorraba también en el consultorio. Para matar el tiempo, supervisaba los trabajos y charlaba con los pacientes.

La cosa es que, aquel martes histórico, tendido en la silla reclinable del dentista, me encontré con unos ojos demasiado verdes enfocándome desde arriba. Un mechón largo y perfumado me rozó la cara mientras unas uñas platinadas me acomodaban la servilleta alrededor del cuello. No sé si fueron los efectos de la anestesia, pero juro que me sentí flotar. Menos mal que en seguida apareció el Doctor y puso manos a la boca. Graciela se retiró a distancia prudente para seguir observándome. Cuando la vi lamerse lenta y deliberadamente los labios hasta dejarlos brillosos de baba, casi muerdo el dedo que su media naranja me tenía hundido en el paladar. Traté en vano de desviar la vista, pero ella se iba desplazando poco a poco para quedarme siempre delante y repetir la gracia.

La segunda visita fue peor. Cada vez que el Doctor Asunción salía de la cabina, ella se paraba detrás de la silla y me arañaba el cuero cabelludo con las uñas platinadas. Al principio, trinqué hasta los huesos. Luego se me ocurrió que podía ser algún tipo de masaje antiestrés incluido en el tratamiento y empecé a relajarme. Sólo que el masaje fue extendiéndose a otras áreas no tan adyacentes. Mientras Graciela aplicaba su terapia con celo profesional, yo mantenía los ojos clavados en la puerta entre excitado y aterrorizado.

A la tercera fue la vencida. Asunción atendía a dos pacientes, por lo que sus idas y vueltas eran constantes. Graciela aprovechó un entreacto para arrancarme el algodón que tenía pinchado entre el cachete y la encía y encajarme un beso sacacorchos. Con todo y lengua anestesiada, me conmoví hasta los tennís. Tomó la precaución de colocarme una servilleta sobre los muslos, cuestión de camuflar las consecuencias del asalto. Todo esto sucedía en un silencio trapense porque cualquier conversación podía ser fácilmente oída a través del tabique fino que dividía las dos cabinas. Desde el otro lado, como fondo musical intermitente, nos llegaban el zumbido de los instrumentos de tortura del verdugo y alguno que otro quejido de la víctima.

Ya estaba por salir del consultorio cuando Graciela me retuvo sin pudor la mano delante de dos pacientes que hacían turno en la sala de espera. Trabajo me costó soltarme y caminar en línea recta

hasta la puerta. Con las muelas rellenas de plata y la mente de culpa, no quise regresar allí ni para entregarle a Asunción la docena de pasteles de yuca que mi madre insistió en obsequiarle esa misma semana. Mentira: llegué a salir de casa con la bolsa al hombro, pero me rajé por el camino. Del tiro, fui a confesarme con el párroco de la iglesia, uno de aquellos curas franquistas importados, expertos en interrogatorios extendidos.

No conforme con admisiones genéricas tipo “he pecado contra el sexto y el noveno mandamientos”, el padre Bartolomé exigió descripciones minuciosas de los hechos, y también de los pensamientos y emociones concurrentes. Era preciso establecer, explicó, si yo sólo había sido mártir inocente de la lujuria ajena o, por el contrario, cómplice voluntario de la traición conyugal. Quería saber con exactitud quién había “iniciado las hostilidades”. La ceta y las eses españolas resaltaban las connotaciones militares de la frase. Ella, murmuré sintiéndome más rata que nunca por haber descargado el peso de la responsabilidad sobre los hombros de mi tentadora.

Después de haber ordeñado a saciedad la confesión, el padre Bartolomé se atrevió a preguntar si por casualidad no había yo agravado mi caso practicando *a posteriori* el vicio solitario. Algo —no sé si el jadeo asmático que acompañó la pregunta o el mal aliento que azotaba a través de la rejilla— me hizo cerrar el pico. Y me reservé los detalles de los *flahsbacks* triple equis aumentados y enriquecidos que me había inspirado el episodio por varias noches consecutivas. Para no incriminarme más de lo necesario, lo distraje con una infracción menor al cuarto mandamiento: camino a la iglesia, había echado los pasteles de yuca del Doctor Asunción en un zafacón de la plaza. Y me largué sin rezar los dos rosarios recetados, condenado *per secula seculorum* a las pailas del infierno por haber sumado la ñapa del sacrilegio al pecado original.

Mientras tanto, Graciela, que no había digerido mi retirada honorable, rebuscó en los archivos del Doctor hasta dar con mi expediente. Y, desde un teléfono público, se dedicó a marcar el número de mi casa a cualquier hora del día. Como, por lo general, quien contestaba era mi abuela, colgaba en seguida y volvía a llamar al rato. Fueron tantas y tan seguidas las llamadas que a Mamajú se le prendió el radar.

Una tarde, después de *Simplemente María* (telenovela favorita de la Liga Femenina), me allanó el cuarto y echó el pestillo. Tenía activadas la cara de bruja mala y la voz de ancianita indefensa. Pero ni las tandas corridas de “nene mijo” ni el chantaje en efectivo con su pensión del Seguro Social pudieron sacarme una mísera migaja de información. Entonces me reveló su teoría delirante. Se le había metido en la cabeza que la interlocutora misteriosa era nada menos que la amante (corteja, decía ella con la voz chorreando desprecio) de su yerno, o sea, de mi padre. Disimulé el suspiro de alivio con un bostezo y moví la cabeza de forma ambigua. La posibilidad de un divorcio entre los viejos me asustaba menos que la de ser descubierto en craso delito de adulterio con la esposa del dentista.

De ahí en adelante, cada vez que sonaba el timbre, Mamajú susurraba insultos finos a aquella “títera” que osaba amenazar la estabilidad conyugal de mi madre. Así, oyéndose tildar de “descarada”, “desgraciada” y hasta de “diabla”, Graciela suspendió el asedio telefónico y cambió de táctica.

En lo que su marido raspaba sarro e incrustaba coronas, ella le confiscaba el Jaguar rojo que era la envidia del pueblo y se daba la vuelta por el colegio durante el recreo. Para colmo de sobramiento, tocaba bocina. Los muchachos le pitaban, le gritaban invitaciones de todo tipo, y ella como si nada. Yo me refugiaba en la biblioteca y la espiaba por una persiana hasta que se cansaba y seguía de largo. A la hora de salida, para burlar aquel estado de sitio, me escabullía por la puerta trasera y atrechaba por patios y callejones hasta llegar a casa.

Pero la Señora Asunción no era de las que se rajan al primer contratiempo. Sencillamente, discontinuó el patrullaje escolar y adoptó un método más romántico: pasearme la calle con el radio a todo volumen serenatándose baladas cortavenas. A fuerza de *hits* de Lucecita, se me pegó la tonada de *Un lugar para los dos*, y hasta en sueños la tarareaba. No fue fácil mantener la compostura. La nueva ofensiva de Graciela había cucado la ira divina de Mamajú, que no paraba de azuzarme para que confrontara “de hombre a hombre” al Viejo o le choteara su “secreto” a mi madre.

Al fin y al cabo, pasó lo que tenía que pasar.

Por más que traté de evitarlo, mi perseguidora acabó por pillarme a la llegada del colegio. Con el agravante de que mi abuela

y mi hermana estaban sentadas en el balcón, la primera hojeando un *Téveguía* y la otra pintándose las uñas. Para ahorrarle el infarto a Mamajú, tiré los libros en el jardín, abrí la puerta del Jaguar y caí de un salto en el asiento. La cara de pasme de Doribel me recompensó con creces por la maroma.

Graciela arrancó chillando gomas y me carreteó por todo Guayama contándome sus penas sin respiro: que se había ido con el Doctor Asunción por sacarle el cuerpo a un padrastro bellaco; que el marido se desvivía por complacerla pero que a ella él no le llegaba; que nunca antes se había enamorado de alguien así, a primera vista; que no dormía pensando en aquel beso con sabor a anestesia, etcétera, etcétera. Hablaba y hablaba y hablaba y yo apenas la oía, hipnotizado por las piernas espectaculares que le salían de la minifalda arremangada.

Terminamos en la playa de Arroyo, Punta Guilarte, bautizada por generaciones de amantes con el plebeyo apodo de Cheriópolis. Acostumbrado como me tenía Graciela al rol pasivo, me abstuve de “iniciar hostilidades” en homenaje al Padre Bartolomé. Para sorpresa mía, ella mostraba una desconcertante timidez en el frente de guerra. Después de haber puesto tanto esfuerzo en la captura, la cazadora se rendía ahora ante la presa. Sencillamente, inclinó el asiento, se quitó los zapatos y cerró los ojos. Ante un ofrecimiento tan suculento, yo, francamente, no sabía por dónde empezar. Aventurarme a acariciarle la entrepierna así, de sopetón, se me figuraba de una grosería imperdonable. Y la posibilidad de un rechazo inesperado, siempre presente en circunstancias tan delicadas, me congelaba las malas intenciones.

Mi actitud contemplativa irritó a Graciela. Abrió un ojo y echó un bufido impaciente. Eso me decidió a agarrarle una mano. El ojo se cerró y los labios se despegaron. El instinto me dijo que un beso era lo más recomendable. Me apliqué con esmero al asunto y poco a poco me fui entusiasmando. Ella había recuperado el ímpetu habitual y desplegab sus dotes de maestra masajista.

Ya me había subido la camiseta para sobarme por dentro y estaba fajándose con la bragueta trabada de mis mahones cuando el hocico inmenso de un caballo se asomó por el parabrisas y nos cortó de cuajo la inspiración. Reconocí el bigote de brocha y el diente de oro del guardia montado. Era Biyo, el hijo de don Eligio, cajero

vitalicio de la tienda de mi padre. Él también me reconoció. Me saludó de más simpático mientras tasaba sin disimulo los encantos de mi chofera. Ella se dio cuenta y se tapó el escote con las manos, pero él seguía cebándose impunemente la pupila. Mantuve los dedos cruzados y un silencio respetuoso de la ley. Les voy a dar un chancecito pero no hagan maldades, ¿ah?, dijo Biyo por fin con una guiñada maliciosa. Tan imprudente como su jinete, el caballo metió la cabeza por la ventana y le olfateó el pelo a Graciela.

Después de ese bajón de voltaje, hasta la conversación resultaba imposible. Volvimos a Guayama en una sosera incómoda. Le pedí que me dejara en la esquina de la calle Derkes y lo hizo sin chistar. Me incliné para despedirme y allí mismo me agarró por el cuello y me administró un chuponazo violento. No pude zafarme antes de prometerle que volveríamos a vernos. En un motel, dijo taladrándome los ojos y hundiendo el acelerador.

Mamajú estaba plantada en la puerta con una sonrisa de sandía. De repente, el coraje se le había vuelto ternura. Graciela era la primera novia de carne y hueso que se le conocía a su casto nieto. Declaración jurada: No soy y nunca he sido un seductor natural. Me cuesta superar un cierto sentido del ridículo para entrar en el papel. Hasta entonces, me había conformado con un par de enchules platónicos, de ésos que se alimentan de indirectas sutiles, miradas intensas y una que otra exploratoria. Tampoco era tan paticaliente que digamos. Los fines de semana, daba el inevitable paseíto por la plaza y jugaba billar con los muchachos. El resto del tiempo me lo pasaba atrincherado en mi cuarto leyendo, escribiendo poesía cursi y fiebrando con los Stones. Para disgusto de mi padre, que veía con malísimos ojos aquel encierro sospechoso.

Una novia, por lo tanto, era una noticia formidable que venía a despejar ciertas dudas familiares. Mi abuela perdonó en el acto a la diablo que le había robado el sueño. Pero Doribel, que no se chupa el dedo, había identificado de plano a la conductora del Jaguar. Nota al calce: Mi hermana estaba en la oficina de la principal, castigada por haberse copiado en un examen de ciencia, el día que el doctor Asunción desafió a las autoridades escolares y se llevó a Graciela. Así que, lejos de escandalizarse, me arrastró hasta el patio para acribillarme a preguntas. Sueltas o suelto, amenazó con su habitual tacto antes de cederme el micrófono. Lo que más le

molestó fue que yo no admitiera los hechos. Con los pies sudando a chorros como cada vez que meto un mocho de los buenos, le conté que Graciela había venido a darme las gracias por los pasteles de mi madre. Mantuve firmemente mi aséptica versión del incidente que, por supuesto, ella no se tragó.

Entonces fue que la sangre llegó al Guamaní.

Al principio, creí que había sido Doribel, ofendida por mi falta de confianza. O Biyo el guardia que le había soplado a don Eligio (y don Eligio a mi padre) el mate *interruptus* de la playa. Dada la cantidad de malas lenguas que operan en tandas corridas 24/7 en Guayama, casi cualquiera hubiera podido ser el chota. Hasta la propia Graciela, a quien yo continuaba sacándole el cuerpo metódicamente, por aquello de que no hay furia en el infierno como la de una mujer desechada.

Pero mi fe en el sexo débil no fue puesta a prueba. Al menos, no en aquella ocasión.

En un arranque de solidaridad gremial, un colega del dentista le había ido con el chisme de las excursiones automovilísticas de su esposa en horas laborables. Ni corto ni perezoso, el perjudicado había contratado a un detective maunabeño especialista en líos matrimoniales. El informe del detective incluyó — con abundancia de *exhibits* — la brevísima sesión erótica de Cheriópolis. Y eso bastó para que, evidencia en mano, Asunción se personara echando humo en la quincalla (perdón, ferretería) de mi padre. Hay que imaginárselo entrando, el pobre, con la bata blanca todavía puesta y las pinzas sacamuelas en la mano. Y a don Eligio tirándose el *show* como quien no quiere la cosa por encima de los bifocales empañados. La vergüenza retroactiva existe.

Aquella noche, durante la cena, el Viejo no se dio por aludido. Pero, tan pronto procesó el último bocado de carne frita con mofongo, me citó en el garaje. Para garantizar la confidencialidad del limazo, me hizo sentarme con él dentro del carro. Subió los cristales y soltó prenda sin contemplaciones: ¿Qué es eso de que andas correteando con la mujer de Asunción? Me chocó oírlo llamar así, con aquel título de merengue cafre.

Cuando me repuse, improvisé un flojísimo alegato defensivo: que Graciela me había pedido consejo porque estaba considerando volver a estudiar. Unjú, gruñó él a secas como el jíbaro de Lloréns.

Y con la misma, agarró el sobre manila que tenía bajo el asiento y procedió a abanicarme la cara. Te voy a dar la oportunidad de desmentirte, fue lo único que dijo. Acto seguido, abrió el sobre. En honor a la verdad, las fotos de Cheriópolis sugerían mucho más de lo que realmente había ocurrido. El *close-up* de las dos lenguas en combate era impresionante. El detective tenía que haberlo captado con un lente telescópico.

En realidad, lo que cabreaba al Viejo no era tanto la aventura pasional de su hijo como el carácter público del asunto. Por más que él tratara de disimularlo, sentí que mi tímido cromosoma Y se reivindicaba ante sus ojos. Sin haber pasado de una modesta transfusión de saliva con Graciela, sin siquiera haber llegado como quien dice a *home*, de repente me veía ascendido de aguacatón asexual a sátiro residente. No sería necesario contratar los servicios de Doña Sasí, mentora carnal de juventudes que era casi una institución en Guayama. Mal que bien, me las había arreglado para dar la impresión de haber librado la coca y, encima, con una mujer casada, guapa y joven, aspiración cumbre de cualquier adolescente sin estrenar.

No sé cuánto tiempo estuve allí, asado de calor y de bochorno bajo aquel bombardeo inmisericorde y con el lapachero de rigor en las chanquetas. Ya había empezado a marearme cuando bajó la sentencia sumaria. Cláusula uno: prohibición terminante de volver a ver a Graciela. Cláusula dos: redacción urgente de una carta de excusas dirigida al Doctor Asunción.

Lo primero resultó más fácil que lo segundo. El dentista había puesto a la pecadora en un avión de Pan American rumbo a ese refugio de niñas preñadas y mujeres divorciadas que era entonces Nueva York. La escritura de la carta fue una auténtica tortura vietnamita, no por falta de fluidez expresiva sino por una especie de caballerosidad trasnochada que me impedía desembuchar la verdad. Señalarla en blanco y negro como autora intelectual del crimen hubiese sido de una suprema cobardía. Peor todavía: me hubiera puesto para siempre el sello de pendejo municipal. Tuve que asumir la responsabilidad exclusiva y encajarme el gorro de penitente para implorar el perdón de Asunción. En la versión final de la carta, sujeta a la censura del Viejo, ella quedaba como la inocente novicia seducida y yo como el infame pervertidor precoz. Sonaba tan

contrito y convincente que hubiera podido enviar una copia carbón a la casa parroquial.

Pero, como sentenciaría mi madre, la filósofa Doña Darling, no hay mal que por bien no venga. Ante el bochinche que corrió como fuego de cañaveral por toda la costa sur cuando se supo que el dentista había expatriado a Graciela por culpa de este humilde servidor, una nueva obsesión acaparó las energías mentales de mi padre: sacarme de Guayama lo antes posible. Sin que yo lo supiera, los planetas se estaban alineando a mi favor.

Y, para esos días, se produjo el milagro.

Entre todas las instituciones a las que había solicitado admisión --incluyendo los *colleges* ratones de las sínsoras americanas-- la Universidad de Puerto Rico fue la primera en contestar. Rompí el sobre con un temblequeo de alcohólico. Tuve que leer la carta dos veces para empezar a creerlo. El candidato Daniel Rivas estaba aceptado, y con un índice de ingreso nada despreciable. Cualificaba para matrícula de honor, lo que me exoneraba de todo pago, al menos durante el año prepa.

Pegué el grito que dejó afónico a Tarzán, agarré a Mamajú por la cintura y la bailé desde la cocina hasta el balcón. Mi abuela lloró, se secó los ojos en la manga de mi camiseta y dijo en tono ominoso: ¡Que Dios nos coja confesaos y comulgaos!

Mi padre, hasta la coronilla de tener que soportar las sonrisas burlonas y los chistes pesados de su clientela en torno al *affaire* Graciela, vio el cielo abierto. Sentando cátedra de elegancia, fingió haberse dejado persuadir por la Liga Femenina y, en un grandioso gesto de magnanimidad, retiró el veto a mi inscripción en el nido de *hippies*, independentistas y degenerados que monopolizaba sus pesadillas.

La concesión venía acompañada de un ultimátum. Probatoria por un semestre y, a la primera, de cabeza para la tienda, decretó con una tormenta eléctrica en la mirada. Esas palabras de mal agüero calaron hondo en mí. Vender palanganas y escupideras bajo la vigilancia nazi del Viejo no era precisamente mi concepto de la felicidad.

Y así fue cómo, el primero de agosto de 1969, año en que el astronauta Armstrong puso pata en la luna y miles de jóvenes peludos tomaron por asalto el pueblito de Woodstock, hice mi

entrada triunfal a Río Piedras con Padrino William al volante y Mick Jagger en la maleta.

Dondequiera que estés, bella e inolvidable Graciela, te la sigo debiendo. El próximo trago es en tu honor.

Copyright ALV 2011

Pena de muerte
Daniel R. Altschuler Stern

Departamento de Física
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Entraron al cuartel del barrio Naranjos de la pequeña ciudad del sur sin tener claro hacia dónde debían dirigirse. Él, alto, flaco, con bigote blanco, camisa blanca arremangada y brazos fibrosos tostados por el Sol. Ojos algo saltones y serios. Ella, enganchada de su brazo, de pelo canoso, frágil, zapatos negros con medias blancas. Sus ojos buscaban algo que indicara por cual de los tres pasillos, que alguna vez habían sido pintados de verde oscuro hasta media altura, debían dirigirse. Al verlos en medio del zaguán, el inspector Gutiérrez, se levantó de su silla detrás de su viejo escritorio de madera oscura, ubicado en una esquina bajo la gallarda imagen del presidente, y les preguntó luego del saludo — ¿En qué puedo ayudarles?

Pedro Díaz respondió con voz ronca de fumador —Venimos a reportar una persona desaparecida... —a lo cual agregó Maruja Vallejo de Díaz interrumpiendo con voz resquebrajada— M'ijo, mi hijo José Pedro.

Gutiérrez les invitó a sentarse en las dos sillas de madera ubicadas frente al escritorio. Tenían sus superficies pulidas por las muchas telas que en ellas se habían sentado y los brazos oscurecidos por la humedad de tantas manos nerviosas que de ellos se habían sujetado. Les ofreció café de una vieja cafetera ubicada sobre un estante. Para él, —Si gracias, con un poco de azúcar—; para ella, —No gracias—. Eran casi las diez y media de la mañana y Gutiérrez ya estaba aburrido. Faltaban dos horas para el almuerzo, y pensó que este casito haría que la mañana pasara más pronto.

Gutiérrez buscó una libreta de hojas amarillas y su bolígrafo, que finalmente encontró bajo unos cartapacios con marcas de grasa, y escribió algo. Luego, se acarició el bigote con el dedo índice y dirigiéndose a Pedro Díaz con mirada inquisidora le preguntó — ¿Nombre de la persona? Tomó nota: Lunes once de noviembre.

José Pedro Díaz, soltero, treinta y seis años, domiciliado en el condominio Vista Dorada, quinto piso, 502. Visto por última vez el jueves treinta y uno de octubre en casa de sus padres. Maruja suspira y le entrega una pequeña foto. Gutiérrez mira la foto y sigue escribiendo: Empleado del Banco Universal. No se reportó al trabajo esta semana. Persona seria, trabajadora, no tiene vicios y pocos amigos. Todos los jueves cena en casa de los padres. Si por alguna razón no puede, llama para avisar. Maruja relata y Gutiérrez continúa: El jueves pasado no vino ni llamó. Al llamar a su apartamento solo contesta el automático. La vecina, Filomena García, dice que no lo ha visto ni oído, tampoco ha visto a su amigo Javier que visita con frecuencia. El automóvil de José Pedro sin embargo, está en el estacionamiento.

Gutiérrez llama por teléfono y explica algunos pormenores, — Hay que mandar una patrulla a investigar. Los padres autorizan a que se entre al apartamento. La administradora del condominio tiene llave. Que reporten inmediatamente.— Luego se dirige a Pedro y Maruja —Por el momento es todo lo que podemos hacer, investigaremos y les dejaremos saber. Tranquilos; haremos todo lo posible para encontrarlo. Que tengan buen día.

El salón de estilismo “Tu Sueño”, se encuentra no muy lejos del condominio Vista Dorada; unos diez minutos a pie. Gutiérrez y un oficial bajan de la patrulla y luego de observar por un minuto, entran. —Señores, ¿Corte de pelo? ¿Barba? —les dice por saludo la dueña Yari Pérez. —No, gracias —responde Gutiérrez luego de identificarse, y continúa en voz baja

—Quisiéramos hablar con Javier Méndez, cuestión de rutina. Yari señala con el dedo hacia el fondo del salón donde un joven atlético de tez bronceada, de pelo negro largo y lacio, con un diamante en una oreja, trabaja con el cabello de una señora. —Mi amor, este rojo oscuro te va a enmarcar la cara mejor que el tinte anterior, te va a quedar divino, ya verás. Gutiérrez carraspea — ¿Javier Méndez? La respuesta tiene algo de asombro — ¿Si?

Hay en “Tu Sueño” una sala con una cocinita, mesa y sillas, y allí se sientan Javier y Gutiérrez. —Mi amor, regreso en seguida —le dice Javier a la clienta. Gutiérrez, incómodo, interroga. Los homosexuales le disgustan, piensa que es contra la naturaleza, y peor aun, contra su religión. Al salir, Gutiérrez le susurra al oficial

—Éste, algo esconde.

El arresto ocurrió pocos días más tarde. Lo buscaron a la casa de su madre ubicada en un barrio humilde de la pequeña ciudad. Revisaron con insolencia su cuarto, se llevaron algunos papeles y un álbum de fotografías. Entre sollozos, la madre de Javier exclama — ¡Mi hijo es un buen muchacho, jamás lastimaría a nadie!

Lo esposaron como si fuera un peligroso criminal y lo empujaron al asiento trasero de la patrulla, mientras los vecinos curiosos observaban. Chillaron las gomas de la patrulla. Al otro día, en las páginas policiales del periódico local, una corta nota informó: “Arrestan homosexual sospechoso de homicidio de empleado bancario”. La nota ofrecía pocos detalles: no se había encontrado el cuerpo, se sospechaban motivos pasionales o quizá robo, los padres de José Pedro desconsolados, clamaban por justicia. Una foto de Maruja llorando.

La nueva ley para acabar con la criminalidad había sido aprobada en la legislatura por aclamación poco tiempo atrás, “mano dura contra el crimen”. El presidente la había firmado en ceremonia especial —Se acabó con la violencia, la obscenidad, los actos que ofenden la moral pública —dijo solemnemente en su discurso— ¡Dios así lo quiere en la ley del talión!

El obispo, invitado especial, recitó del Deuteronomio — No tendrás compasión: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. Los pocos opositores, los que argumentaban que la pena de muerte por fusilamiento era asesinato público, que la ejecución a dos semanas de la sentencia era un acto de barbarie, que no había espacio para apelar, fueron tildados de izquierdistas, de personas que no tenían carácter, de ser los mismos que aceptaban el asesinato del aborto, de preocuparse más por el victimario que por la víctima.

La nueva ley también estipulaba períodos de tiempo cortos para los procesos criminales, “para ser justos con los acusados”. Si no había juicio y sentencia dentro del término estipulado se debía dejar al acusado en libertad. Todos estaban de acuerdo que era injusto tener a alguien por un año en prisión esperando juicio para luego salir absuelto. El año no se le podía devolver. El argumento de que la vida tampoco se le podía devolver al que fuera ajusticiado por

error, se descartaba aduciendo que en estos casos no había lugar para el error.

El juicio comenzó veintiún días después del arresto y acusación, tal como lo estipulaba la ley. Los testigos juraron con mano sobre la Biblia decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Los miembros del jurado, ocho hombres y dos mujeres, seguían con atención todos los argumentos.

Javier tenía ojeras oscuras y la de su ojo derecho se extendía purpúrea alrededor del ojo. Su tez había perdido el bronceado. Su mirada era nerviosa y evitaba mirar a los padres de José Pedro. Su uniforme gris claro de reo contrastaba con su pelo oscuro, rapado corto y sus ojos oscuros. Maruja solloza.

Aunque no se encontró nada importante en el cuarto de Javier, varias fotos del álbum confiscado lo mostraban en compañía de José Pedro, y algunas habían sido tomadas sobre un bote en el mar. Por la variada vestimenta y diferente entorno, no cabía duda que solían hacer esto con cierta regularidad. Era difícil establecer las fechas.

En el cuarto de Javier habían encontrado una camisa con flores tropicales rojas sobre un fondo verde, idéntica a la que vestía José Pedro en una de las fotos. Javier explicó que esa camisa se le había olvidado a José Pedro en su bolso, al regresar de un fin de semana en el mar meses antes de la supuesta desaparición. El fiscal pregunta si puede probar que no fue el fin de semana justo antes de la desaparición, y Javier admite que no hay forma de probarlo. El fiscal indica además, mirando al jurado con gesto dramático, que aquí no se trata de una “supuesta desaparición”, José Pedro no se encuentra por ningún lado, sus padres no lo han vuelto a ver. Maruja solloza.

La policía declaró que no se pudo encontrar el cuerpo. Se había solicitado la colaboración de una psíquica, una que había sido recomendada por la lectora de Tarot de José Pedro, persona de mucha experiencia en la materia, y que hace unos años había dado con el cuerpo de un niño perdido en un parque. Se había buscado en todos los posibles sitios “oscuros y húmedos” como lo había indicado la psíquica, pero hasta el momento sin éxito. El problema

era que el fondo del mar también es oscuro y húmedo, y era casi imposible encontrar un cuerpo en su vasta extensión.

Madame Fossard, la del Tarot, declaró que José Pedro la visitaba con frecuencia, que le preocupaba su vida amorosa, que le había dicho en varias ocasiones a José Pedro, un muchacho adorable, que su relación con Javier “iba a terminar mal”. José Pedro le había dicho en su última visita que había tomado la decisión de terminar con la relación, pero que estaba pensando cómo decírselo a Javier. Le había dicho que lo mejor sería poner distancia entre él y Javier, alejarse de todo por un tiempo, ya que sabía que éste no lo iba a tomar bien y que “no deseaba un desenlace trágico”.

Filomena García, la vecina, testificó que José Pedro era una persona callada, buen vecino. El día que a ella le trajeron un nuevo sofá, el le ayudó a mover sus muebles. Pero Javier le daba mala espina. Venía a visitar a José Pedro después del trabajo y se quedaba en el apartamento por unas horas. Las pocas veces que se encontraron en el pasillo del condominio, aunque saludó, claramente la evitó, “como si tuviera algo que esconder”. Del apartamento de al lado oía ocasionalmente algo de música y percibía aroma de incienso que se colaba por debajo de la puerta, pero nada inusual. Justo por eso recuerda que el miércoles seis le llamó la atención lo que parecía ser una discusión en el apartamento, aunque no podía entender las palabras.

El análisis de las grabaciones del contestador telefónico corroboraban las llamadas preocupadas de los padres, y una llamada el jueves siete en la noche en la cual una voz decía, — Nene, te vas a arrepentir. Un experto no tuvo dificultad en confirmar que se trataba de la voz de Javier.

Javier no negó haber dejado el mensaje, estaba alterado y pensaba que José Pedro se arrepentiría de haber acabado con la relación, y a eso se refería. Sí, perderse en un paraje solitario en el mar, buscar una playa solitaria era algo que hacían con frecuencia, les gustaba y podían estar juntos sin que les molestaran. Nunca más vio a José Pedro luego de la noche de la discusión.

Un experto de la fiscalía, con la cabeza rapada, habló dilatadamente de los problemas de violencia relacionados con los homosexuales. —Son personas mal adaptadas a la sociedad — declaró— que viven en un eterno conflicto y se han acostumbrado

a vivir la mentira porque saben que Dios les castigará y pueden en ocasiones ser muy pasionales y violentos. Declaró que la Biblia decía claramente en Levítico 20:13 “Si alguien se acuesta con varón, como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos”. Agregó con tono despectivo que uno ya había muerto. Maruja solloza.

El abogado defensor, conocedor de la Biblia, señaló que Levítico 19:27 también decía “No rapéis en redondo vuestra cabellera, ni cortes los bordes de tu barba”, pero el juez le indicó que el acusado aquí era Javier Méndez y no el experto de la fiscalía, y que se borrara del record su comentario.

La única en hablar bien de Javier fue Yari Pérez, la propietaria de “Tu Sueño”.

—Javier es un buen trabajador, cumplidor, querido por las clientas que siempre piden por él —testificó con simpatía— De su vida privada no sé nada, es tímido y muy reservado. Recuerdo que hace como un año dejó de ir los viernes a la discoteca con el grupo. Reclamaba, cuando los compañeros le molestaban, que lo dejaran en paz, que había encontrado el amor de su vida, que era secreto y que no se atrevieran a entrometerse.

Así también lo confirmó Ángel Luís, compañero de trabajo, quien además, dirigiéndose al jurado, les dijo que ser homosexual no tenía nada de malo, que él confesaba públicamente que lo era, y que ya era hora que cesara la persecución y el ostracismo que les llevaba a una vida al margen de la sociedad. El juez lo mandó callar, diciendo —Aquí no está en juicio la homosexualidad, sino un individuo acusado de un crimen horrendo. Murmullos entre el público. Maruja solloza.

Con el correr de los días, Javier lucía más nervioso y en ocasiones parecía estar ausente, en otro mundo. A veces rompía en un llanto callado. Su apariencia era cada día peor, sus semblante cada vez más oscuro, su cara cada día más pálida, lo que sugería no muy buenas noches en prisión. Sus respuestas a interrogatorios eran cada vez más confusas. Decía no recordar cuándo había conocido a José Pedro, no precisaba cuantas veces por semana se veían, y no recordaba hacía dónde se dirigieron el último fin de semana en bote, el “fatídico fin de semana” como lo describía el fiscal. La psicóloga asignada por la corte testificó que Javier sufría de amnesia

traumática y que al igual que en los casos de abuso sexual, el sujeto no quiere recordar lo ocurrido. Ante la contundente agresividad del fiscal, y el buen trabajo de la psicóloga para ayudarlo a recobrar la memoria reprimida, y para asombro de muchos, llegó el momento culminante del proceso, cuando confesó entre sollozos haber abandonado a José Pedro en medio del mar. Maruja se desmaya. Pedro Díaz, con su voz de fumador grita — ¡No mereces menos que la muerte! No había alternativa ante la confesión. Homicidio premeditado, primer grado. Culpable. Pena de muerte como lo estipula la nueva ley. A nadie le dio pena. ¡Que Dios nos bendiga!

Frente al cuartel, una vigilia silenciosa se formó bajo la luz de la luna menguante con velas y pancartas, “Basta ya con la depravación” y “Temed al Señor” decían. A las doce de la noche a la voz de ¡fuego!, los disparos se entreveraron con el sonar de las campanas de una iglesia cercana. Luego se escuchó un disparo solitario, tal como lo estipulaba la ley. Se había hecho justicia. La muchedumbre congregada sintió una brisa helada, aunque la noche era cálida. Se fueron en silencio y de prisa para olvidar cuanto antes porque sabían que estaba mal, sabían que Dios les ordenaba: “no matarás”. Pero hacía tiempo que abrumados por la constante propaganda oficial y el miedo, se habían resignado. Ya a la semana había cosas mucho más importantes para considerar: una muy comentada cartelera boxística y un importante concurso de belleza. También, la telenovela del momento estaba en sus días “culminantes” y los apasionantes amoríos en el mundo real del galán ficticio de la novela eran tema de primera plana. Al cabo de un mes parecía haber pasado un año y pocos recordaban al ajusticiado.

El hombre entró al cuartel del barrio Naranjos. Tenía la cabeza rapada. Sus ojos saltones y cansados en su cara pálida, encontraron a los de Gutiérrez que lo miraba desde su escritorio de madera en la esquina, bajo la foto del presidente. —¿En qué puedo servirle? — preguntó. El hombre, vestido con un pantalón y camisa blancos, cinturón de cuero marrón, y sandalias también de cuero, se sentó en una de las sillas de madera, respiró hondo y dijo murmurando — No se a quien más acudir, he regresado de un retiro espiritual y me encuentro en una situación embarazosa. Le ruego que mantenga lo

que le diré en estricta confidencia. —Si, claro —respondió Gutiérrez pensando en que ya casi era hora del almuerzo y se recostó en su silla. —Estoy buscando a un amigo pero no aparece —continuó el hombre— He buscado por varios días y no lo he encontrado ni en su trabajo ni en su casa, la cual parece abandonada. Por razones personales, como le explicaré, no deseo que me reconozcan y ya no puedo hacer más indagaciones. Ni me he comunicado con mis padres ya que necesito tiempo para ver como justifico un acto que seguramente les ha causado angustia. Gutiérrez, algo contrariado porque ya tenía hambre y esto parecía que iba a tomar un rato, sacó de entre sus papeles del escritorio desordenado su libreta de hojas amarillas, y encontró su bolígrafo.

— ¿Su nombre? —preguntó con tono aburrido. —José Pedro Díaz —respondió el hombre.

¿Historia Sin Colores? Fernando Picó

Departamento de Historia
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

En París este verano encontré que el medievalista francés Michel Pastoreau había publicado una historia del color negro. El libro propone que en el medievo el negro era un color que representaba prestigio y autoridad, el de la toga de los profesores y magistrados. Sólo en siglos subsiguientes fue símbolo de duelo y pesar. Pastoreau observa agudamente que el negro se ha vuelto el color favorito de la vestimenta de los jóvenes actuales. Los colores tienen sus historias y no hay razón para que los investigadores las ignoren o las declaren cerradas.

En Puerto Rico los colores no solo siguen los vaivenes de la moda, sino también de la política. Azul, rojo y verde tienen sus historias y sus leyendas. En el medievo el azul era el color de la fe, el rojo el de la caridad, y el verde el de la esperanza. No son los significados medievales los que nos apasionan, sino sus reclamos partidistas de hoy,

Recientemente, a raíz de una mesa redonda convocada por un diario de la capital, sobre la invasión norteamericana de 1898, alguien recomendó que se hiciese una historia sin colores, en la cual la verdad y no los alegatos partidistas, estuviese representada. La premisa era que una historia que promueve intereses partidistas, una historia monocromática, es inaceptable. Bien ¿pero es que una historia sin colores es posible? Usualmente la gente que la reclama lo hace porque su color no está representado en lo que acaba de leer.

Entonces hay que pensar en una historia policromática, en que todas las interpretaciones están consideradas, aunque obviamente no todas son compatibles y no todas estén igualmente abiertas a la corroboración. Esto es difícil y no siempre cumple con las expectativas que suscita el deseo de hacerlo. Pero el hecho de que no se excluye de salida ninguna representación abre la posibilidad

de que la mayoría de los lectores la encuentre aceptable. Según pasa el tiempo unas interpretaciones se solidifican, otras pierden consistencia. La popularidad de una interpretación no es garantía de una larga vida, porque su propia celebridad la expone a las constantes reconsideraciones y revisiones que su importancia exige.

Veamos un ejemplo. ¿Opusieron resistencia los puertorriqueños a la invasión norteamericana en 1898? Si tomamos como punto de partida las resistencias en Puerto Rico en el siglo 19, especialmente desde el grito de Lares en 1868, no podemos ocultar la amplitud y la profundidad de las resistencias al régimen español en las décadas que precedieron a la invasión norteamericana. Pero el hecho de que los actos de resistencia a las autoridades hayan sido frecuentes, no excluye el hecho de que algunos sectores de la sociedad, y no necesariamente los más conservadores, hayan manifestado repetidas veces su adhesión al régimen español, y que otros sectores hayan buscado modificaciones sustanciales al régimen que no conllevaban la total separación de la isla. Algunos patrones de resistencia al gobierno no necesariamente buscaban una modificación política; en realidad algunos de estos actos eran pre-políticos, como los llamaría Eric Hobsbawm. El apoyo a las manifestaciones políticas y las tendencias tampoco era estable, sino mudaba con las distintas eventualidades, como la crisis económica de 1885-86 y la crisis social y política de 1895. En otras palabras, en los 1890 la sociedad puertorriqueña estaba fragmentada en sus actitudes políticas, pero el balance entre las corrientes políticas no era estable.

Cuando estalló la Guerra Hispanoamericana, la opinión pública en la prensa y en las distintas manifestaciones y proclamas de los grupos cívicos pareció solidificarse alrededor del apoyo al régimen español en Puerto Rico. La situación, sin embargo, cambiaba continuamente. El bombardeo de la ciudad de San Juan y sus fortificaciones en mayo pareció alentar las manifestaciones de lealtad, pero también reveló la debilidad de las defensas históricas. Contra la nueva artillería los viejos muros no bastaban. Fue por el bombardeo que Santiago Iglesias pudo escapar de su prisión, a la cual se hallaba reducido por sus actividades de organización obrera.

La incertidumbre causada por la guerra redujo grandemente el crédito que extendían los comerciantes, tradicionalmente la fuente de financiamiento para los agricultores. En consecuencia,

miles de trabajadores, especialmente los de la zona cafetalera, se encontraron sin trabajo. En el centro de la isla empezaron a recurrir las partidas de grupos armados de personas que atacaban haciendas o las recuas de mulas cargadas que traían abastos de la costa a las tiendas rurales. El gobierno autonómico, deseando generar trabajos en las obras públicas para mitigar el desempleo, encontró que no podía obtener empréstitos de las casas comerciales. El comercio no confiaba en la estabilidad del nuevo gobierno. Por otro lado las administraciones municipales exhortaban a la ciudadanía a generar actividad económica. Hubo muchas nobles palabras y escasos recursos adicionales para los proyectos municipales dirigidos a crear empleos. En estas circunstancias crecieron las manifestaciones contra el gobierno tanto en los centros urbanos como en el campo.

Cuando el general Nelson Miles comandante en jefe del ejército norteamericano, deliberó por donde invadir Puerto Rico, determinó que Guánica ofrecía la mayor posibilidad de éxito. No solo era un excelente fondeadero, escasamente defendido, sino también quedaba cerca de Ponce, el municipio de mayor población, y de Yauco, reputado como centro separatista. Porque Miles no había podido extraer de Cuba los regimientos regulares, contagiados con la fiebre amarilla, y porque deseaba complacer a los congresistas republicanos de la mayoría, que reclamaban la participación de los voluntarios de sus estados en las glorias de la guerra, Miles trajo consigo tropas bisoñas, con escaso entrenamiento militar. Guánica ofrecía la ventaja de una dilación en el encuentro con las tropas profesionales españolas, concentradas en el norte. Guánica, sin embargo, no era necesariamente un sitio inesperado de la invasión, La víspera misma del evento el New York Times la señalaba como el sitio probable de la invasión. Pero en Guánica el 25 de julio sólo había un destacamento de 12 guardias civiles sin las armas adecuadas para enfrentar la artillería y las armas de rápida repetición (Gatling guns) de los invasores. Sólo posteriormente se suscitó el mito de Águila Blanca (José Maldonado) oponiéndose al ejército invasor. Pero, como se ha demostrado anteriormente, Águila Blanca estaba en Nueva York en el momento de la invasión, y cuando llegó a Puerto Rico fue para organizar una partida contra los hacendados españoles de la zona sur.

La guerra en Puerto Rico solo duró hasta el 12 de agosto. El armisticio concertado en París puso fin a las hostilidades entre los ejércitos, pero en los campos las partidas llamadas sediciosas o de tiznados proliferaron y atacaron con preferencia las haciendas y casas de comercio de los españoles. Cuando los norteamericanos empezaron a ocupar las sedes municipales, según lo pautado, su primera misión fue proteger a los españoles contra las partidas. Así irónicamente la guerra para liberar a los puertorriqueños de los españoles tuvo como desenlace la protección norteamericana de los españoles en Puerto Rico.

¿Es esta una historia con todos los colores? Estoy seguro que cada cual hubiese preferido más énfasis en su propia visión. Obviamente hay muchos detalles que añadir, como la proyectada marcha del general Brooke desde Guayama hasta Cayey, para obviar el Asomante. Pero si guardamos la complejidad de los eventos del 1898 no tenemos que recurrir a inventos ni ficciones.

¿Qué es lo que hace monocromática la historia? Muchas veces solo basta añadir adjetivos tendenciosos a los sustantivos para sesgar la lectura. ¿Qué ayuda a hacerla policromática? El abstenerse de moralizar, que es siempre la tentación del narrador.





INVESTIGACIÓN



La educación general en la universidad del siglo XXI: Autonomía y Ciudadanía

Waldemiro Vélez Cardona, PhD

Facultad de Estudios Generales
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

RESUMEN: Además de resumir los retos de la educación general para el siglo XXI, este trabajo propone otra forma de ver la educación general. Para eso entiendo que hace falta adelantar tres propósitos: primero, y tal vez el más importante, una nueva concepción de lo que entendemos por educación general. En segundo lugar, plantear nociones de autonomía coherentes con esa visión, y, en tercer lugar, reflexionar sobre el tipo de ciudadanía que se promueve por medio de la nueva educación general. PALABRAS CLAVES: educación general, autonomía y ciudadanía

A reconstituted notion of autonomy might do more to underpin education which foregrounds ideas of citizenship and co-operation than all the current ideology of the market, despite its origins in notions of public space (*the agora*) and exchange. That is a striking irony. If it is not the product of one more confusion inflicted on us, it is certainly one that we shall have to go on helping each other to sort.

(Richard Smith, 1997)

Introducción

Los temas de autonomía y ciudadanía han sido importantes para el pensamiento social durante todo el siglo XX y lo que va del XXI. Sin embargo, la intensidad y profundidad de los debates han tenido sus alzas y bajas dependiendo de la coyuntura histórica en la que se ubican. En los momentos de mayor apertura democrática (ya fuera aparente o real), como los que experimentamos en el periodo de entre guerras (1919-1939), dichos conceptos se relacionaron con la ampliación de la participación, desde una perspectiva colectiva. Por otro lado, en la segunda posguerra tuvieron un matiz mucho más individualista y excluyente.

Tanto en las coyunturas de ampliación de los espacios democráticos como en las de su reducción significativa (como en la época del MacCartismo o del Patriot Act, por ejemplo), se ha enfatizado el importante papel que desempeña la educación para promover el tipo de autonomía y ciudadanía que se entiende mejor sirven al país en ese momento. Al nivel universitario esa función con frecuencia ha sido delegada a la educación general. De hecho, muchos autores la han definido como “educación para la ciudadanía democrática”¹. Estando siempre en tensión lo que debemos entender por ciudadanía y por democracia.

En las pasadas décadas muchos de los detractores de la educación general la han identificado, excesivamente a mi juicio, con el conservadurismo y el estatus quo, por entender que ha sido un mecanismo privilegiado para promover la exclusión (con las nociones de ciudadanía que proponía) y el individualismo (por la concepción de la autonomía que asumía). Además, también fue víctima de unos malos defensores, los que pretendieron rescatarla por medio de una vuelta al canon occidental y a la creencia de que “todo tiempo pasado fue mejor”.

En ese contexto, la educación general (al menos una de sus modalidades) quedó presa en las “guerras culturales” de las últimas décadas del siglo XX, y recibió heridas que parecían haberla puesto en tal estado de agonía que muchos pensaron que no era posible resucitarla. El problema es que no se presentaron propuestas adecuadas sobre qué otro componente curricular debía cumplir la función que se le había asignado a la educación general como correctivo de la estrechez disciplinaria y como promotor de ciudadanía y autonomía. Esa situación nos ubicó, por varias décadas, en una especie de vacío o limbo. No queríamos a la educación general como era, ni teníamos nada mejor para sustituirla. Es en esta disyuntiva en la que se ubica la presente reflexión.

Mi propósito aquí es proponer otra forma de ver la educación general. Para eso entiendo que hace falta adelantar tres propósitos: primero, y tal vez lo más importante, proponer una nueva

¹ Ver, por ejemplo, Bell, D., 1968; Bol, P. K., 2004; Kanter, S. L., London, H. B. & Gamson, Z. F. 1991; Maldonado Rivera, M. 1983; Miller, G. E., 1988; Vélez Cardona, W., 2008

conceptuación de lo que entendemos por educación general². En segundo lugar, plantear nociones de autonomía coherentes con esa visión, y, en tercer lugar, reflexionar sobre el tipo de ciudadanía que se promueve por medio de la nueva educación general. Aquí vamos con el primero.

Nueva conceptualización de la educación general

Para mí, la educación general universitaria es el componente del currículo que enfatiza tanto en la importancia de las disciplinas como en su insuficiencia y limitaciones para producir conocimientos. Además,—y tal vez sobre todo—promueve activa y deliberadamente las conexiones entre las diversas áreas del saber, propiciando la reconstrucción de su tejido (*complexus*), así como el entendimiento de las razones históricas de su parcelación (disciplinarización) y los efectos que esto ha tenido y tiene en los procesos de aprendizaje y producción cultural. De ahí que se propone propiciar la re-vinculación holística de los saberes, reconociendo la complejidad de nuestra existencia y la unidad intrínseca de todos los elementos que la configuran y posibilitan (biológicos, químicos, socioculturales, medioambientales, físicos, emocionales, espirituales, etc., etc.). Por eso, debe incorporar la transdisciplinariedad como la estrategia más adecuada para producir aprendizajes, conocimientos, cultura, acciones y maneras de vivir y ser que provoquen el mayor bienestar individual y sobre todo colectivo.

La educación general se caracteriza por propiciar el surgimiento de un nuevo tipo de inteligencia, fundada en un equilibrio entre la inteligencia analítica, los sentimientos y el cuerpo; reconciliando la efectividad y la afectividad (Nicolescu, 1998, p. 4), y auspiciando siempre el más pleno desarrollo de las capacidades humanas. En fin, la educación general:

- comprende al ser humano en su unidad integrada (consigo mismo, con otros seres humanos y con su entorno).

² Evito utilizar el término *definición*, por entender que éste se identifica excesivamente con unos límites que deslindan o hasta cierran un concepto que en gran medida debe permanecer abierto. Eso no impide que proponga unas coordenadas que nos ayuden a ubicarlo en un terreno y no en otro.

- comprende al conocimiento en su unidad epistémica,
- comprende a la realidad en su complejidad y unidad insoluble,
- y articula esa triple comprensión por medio de la transdisciplinariedad.

En síntesis, la educación general se caracteriza por propiciar la conexión e integración de saberes provenientes de los diversos campos del conocimiento (ciencias sociales, ciencias naturales y humanidades) y de incorporar integralmente las experiencias y vivencias de la cotidianidad en los procesos de aprendizaje. De esa manera se integran los saberes científicos con la intuición, la sensibilidad y toda forma de producir conocimientos y sabiduría producto de la herencia, particularmente aquellos que han sido olvidados o escondidos (los saberes indoamericanos, orientales, africanos, etc.) de los que también nos sentimos muy orgullosos. La educación general reconoce la porosidad y vinculación de los saberes, así como la insuficiencia y limitación que representa la manera en que han sido organizados en las universidades (disciplinas, departamentos, facultades, carreras, etc.). De ahí que su principal aportación a la formación integral de los y las estudiantes proviene de su énfasis en develar los fundamentos epistemológicos, económicos, políticos, en fin, culturales en sentido amplio, de todas las maneras de producir y organizar el conocimiento, tanto a través de la historia como en la actualidad; y la insoluble vinculación de estos procesos con nuestra realidad y con las formas en que la representamos, construimos y reconstruimos, pero sobre todo experimentamos, disfrutamos, sufrimos y vivimos.

Además, entiendo que de alguna manera la educación general ha sido y es la principal responsable de promover la conciencia ciudadana. Pero ahora me refiero no a una ciudadanía excluyente y con pretensiones homogeneizadoras, sino a una ciudadanía intercultural y compleja (Tubino 2003). Es decir, a unas nociones y prácticas ciudadanas que sean sensibles a nuestras diferencias étnicas, raciales, idiomáticas, de género, religión, preferencias sexuales, posturas políticas y quehacer cultural, entre otras. En ese contexto, la educación general promueve el desarrollo de la tolerancia, la empatía, la solidaridad y la afectividad; a la vez que ayuda a desarrollar competencias cognitivas e intelectuales de alto

nivel. La educación general es la que nos ayuda, a los profesores, estudiantes y otros funcionarios universitarios, a ubicarnos como actores sociales en todo el teatro de la vida. Esto, en tensión y lucha abierta o encubierta, con un aparato publicitario que continuamente nos induce a ser espectadores de los otros y de nosotros. (Freedman 2009).

Hacia la ampliación de la ciudadanía

Una de las funciones principales de la Universidad es la capacitación de personas que además de adelantar sus conocimientos, sean ciudadanos comprometidos con el bienestar general de la población, tanto nacional como mundial. En la Universidad deben debatirse todos estos extremos, por medio de la discusión pública, abierta y accesible a todos y todas. Debemos reconocer que a través de los años y en diferentes países se ha promovido la conciencia y participación ciudadana por diferentes medios. Además, se han propuesto distintas nociones de lo que es la ciudadanía. Las nociones de ciudadanía que tengamos van de la mano de nuestra concepción de la democracia que deseamos desarrollar.

En los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos, por ejemplo, se promovió una ciudadanía, tal vez más abierta y democrática que en los años de post-guerra. En ambos casos se utilizó a la educación general, componente medular de los currículos universitarios, para promover el tipo de ciudadanía que deseaban el Estado y los sectores dominantes que lo controlan. Esto condujo a que muchas personas identificaran a la educación general con el conservadurismo y la represión que caracterizó a los años de la llamada Guerra Fría y el Macartismo. De ahí que este componente curricular fuera tan fuertemente atacado en las “Guerras Culturales” de los años ochenta y noventa, y por la crítica a las “Grandes Narrativas” (especie de metafísica) y a los paradigmas intelectuales heredados de la modernidad.

Hoy estamos cada vez más conscientes de que la educación general necesita promover explícitamente el desarrollo de una ciudadanía compleja e intercultural. Es a partir de ella que los estudiantes-ciudadanos podrán desarrollar más adecuadamente su

capacidad para relacionarse y convivir con otros(as) mediante el compromiso con el bienestar general.

Siempre debemos tener presentes que la posibilidad del ejercicio pleno de la ciudadanía tiene varios prerrequisitos multidimensionales que están profundamente interconectados. De ahí la importancia de la educación general, tanto para el entendimiento de estos nexos, como para propiciar acciones ciudadanas que aumenten las posibilidades del ejercicio de una ciudadanía compleja y plural para la ampliación de los espacios democráticos. Uno de los asuntos más importantes en el diseño de políticas públicas que posibiliten el discurso de la democracia es construir sistemas políticos que incluyan dentro de los derechos ciudadanos (libertad, igualdad, equidad) el reconocimiento de la diversidad cultural. O dicho de otro modo, que propicien el desarrollo de una ciudadanía compleja. Esta última sostiene que, tanto el derecho a la pertenencia como el derecho a la diferencia son principios básicos, no derechos especiales.

Por lo tanto, el consenso entre pueblos debería incluir el compromiso en torno a estos dos tipos de derechos. Asimismo, este consenso, solo podría ser el resultado de acuerdos interculturales. Ello supone construir instancias de diálogo intercultural. Es decir, aceptar que las diferentes culturas están interrelacionadas y pueden elaborar proyectos conjuntos, asumiendo positivamente la diversidad (Fuller, 2004., p.1).

Además, debemos considerar que la pobreza, por ejemplo, representa una exclusión de la ciudadanía. Dicha exclusión no se soluciona con el otorgamiento de derechos especiales. Las leyes no traen como consecuencia inmediata el ejercicio de los derechos. Generan espacios de lucha y, por lo tanto, deben ser adecuadamente aprovechados. Resulta evidente que la pobreza crónica, resultante del injusto sistema de distribución de bienes que hoy padecemos, es un fenómeno económico y cultural al mismo tiempo. Cuando los pobres adquieren cultura política, cuando empiezan a concebirse, no como consumidores pasivos de bienes y mensajes, sino como ciudadanos activos despojados injustamente de sus derechos básicos, entonces se abren las épocas de cambio, los tiempos de radicalización de la democracia (Mouffe, 1992), y de la más plena

descolonización³. Para ello es muy importante generar culturas ciudadanas de participación política enraizadas en los mundos vitales y en las culturas propias de la gente. (Tubino, 2005, p.90). La educación general debe ayudar a los estudiantes-ciudadanos a generar valoraciones, hábitos colectivos, estilos de argumentación racional y saberes prácticos, sin los cuales los espacios públicos de deliberación democrática no son debidamente aprovechados.

La nueva concepción de la educación general que propongo denuncia el etnocentrismo que aqueja la noción de ciudadanía moderna porque está basada en una concepción de ser humano que identifica al hombre occidental con lo universal, la razón y el saber; y coloca a las otras culturas en el lugar del otro, Por eso, en gran medida esta crítica erosiona la legitimidad de la noción de derechos humanos como se conciben en el occidente. (Fuller, 2004, p. 4) Frente a la concepción liberal clásica de la ciudadanía indiferenciada, debemos entender que entre ciudadanía y diversidad no hay ruptura, que el ejercicio de la ciudadanía no involucra la renuncia a la pertenencia comunitaria y que, en este sentido, los derechos comunitarios no introducen necesariamente limitaciones injustificadas al ejercicio de los derechos individuales. “Decir que la diferencia es inherente a la ciudadanía, o que la ciudadanía es por esencia diferenciada, es decir que entre los derechos individuales y los derechos colectivos no hay exclusión. Muy por el contrario, son derechos interconectados y complementarios”. (Tubino, 2008, p. 175-176).

Me parece que en estos momentos se hace imprescindible que en la universidad se investigue cómo se construyeron las identificaciones nacionales, locales y globales, los modos en que se plantean las “fronteras” entre “nosotros” y los “otros”, los sentidos de pertenencia, de historia, de comunidad y sus fronteras; y sobre todo, registrar las luchas de los subordinados por producir su propia versión de sí mismos. (Fuller, 2004, p.3). Como estos son fenómenos cada vez más complejos y eminentemente transdisciplinarios, es crucial

³ Entiendo por descolonización aquí, siguiendo a Lao-Montes (2010, pp. 278-279), como “un proceso de democratización y socialización de las relaciones de poder en todas sus dimensiones (políticas, culturales) y en todos los ámbitos de lo social desde la subjetividad y lo íntimo hasta las estructuras del conocimiento, las formas de Estado, y la economía mundial”.

que la nueva educación general tenga un espacio determinante en los currículos universitarios del siglo XXI, para dar cuenta, lo mejor posible, de ellos.

La universidad, en gran medida por medio de la nueva educación general, debe convertirse en un laboratorio de participación ciudadana, en un lugar en el que sea cotidiano el aprendizaje de los hábitos definitorios de esa idea de tomar parte en la vida de la comunidad. El construir espacios dialógicos y democráticos en las aulas ha sido una característica definitoria de la educación general desde hace mucho tiempo. Somos conscientes de que es necesario que en los salones de clase los estudiantes convivan (y no sólo estén), compartan (y no sólo recelen), cooperen (y no sólo compitan), disientan (y no sólo consientan), discrepen (y no sólo callen), discutan (y no sólo escuchen), confronten (y no sólo comparen), negocien (y no sólo acepten), consensúen (y no sólo impongan), para que así aprendan a decidir juntos (y no sólo a asumir individualmente las decisiones tomadas por otros). (Martín Gordillo, 2006, p.81).

Si logramos que las diferencias (de todo tipo) puedan expresarse sin que se diluyan ni impliquen aislamiento u oposición, estaríamos desarrollando nuevas formas de construir las identidades que no se fundan en lo que diferencia a un grupo de otro, sino también en la hibridación, la pertenencia simultánea a mundos diversos como puntos de encuentro de las relaciones interculturales. (Fuller, 2004, p.4). La nueva educación general debe estar comprometida en todo momento con democratizar los espacios públicos, descolonizándolos de las leyes del mercado, haciéndolos inclusivos de la diversidad cultural. Es decir, debe alejarse de las concepciones de ciudadanía excluyentes y homogeneizadoras, abriendo el camino para una ciudadanía verdaderamente democrática y descolonizadora.

¿La Autonomía en la nueva educación general?

Al referirme en este escrito a la autonomía, la ubico en dos ámbitos interrelacionados: la autonomía institucional y la autonomía personal. La educación general que propongo debe incidir positivamente en el fortalecimiento y ampliación de ambas.

Entiendo a la autonomía como un proceso siempre inacabado y lleno de tensiones y amenazas; más que como algo establecido o por establecerse que determina el comportamiento, ya sea institucional o personal. Además, entiendo que su ampliación es una responsabilidad compartida de una multiplicidad de actores, en los que se destacan los miembros de la comunidad universitaria, los egresados, legisladores y otros funcionarios en puestos electivos, así como de la ciudadanía en general. De ahí que las posibilidades de mayor autonomía están estrechamente relacionadas con una educación ciudadana profundamente democrática. Así como el ejercicio de la ciudadanía se relaciona significativamente con una educación que fortalezca la autonomía. He aquí la importancia trascendental que viene a tener la nueva educación general.

El término autonomía evoca nociones como soberanía, emancipación, autorregulación y autogobierno. Autonomía, viene de dos palabras del griego: *autos*, de uno mismo y, *nomos*, norma o ley. Se opone al de heteronomía, que supone una actuación basada en criterios y normas impuestos por otros, que son externos o ajenos. (Narro Robles, et. al, 2009, p.66). La “autonomía” indica la capacidad de las personas, las instituciones o los Estados de darse a sí mismos su propia ley y gobernarse por ella, de ordenar su propio mundo y de configurar, en suma, su forma acostumbrada de ser, pues *autos*, ciertamente quiere decir, “sí mismo” y actuar por sí mismo como “autor”, en este caso de su propio *nomos*.

La autonomía es la capacidad que tiene una persona o entidad de establecer, por sí misma, las normas generales para su funcionamiento. Es decir, para organizarse y determinar cuáles son las mejores maneras de cumplir cabalmente con su misión, siempre dentro de unos parámetros establecidos, generalmente por ley. Ni la autonomía otorga el derecho de violar las leyes ni las leyes deben violentar la autonomía. Ese es el fino balance que existe entre la autonomía y los márgenes y límites dentro de los que ésta se desenvuelve.

Autonomía de la universidad

“La autonomía, tan codiciosamente buscada en el liceo, se revela ahora en la universidad como una pretenciosa auto-educación académica cultural adornada con el más resplandeciente plumaje”

(Nietzsche, 1872)

Para aquellas instituciones dedicadas a la producción de conocimientos como es la universidad, la autonomía cobra una especial significación. El pensamiento creativo precisa de unas condiciones particulares para desarrollarse a su máximo potencial. El sosiego, la calma y la seguridad de que tanto el proceso reflexivo que se lleva a cabo, como la divulgación de sus resultados, estarán exentos de coerción, sanciones o violencia; son requisitos mínimos. La oportunidad de compartir y discutir los resultados obtenidos, de manera respetuosa, abierta y constructiva; también son elementos indispensables para poder potenciar la producción de conocimientos.

La autonomía universitaria implica ciertamente la autenticidad, o sea la fidelidad a la propia misión académica. La autonomía, inherente al quehacer académico, no significa una introversión y un repliegue de la universidad sobre sí misma que la incomunique del resto de la sociedad y la convierta en una “torre de marfil”, sino al contrario: la autonomía académica implica de manera esencial la comunicación del saber y de la cultura. Y es en el desempeño de esa misión académica como la universidad interactúa con la sociedad, y es en ella donde procesa con sus propios criterios internos las demandas y requerimientos que la sociedad le hace.

El nuevo concepto de autonomía universitaria se afirma con la Universidad científica, tal como la fundó Wilhem von Humboldt en Berlín (1818). La Universidad se concibe como una comunidad de investigadores-estudiantes que tiene por tarea buscar la verdad. Y su derecho a la búsqueda de la verdad no puede tener cortapisas. Debe haber completa libertad para abrir caminos del saber y debe haber garantías para hacer ciencia. A partir de allí se habla de autonomía en las universidades. Es la defensa de la independencia intelectual de la universidad, frente a poderes extraños que pudieran coartar e

impedir su creatividad científica (Neira Fernández 2008). Siendo la autonomía, como “el aire que se respira para las universidades de América Latina y el Caribe, su atmósfera y su medio ambiente consustancial, porque es el componente más original de su existencia, de su devenir y de su identidad histórica”. (Didriksson 2006).

Ahora bien, debe quedar claro que en la medida en que continuamente las pautas de comportamiento y organización vienen de afuera de la universidad, de los cuerpos legislativos, por ejemplo, la autonomía se va reduciendo, con el peligro de perderse o al menos volverse insignificante. Dando paso a lo que Max Weber (1947/1921) designó como heteronomía. Según Weber, una institución puede considerarse heterónoma cuando su misión, agenda y resultados son definidos en su mayor proporción por imposiciones y controles externos, que por sus organismos internos de gobierno. En tanto que la autonomía implica autogobierno, y hace referencia a la cualidad o estado de ser independiente, libre y auto-directivo, la heteronomía, en contraste, implica una subordinación a la ley o al dominio de otro.

Es necesario destacar que la autonomía, por todo lo antes mencionado, no debe reducirse a esquemas binarios de si existe o no existe. Más bien es un proceso en continua tensión, sobre todo cuando los poderes llamados a obrar, y en ocasiones a abstenerse de obrar, para robustecerla, pierden de perspectiva su importancia y tratan de reducirla al mínimo posible. Es necesario reconocer que para que la autonomía pueda ampliarse y robustecerse, los poderes públicos que tienen la autoridad en ley para intervenir (ejecutivo, legislativo y judicial), deben abstenerse de hacerlo, permitiendo que sea la propia universidad la que, a su manera muy particular, determine los cambios que necesita, solicitando ayuda, de considerarlo necesario, a otras entidades. Salta claramente a la vista que las maneras de organizar y gestar el proceso creativo deben delegarse a aquellos que mejor conocen sus dinámicas y particularidades. En el caso de una universidad, resulta de extrema importancia que sea la propia comunidad académica la que establezca las pautas y normas necesarias para potenciar continuamente la labor creativa y la producción de conocimientos. En otras palabras, es esencial que la universidad goce de la más plena autonomía.

Lo anterior ha sido ampliamente reconocido a través de la historia de la universidad como institución. En el siglo XX entidades como la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD por sus siglas en inglés) han entendido que el conocimiento es el principal promotor del desarrollo económico, por lo que todos los países deben asegurarse de que existen las condiciones más propicias para el continuado incremento de éste. Según dicha organización (OECD, 1990, pp. 66-67), la mejor investigación básica y la mejor enseñanza son llevadas a cabo por académicos que hacen su trabajo relajados, inmersos en él y sin que se sientan amenazados por entes externos que pretendan regular y alterar las normas y reglas por las que se rige el trabajo intelectual. Es decir, se hace esencial que los docentes tengan las mejores condiciones de trabajo, destacándose entre ellas el fortalecimiento o robustecimiento (en palabras de la Declaración de Propósitos de la Ley de la UPR), de la autonomía universitaria.

El entendimiento de lo anterior ha conducido a que los gobiernos de cientos de países en todo el mundo, incluyendo a sus cuerpos legislativos, hayan entendido la importancia de delegar en las propias comunidades universitarias el establecimiento y revisión de los parámetros, normas y reglas de funcionamiento interno. Esto no debe entenderse como la ausencia de jurisdicción o de facultad en ley para establecer o alterar los estatutos jurídicos de las universidades públicas. Las prerrogativas legales no están en discusión. Ahora bien, de lo que se trata es de que, dado el reconocimiento de la importancia de la autonomía para que la universidad pueda cumplir cabalmente con la función que la sociedad le ha encomendado (enseñanza, investigación y servicios a la comunidad), la mejor aportación que pueden hacer los gobiernos es inhibirse de intervenir en el funcionamiento interno de la universidad. Así parecía haberlo entendido el gobierno de Puerto Rico cuando en la **Declaración de Propósitos de la Ley** que sirve de marco jurídico para su funcionamiento, establece claramente:

*Esta ley tiene el propósito de reorganizar la Universidad de Puerto Rico, **reafirmar y robustecer su autonomía** y facilitar su continuo crecimiento. La Universidad de Puerto Rico continuará siendo una corporación pública.* (Ley 1 del 20 de enero de 1966, según enmendada, pág. 1. Énfasis añadido)

A partir de entonces el mayor consenso que ha existido entre académicos, políticos y la ciudadanía en general, es que el

conocimiento es y será el factor más importante en la economía y en todos los ámbitos y manifestaciones de la vida de las personas. De ese entendido han surgido las descripciones de nuestra era como economía del conocimiento y sociedad del conocimiento. Dada la creciente e indudable importancia de éste, lo que nos corresponde hacer es asegurar las condiciones más propicias para su producción y divulgación. De ahí que la ampliación y robustecimiento de la autonomía se hace cada vez más importante para el bienestar y desarrollo de los países en el siglo XXI, o el siglo del conocimiento, como muchos lo han designado.

La autonomía universitaria se manifiesta en tres instancias principales: 1) Intelectual (Libertad de Cátedra, Investigación y Estudio). 2) Programática (Capacidad para determinar la creación, desarrollo, evaluación y eliminación de programas, servicios, infraestructura; así como criterios de admisión, evaluación, promoción, grados, etc., etc.). 3) Administrativa y financiera (Capacidad para manejar los recursos que tiene a su disposición, así como determinar los modos de allegarse recursos adicionales para el cabal cumplimiento con su misión, metas y objetivos). Lo que sucede es que para que una Universidad pública pueda cumplir con la misión, las metas y los objetivos que el país le ha encomendado necesita de recursos económicos, en su caso, provenientes principalmente del Estado.

Lo importante es entender que la relación que se debe establecer entre una Universidad Pública Nacional, como la UPR, el Estado y el mercado, debe ser una relación de mutuo entendimiento y de respeto. Es decir, de delegación del poder, entiéndase de autonomía. Como hemos podido constatar en todo el mundo una universidad pública necesita el robustecimiento continuo de su autonomía para servirle mejor al país, al conocimiento y a la humanidad. Tratar de poner a la Universidad al servicio de unos intereses particulares, ya sean partidistas o empresariales, es conducirla a su debilitamiento y eventual destrucción.

Autonomía personal

Me parece importante insistir en que existe una estrecha relación entre la autonomía institucional y la de las personas que integran la comunidad universitaria. El hecho de que una institución sea autónoma implica que las personas que la constituyen también lo

sean o que lleguen a serlo. En ese sentido la autonomía es también un ideal que se persigue, especialmente en la formación universitaria de los jóvenes, para que adquieran criterios propios de actuación en su vida universitaria y profesional y tengan las condiciones para que puedan valerse por sí mismos, siempre en interrelación con otros, de forma responsable y solidaria.

La autonomía implica responder (dar respuesta o dar cuentas) en primer término ante sí mismo, y asumir las consecuencias o efectos de las decisiones adoptadas y de las acciones realizadas. Implica también la capacidad de discernir y verificar la bondad o la eficacia de las mismas, con objeto de ratificarlas o, de ser el caso, rectificarlas. Y, dado que la vida en sociedad supone y tiene alcances y limitaciones, derechos y obligaciones, la autonomía implica, además, responderle o darle cuenta de las acciones o decisiones propias a otras personas, grupos sociales o entidades diversas. En ese sentido, la autonomía no se adquiere de una vez y para siempre, se va adquiriendo en su ejercicio cotidiano en un proceso siempre inacabado. De alguna manera, es también el resultado de un proceso educativo, de estimulación y de adquisición de determinados valores. En cuanto al proceso de aprendizaje, implica un esfuerzo de reiteración en el plano de las acciones y decisiones, para hacer de la autonomía un habitus, en el sentido de Bourdieu, como sistema de disposiciones durables y transferibles, y matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones, principio generador de prácticas y de formas de pensar, de ser y de hacer (Bourdieu, 1991).

El concepto de autonomía personal ha venido asumiendo una multiplicidad de significados con el transcurrir del tiempo. En ocasiones se utiliza como equivalente a libertad, a veces como equivalente a soberanía o la capacidad para auto-gobernarse. En otros momentos se trata como si fuera lo mismo que libertad de espíritu o voluntad. También se identifica con dignidad, integridad, individualidad, independencia, auto-conocimiento y responsabilidad. Cada vez con mayor frecuencia se identifica con la capacidad para la reflexión crítica y sin determinaciones externas al determinar cuáles son nuestros propios intereses. Con cierta frecuencia se relaciona con acciones que se fundamentan en unas creencias propias que somos capaces de entender y explicar coherente y convincentemente a partir de nuestras ideas y principios; aún en

presencia de reglas y normas establecidas socialmente que puedan limitarla. (Dworking, 1988, p.6).

Estos significados han ubicado a dicho concepto mayormente en el terreno del liberalismo político. Desde la perspectiva del liberalismo (y del neoliberalismo también) la autonomía se fundamenta en la idea universal de la auto-determinación personal. Es decir, el centro de la vida social, y de la democracia liberal, viene a ser el individuo autónomo que conduce su propia vida guiado solamente por su razón (White, 1997; Wringer, 1977).

La nueva educación general que propongo se aleja de aquellas posturas sobre la autonomía que la definen y conciben a partir de personas atomizadas, arrancadas artificialmente —por medio de la razón— de su pertenencia comunitaria. Entiendo, siguiendo a Seyla Benhabib (1992), que la autonomía, y la racionalidad que se vincula con ella, deben ser vistas en términos interactivos y relacionales, más que en términos legislativos. El tipo de autonomía personal que la educación general debe propiciar en la universidad del siglo XXI es la que entiende que nuestra libertad se encuentra en lo que hacemos unos por otros en la esfera pública. Es decir, que nuestra autonomía se alcanza y desarrolla en nuestra relación con otros y otras. Siempre debemos tener presente que nuestras reflexiones y decisiones no son producidas por un individuo aislado y solitario, ya que tanto el conocimiento como la autonomía se realizan en función de nuestros mundos compartidos (Smith, 1997).

En el plano filosófico, Sandel (1982) plantea la imposibilidad lógica de que exista individuo no-socializado que escoja libremente su forma de vida sin hacer referencia —consciente o inconscientemente— a circunstancias históricas y sociales. Es decir, que el ser no escoge sus fines, sino que está constituido por ellos. (Sandel, 1982; MacIntyre, 1981). Esto niega la posibilidad de que un individuo escoja autónomamente su forma de vivir utilizando solamente la razón, ya que lo que significa para el o ella la “buena vida” ha sido predeterminado por las creencias y prácticas de la sociedad en la que habita. En este contexto, el valor no reside en los objetos, sino en las comunidades que los valoran o no (Wringer, 1997, pp. 116-117).

Por su parte Foucault (1991), al reflexionar sobre la Ilustración, nos alerta sobre el hecho de que al considerar la autonomía debemos

estar muy conscientes de las limitaciones que nos presentan los regímenes de verdad y las estructuras de poder que los sustentan. Este planteamiento abona a la necesidad de considerar a la autonomía como una relación compleja, más que como un concepto estático fundado en la razón universal.

La naturaleza relacional de la autonomía implica la necesidad de que reconozcamos que los humanos somos seres sociales relacionados con otras personas, grupos, instituciones, culturas e historias; que nos experimentamos a nosotros mismos y a nuestros valores como parte de unas narrativas continuas y complejas; y que estamos motivados por razones e intereses que solo pueden ser definidos completamente haciendo referencia a otras personas y cosas (Christman, 2009, p. 165).

Para Mackenzie y Stoljar (2000, p.4), el término “autonomía relacional” es una especie de “sombrija” que se utiliza para referirse a aquellas nociones de la autonomía que asumen que las personas están integradas socialmente y que las identidades de los individuos se forman al interior de las relaciones sociales y son conformadas por determinantes sociales complejos que se intersectan, tales como raza, clase género y etnicidad, entre otros. En este contexto se concibe a la autonomía como una propiedad, no meramente de un individuo y sus capacidades, sino de las relaciones que determinan las condiciones sociales que la posibilitan o limitan. Aquí, se le presta particular atención a las condiciones sociales que se deben dar para el ejercicio de la autonomía. Dichas condiciones viene a ser la educación, las estructuras y normas sociales y la oportunidad de acceso a recursos básicos como la vivienda, salud, agua y luz, entre otras (Christman, 2009, p. 185).

Con este último argumento encontramos, una vez más, una estrecha convergencia entre las condiciones que posibilitan tanto el ejercicio de la autonomía como el de la ciudadanía. Ambas requieren unas condiciones sociales —muy similares— que lo permitan y propicien; siendo la educación una de las más importantes. Sin embargo, no cualquier tipo de educación es capaz de potenciar las condiciones más propicias para que un individuo autónomo asuma plenamente una ciudadanía intercultural y compleja como la que hemos venido proponiendo. Debe ser una educación que esté libre tanto de universalismo homogenizadores, como de determinismos herméticos.

La educación general que propongo también se aleja de cualquier determinismo social hermético que niegue la posibilidad de la intuición o de la manifestación de nuestro ser interior en las decisiones que tomamos y en las acciones que llevamos a cabo, ya que se propone desarrollar una nueva inteligencia que sea capaz de vincular y tejer lazos (*complexus*) entre la espiritualidad y la ciencia, entre los saberes ancestrales “pre-científicos” y los contemporáneos, entre afectividad y efectividad. En fin, que siente las bases para una re-humanización radical de nuestra vida. De esa forma nos ayudará a reconocer que junto al *Logos* (razón) se encuentra el *Eros* (vida y pasión), el *Pathos* (afectividad y sensibilidad) y el *Daimon* (la voz interior de la naturaleza) (Boff, 1996, p. 26).

Conclusiones

La universidad del Siglo XXI necesita replantearse su función social, particularmente en lo que tiene que ver con la aportación que está haciendo para el desarrollo de las competencias intelectuales y afectivas —estando consciente de la imbricación que existe entre ambas— de los estudiantes-ciudadanos. Ante una sociedad en acelerada descomposición en la que la corrupción y la violencia comienzan a verse como parte de la cotidianidad en lugar de cómo problemas a erradicar de raíz, el reto que tiene la universidad —sobre todo la pública— es enorme. Para comenzar a encararlo tiene que re-pensarse y transformarse radicalmente. Propongo que lo haga a partir de la educación general, ya que ésta, por un lado, es común a todos o la mayoría de estudiantes, y por el otro, siempre ha tenido la principal responsabilidad en el desarrollo de valores y destrezas ciudadanas, así como con el pensamiento crítico y el cuestionamiento de lo establecido (incluyendo la propia organización disciplinaria de la universidad). Ahora bien, necesitamos reformar o transformar a la educación general para que incida decisivamente en la transformación de la universidad.

En la medida en que la nueva educación general provoque una reflexión profunda sobre el papel que desempeña el ser humano, como ser biológico que produce y a la vez es producido (Morin, 2001) por reacciones químicas, sociales, fisiológicas, entre otras, en un espacio geofísico particular; propiciará el mejor entendimiento

del individuo y de sus inter-retro relaciones con su entorno natural y social, lo que le permitirá asumir plenamente su autonomía, pudiéndose entonces convertir en un ciudadano comprometido con el bienestar general de la población de su país y planeta.

En síntesis, por medio del desarrollo de una autonomía relacional y una ciudadanía intercultural y compleja, la universidad del siglo XXI será un factor decisivo en la re-humanización de nuestra existencia y en el surgimiento de un nuevo tipo de inteligencia, fundada en el equilibrio entre la inteligencia analítica, los sentimientos y el cuerpo; reconciliando la efectividad y la afectividad (Nicolescu, 1998, p. 4), y auspiciando siempre el más pleno desarrollo de todas las capacidades humanas y, por tanto, del bienestar colectivo.

Bibliografía:

- Bell, D. (1968). *The Reforming of General Education*. New York: Anchor Books.
- Benhabib, S. (1992). *Situating the Self*. Cambridge: Polity Press.
- Boff, L. (1996). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Editorial Trotta.
- Bol, P. K. (2004). *Another Generation of General Education: Essays on General Education in Harvard College*. 6p. http://www.fas.harvard.edu/curriculum-review/gened_essays.html.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bridges, D. (ed.) (1997). *Education, Autonomy and Democratic Citizenship: Philosophy in a Changing World*. London: Routledge.
- Charters, W. W. (1944). "Four convergent trends in general education". *The Journal of Higher Education*, 15(6), 307-314.
- Christman, J. (2009). *The Politics of Persons. Individual autonomy and Socio-historical Selves*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Didriksson, A. (2006). *La autonomía universitaria desde su contemporaneidad*, en *Universidades* (31), pp. 3-16.
- Dworkin, G. (1988). *The Theory and Practice of Autonomy*. Cambridge, U.K. : Cambridge University Press.
- Estado Libre Asociado de Puerto Rico (1966). *Ley # 1 del 20 de enero de 1966, según enmendada*. San Juan: LEPR, Título 18.
- Foucault, M. (1991). "What is Enlightenment?", en Rabinow, P. (ed.) *The Foucault Reader*. Harmondsworth: Penguin, pp. 32-50.
- Freedman, R. (2009). *Noise Wars. Compulsory Media and Our Loss of Autonomy*. New York: Algora Publishing.

- Fuller, N. (21 de octubre de 2004). *La interculturalidad: Una propuesta polémica*. Conferencia presentada en el Seminario Interdisciplinario, El Perú desde una Perspectiva Mundial. Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 8p. Obtenida el 10 de noviembre de 2011, http://www.aulainter-cultural.org/IMG/pdf/pro- puesta_polemica.pdf
- Kanter, S. L. London, H. B. & Gamson, Z. F.(1991). “The Implementation of General Education: Some Early Findings”. *The Journal of General Education* 40, pp. 119-132.
- Lao-Montes, A. (2010). “Hacia una praxis transformativa de la ciudadanía: experiencias de la investigación comprometida y los movimientos Afro/Latinos”, en Weylan-Ussana, K.; Benítez-Delgado, S. y Cotto-Morales, L. (eds.) *Cruzando fronteras: convergencias entre la sociedad civil y la academia en el Caribe*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, pp. 275-294.
- MacIntyre, A. (1981). *After Virtue*. London: Duckworth.
- Mackenzie, C. and Stoljar, N. (eds.) (2000). “Introduction: Autonomy Refigured”, *Relational Autonomy: Feminist Perspectives on Autonomy, Agency, and the Social Self*. New York: Oxford University Press.
- Maldonado Rivera, M. (1983). “El concepto de educación general”, en Maldonado Rivera, M. (Ed.) (1983). *La educación general y la misión de la Universidad en Puerto Rico*. San Juan: Universidad Interamericana de Puerto Rico.
- Martin Gordillo, M. (septiembre-diciembre 2006). “Conocer, manejar, valorar, participar: los fines de una educación para la ciudadanía”. *Revista Iberoamericana de Educación* (42). <http://www.rieoeci.org/rie42a04.htm>
- Miller, G. E. (1988). *The Meaning of General Education: The Emergence of a Curriculum Paradigm*. New York: Teachers College, Columbia University.
- Morin, E. (2001). *El método IV: Las ideas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Mouffe, C. (1992). “Democratic Politics Today”, en Mouffe, C. (ed.). *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*. London and New York: Verso, pp. 1-14.
- Narro Robles, J. y otros (oct. dic. 2009). “Perspectivas y retos de la autonomía universitaria”, en *Revista de Educación Superior*, Vol. XXXVIII, (4), No. 152, pp. 65-94.
- Neira Fernández, E. (2008). Universidad, Autonomía, Co-gobierno. Caracas: Saber ULA, <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/15673/1/universidad.pdf>, 20p. Accesado el 10 de octubre de 2010.
- Nicolescu, B. (1998) “The Transdisciplinary Evolution of the University: Condition for Sustainable Development”. *Bulletin Interactif du Centre International de Recherches et Etudes Transdisciplinaires* (12), p. 7.

- Nietzsche, F. (1991) [1872]. “La ‘libre’ cultura universitaria y la disciplina del saber”, en Bonvecchio, C. (ed.) *El mito de la Universidad*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Organization for Economic Cooperation and Development (1990). *Financing Higher Education: Current Patterns*. Paris: OECD.
- Sandel, M. (1982). *Liberalism and the Limits of Justice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, R. (1997). “The Education of Autonomous Citizens,” en Bridges, D. (ed.). *Education, Autonomy and Democratic Citizenship. Philosophy in a Changing World*. London: Routledge, pp. 127-137.
- Tubino, F. (2008). “No una sino muchas ciudadanías. Una reflexión desde el Perú y América Latina”, en *Cuadernos Interculturales*, Primer Semestre año/Volumen 6, Número 010, pp. 170-180.
- Tubino, F. (2005). “La praxis de la interculturalidad en los Estados Nacionales Latinoamericanos”, en *Cuadernos Interculturales*, julio a diciembre año/Volumen 3, Número 056, pp. 83-96.
- Tubino, F. (2003). “Ciudadanías complejas y diversidad cultural”, en Vigil, N. y Zariquiey, R. (eds.). *Ciudadanías inconclusas. El ejercicio de los derechos en sociedades asimétricas*. Lima, Perú: Cooperación Alemana al Desarrollo y PUCP. pp.167-191.
- Vélez Cardona, W. (2011) “Epistemologías de la educación general”, *Revista Umbral*, No. 4, pp. 13-29).
- Vélez Cardona, W. (2009) “Educación General: Definiciones, Paradigmas y Desarrollo”, en la *Revista Forum*, Vol. XV, pp. 23-36
- Vélez Cardona, W. (2008). “Bibliografía sobre educación general”. Preparada para El Seminario de Educación General de la Facultad de Estudios Generales, Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.
- Weber, M. (1947/1921). *The Theory of Social and Economic Organization*. New York: Oxford University Press.
- White, J. (1997). “National Myths, Democracy and Education”, en Bridges, D. (ed.) *Education, Autonomy and Democratic Citizenship: Philosophy in a Changing World*. London: Routledge, pp. 15-22.
- Wringe, C. (1997). “In Defense of Rational Autonomy as an Educational Goal”, en Bridges, D. (ed.). *Education, Autonomy and Democratic Citizenship: Philosophy in a Changing World*. London: Routledge, pp. 115-126.

Apuntes para una filosofía educativa en el siglo XXI*

Luis Ángel González Pérez

Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

RESUMEN: Este trabajo toma como base las tesis del filósofo norteamericano John Dewey. Entendemos que sus planteamientos sobre los temas de la educación, la política, la moral y, sobre todo, la democracia, tienen mucha pertinencia en la discusión actual. En lo que sigue expondremos sus ideas relativas a los conceptos antes mencionados, para mostrar cómo los mismos pueden aportar valiosas recomendaciones en momentos en que el diálogo y el intercambio de ideas requieren del consenso y de la inteligencia para el desarrollo de una sociedad más democrática y tolerante. Comenzaremos describiendo qué entiende este filósofo por el concepto de educación y luego estableceremos la relación inseparable entre la educación y la política. Además intentaremos demostrar la vigencia de los escritos del maestro para la formulación de una filosofía de la educación que esté a tono con nuestro tiempo. PALABRAS CLAVES: educación, moral, política, ética, filosofía

Este trabajo toma como base la tesis del filósofo norteamericano John Dewey. Entendemos que sus planteamientos sobre la educación, la política, la moral y, sobre todo, la democracia, tienen mucha pertinencia en la discusión actual. En lo que sigue expondremos sus ideas relativas a los conceptos antes mencionados, para mostrar cómo pueden aportar valiosas recomendaciones en este momento en que el diálogo y el intercambio de ideas son esenciales para el desarrollo de una sociedad más democrática, y para la formulación de una filosofía de la educación que esté a tono con nuestro tiempo. Comenzaremos describiendo qué entiende este filósofo por el concepto de educación y luego estableceremos la relación inseparable entre la educación y la política.

* Trabajo presentado en el Cuarto Congreso Iberoamericano de Filosofía celebrado en Medellín, Colombia (julio 2008).

Para Dewey la educación es la actividad fundamental para lograr la continuidad de la experiencia. Según Dewey, por medio de la educación se forma o se adiestra cada uno de los elementos constitutivos de la sociedad para mantener vivos los intereses, ideales y esperanzas del grupo social. De faltar estos, el grupo perecería. La vida, es decir, "...el proceso de autorrenovación mediante la acción sobre el medio ambiente" requiere de reajustes continuos por parte del organismo (*Democracia* 9). La educación es, por tanto, el instrumento para desarrollar las destrezas necesarias que viabilicen los ajustes deseados. En este proceso, tanto el maestro como el alumno, deben desarrollar los métodos adecuados para responder a los estímulos recibidos.

Dewey sostiene que la transmisión de los valores se logra por medio de la comunicación de "los hábitos de hacer, pensar y sentir de los más viejos a los más jóvenes" (*Democracia* 9). Esta tarea requiere del esfuerzo consciente por parte de la comunidad. La educación, según Dewey, opera en dos direcciones: primero, una educación que ocurre indirectamente y es el resultado del "...simple hecho de vivir con los demás"; "es natural..." (*Democracia* 16). La segunda manera es la llamada educación formal; obviamente ésta es la que más le preocupa a Dewey, puesto que ella tiene como propósito deliberado y consciente la formación del carácter de los más jóvenes. Este modo formal de educar tiene mayor importancia en los grupos más adelantados (civilizados) donde se crean ambientes especiales (escuelas) para llevarlo a cabo.

Pero para Dewey la educación no está limitada a la escuela solamente. El medio social¹ también es educativo porque forma las disposiciones mentales y emocionales de la conducta de los miembros del grupo. Por lo tanto, según Dewey, "la medida del valor de toda institución social (económica, doméstica, política, legal o religiosa) es su efecto en ampliar y perfeccionar la experiencia" (*Democracia* 14). Todas las instituciones sociales son otras tantas formas variadas de la experiencia del individuo; a través de ellas interactúa con el medio ambiente social. Estas ejercen una poderosa fuerza que va moldeando, poco a poco, el carácter de las personas. Por esta razón,

¹ Esta idea es sostenida por los defensores de la pedagogía social, tales como: Locke, Luzuriaga, W. Frankena y otros. Ver Luzuriaga, Lorenzo.

si la escuela se convierte en rutinaria y artificial puede perder su valor educativo; es decir, si se aleja de la experiencia inmediata del educando y no toma a éste como punto de partida, corre el peligro de fracasar. Debido, además, a la complejidad de las sociedades actuales los seres humanos de un mismo grupo social se desarrollan en ambientes sociales diversos; por tal razón, la escuela debe ser un centro donde se simplifica, purifica y equilibra el ambiente social (Riestra 209), de manera que sus efectos alcancen a la totalidad de la sociedad.

En otras palabras, aprendemos de las experiencias que son continuas; en toda actividad en la que se sufren las consecuencias de la misma y en la que la acción produce un cambio en el sujeto, el flujo de sensaciones es más que un simple estímulo; se aprende de algo por ser la experiencia, según Dewey, un proceso activo que toma tiempo. En otras palabras, la experiencia se extiende entre un comienzo y un final mutuamente relacionados. Si se logran establecer las conexiones entre las distintas fases de la experiencia, ésta poseerá cualidad educativa o será una ocasión de aprender algo. Por lo tanto, la educación debe ayudar, principalmente, a rescatar el orden y la continuidad de la experiencia, para hacernos capaces de seguir aprendiendo. Esta es la razón por la cual Dewey define la educación como “aquella reconstrucción o reorganización de la experiencia que da sentido a la experiencia, y que aumenta la capacidad para dirigir el curso de la experiencia subsiguiente” (*Democracia* 87).

La medida del valor de una experiencia, sostiene Dewey, estriba en que se capten las conexiones y consecuencias que deben acompañar a una experiencia completa. Por lo tanto, toda experiencia continua y completa posee cualidad educativa. El ser humano, como cualquier organismo, está obligado a realizar reajustes constantes para adaptarse al medio ambiente (físico y social), que le rodea. Por esta razón el proceso educativo no termina en ninguna de las etapas del desarrollo del individuo; por ejemplo, en la adultez. El ideal educativo de Dewey está basado en la idea del crecimiento continuo; en otras palabras, se trata de desarrollar la disposición para una constante reorganización de la experiencia. Esta idea de la educación como reorganización constante, supone que cada etapa del desarrollo del ser humano (infancia, juventud,

edad adulta) está en un mismo nivel educativo y posee el mismo valor, puesto que en cada etapa se aprende algo, lo que constituye, justamente, el valor de las experiencias propias de la misma.

Hemos llegado al punto de establecer qué papel juega la experiencia en la teoría educativa de Dewey. Para proceder satisfactoriamente debemos señalar, primero, que la educación es el laboratorio donde las diversas tendencias filosóficas son probadas (Riestra 208), según la concepción de Dewey. Por esto Dewey afirma que el método experimental constituye el instrumento educativo capaz de garantizar el éxito del proceso educativo mismo. La exigencia de recurrir a la experiencia no significa, pues, para Dewey, que cualquier experiencia tenga cualidad educativa sino que la tienen sólo aquellas que estimulan el surgimiento de nuevas experiencias que influyen también en ulteriores experiencias. Por lo tanto, el educador debe seleccionar las experiencias más adecuadas para lograr el propósito señalado.

A Dewey se le considera uno de los fundadores de la educación experimental, que según Richard Pratte (132), consiste, precisamente en la aplicación de la teoría educativa pragmatista de Dewey. Dewey sostiene que “nuestro pensamiento más refinado y racionalmente comprobado ha de ser ensayado en el mundo, y, por lo tanto, comprobado” (*Democracia* 165). Por esta razón insiste en que “una onza de experiencia es mejor que una tonelada de teoría” (*Democracia* 158). El educador debe, en consecuencia, seleccionar y proveer al estudiante un fondo de experiencias comunes del que broten los problemas concretos para que los estudiantes puedan ensayar, experimentar y comprobar sus posibles soluciones. Dewey afirma que es necesario crear un ambiente adecuado para que la educación sea realmente fecunda o significativa, en lugar de ser superficial o artificial.

La experiencia en el salón de clases debe capacitar al estudiante para solucionar problemas sociales genuinos; ésta es realmente la preocupación de Dewey, puesto que la escuela es la institución que puede ayudar a crear condiciones sociales más adecuadas. Dewey propone la idea del aprendizaje a través de la práctica, del hacer (Alicea 65), que debería redundar en la formación del hábito del pensar reflexivo o la actitud psicológica necesaria para evitar la mecanización del proceso del aprender (Alicea 65). La educación,

fundada sobre la base de la experiencia, tendría una influencia prolongada en la vida del individuo humano y en la sociedad a la cual éste pertenece. El programa escolar debería, pues, presentar situaciones en las cuales los problemas estén relacionados con la vida común y corriente. Debería exigir, asimismo, la observación atenta y el manejo activo de tales problemas, puesto que, sostiene Dewey, conocemos mejor aquello con lo que nos relacionamos directamente. La educación que se conecta inmediatamente con los problemas comunes del hombre es más que mera información o instrucción; es humanizante. R. D. Mosier afirma, siguiendo la línea de pensamiento de Dewey, que la teoría que define a la educación como una constante reconstrucción o reorganización de la experiencia tiene como característica principal la de expresar “una preocupación por los problemas prácticos y sociales” (201). Por esta razón la idea de la educación de Dewey como base para la reforma social y el progreso humano, puede ser definida, también, como una “ingeniería social”, puesto que la educación, basada en la experiencia permitiría preparar arreglos sociales mejores y más humanos (Read 7).

El ideal educativo de Dewey tiene como propósito lograr que la sociedad sea un todo armónico y coherente con los intereses de todos sus miembros. Por esto sostiene que el sistema político más adecuado para este propósito es la democracia. Este sistema requiere de la cooperación de cada ciudadano, pero supone, a la misma vez, que cada uno esté entrenado en los procesos políticos que ocurren en el mismo. Para lograrlo, la educación debe proveer las herramientas necesarias y más útiles que provoquen ese desarrollo. La democracia supone un intercambio de experiencias que puedan ser comunicadas y entendidas. Por esto la educación estética es fundamental para esta tarea ya que por medio de ella se desarrolla la imaginación y la subjetividad para que las experiencias de cada individuo puedan ser comunicadas en la forma de una experiencia completa con una significación común compartida. Esta sección de nuestro estudio tiene como objetivo mostrar cómo la educación y la política caminan por el mismo sendero en la filosofía de Dewey.

El problema teórico de la relación entre la educación y la política se remonta hasta los griegos; Platón (*La República y Las Leyes*) y Aristóteles (*La Política*) son los precursores antiguos de esta

discusión ya que ambos entendían que la educación era la base del estado y la pedagogía la base de la política (Luzuriaga 103). Desde ese planteamiento se ha entendido a la educación como el medio por el cual se conserva la sociedad, no importa el grado de desarrollo de ésta (Luzuriaga 119-136). Estos dos filósofos son los primeros en considerar a la educación como responsabilidad del estado.

La relación entre política y educación tiene dos aspectos, que conviene distinguir; primero, la llamada pedagogía política que estudia las relaciones entre la vida educativa y cultural de un pueblo, estudia el hecho educativo en cuanto suceso político; en segundo lugar, la llamada política pedagógica, que es la práctica de un gobierno para realizar mediante leyes, normas, reglamentos y disposiciones, objetivos concretos de la educación dentro de una nación. En este caso, el estado es el organizador y administrador de la vida educativa. Por esto el problema fundamental en la relación política-educación es si la educación debe estar controlada por el estado o si debe ser independiente de los controles gubernamentales. Según Lorenzo Luzuriaga la única responsabilidad del estado debe ser garantizar que la educación llegue a todos los miembros de la sociedad por igual. Esta tesis es propuesta primero por Condorcet y la llamada Pedagogía Revolucionaria. La propaga luego, la pedagogía liberal y, más adelante, la defiende la política pedagógica democrática (Walsh 54-55). Este problema también ha sido abordado por pensadores como Montesquieu, Humbolt, Fichte, Dilthey, Stuart-Mill, Rousseau, Locke y otros, que han enriquecido y aclarado su planteamiento inicial.

Dewey no es ajeno a este problema. En su libro principal sobre educación es notable que ya el título del mismo expresa la relación entre ambos términos; a saber, Democracia y Educación. Dewey no separa tajantemente la tarea educativa de la práctica política, puesto que no establece una diferencia radical entre teoría y práctica.

El ideal político de Dewey es la democracia pues ésta tiene como fundamento la dignidad del ser humano y su capacidad para la toma de decisiones inteligentes que redundan en su beneficio y en el de los demás (Walsh 61). En este sentido, Dewey puede ser incluido como uno de los defensores de la mencionada política pedagógica democrática.

El ideal de la democracia es el de vivir juntos de modo que la vida de cada uno de nosotros sea provechosa, en el sentido más profundo de la palabra para uno mismo, y beneficiosa para la construcción de la individualidad de los demás (Dewey, *La Ciencia* 154). La democracia es algo “...más que un sistema de gobierno; es precisamente un modo de vivir asociado, de experiencias comunicadas juntamente” (*Democracia* 98). La vida democrática supone el intercambio libre de ideas que redunden en beneficio colectivo. Una persona es educada, según Dewey, cuando puede comunicar o compartir sus experiencias. Al respecto, J. Walsh afirma que el proceso educativo implica el deseo de aprender gracias a los demás; que es lo mismo que decir aprender por experiencia, tesis sostenida por Dewey. En la vida democrática se exige de todos para que aporten a la solución de los problemas y participen en la organización inteligente de la sociedad; para ello es necesario que la educación cumpla eficazmente su función.

En una Democracia todas las instituciones funcionan como medios educativos, por ello los medios de comunicación masiva, las decisiones judiciales o legislativas y el trato diario con los semejantes, tienen un poder inmenso para modificar y moldear el carácter (Walsh 3). Por esa razón Dewey sostiene que la “democracia es un principio educativo” (*La educación hoy* 185); es decir, que capacita al educando, al ciudadano, para participar en el proceso de la vida social.

Según J. Walsh, la política es un arte, pues depende de la toma de decisiones basadas en la prudencia, no tanto en reglas o en leyes conocidas de antemano. Esta tiene como fin el bienestar de todos los ciudadanos, pero también dirige y ordena la acción de los hombres para conseguir ese bien. Por esto la política en una democracia debe garantizar, por igual, la educación de todos para que se logre la libertad operacional² y puedan aportar a la conservación del bien colectivo. Según Dewey, lo que una sociedad es, es el resultado de su educación y ésta “es el correlato directo del modo de organización política de esa sociedad o país” (Mosier 201). La educación debe

² Según Walsh el concepto de “operacional” se usa para significar que la democracia como sistema socio-político es funcional; es decir, que los ciudadanos están en armonía con sus semejantes en el proceso político y, a su vez, con las estructuras políticas existentes. *Education and Political Power*, 63.

crear el tipo de mentalidad que permita el intercambio libre entre los hombres que componen una comunidad. Podemos entender que estos problemas son políticos en el sentido amplio de la palabra.

Para Dewey la escuela contribuye a crear el orden social futuro, pero debe hacerlo de forma inteligente. Dewey está muy consciente que es necesaria la previsión constante porque la democracia no es segura; hay que ganarla día a día y requiere de grandes esfuerzos. Por esa razón, la educación debe fortalecer ese ideal. La democracia pone en manos de todos, el destino de la sociedad, por lo que una preparación adecuada para la conservación de ese ideal es responsabilidad de las estructuras educativas en un sistema democrático.

Para Dewey la idea de formar buenos ciudadanos no implica formar individuos pasivos que acepten las condiciones sociales existentes, pues Dewey afirma que “educar es crear una mente discriminativa, una mente que prefiera no engañarse, ni engañar a los demás” (*La ciencia* 91). Por esta razón la educación debe producir las actitudes mentales que se necesitan para la dirección inteligente de la sociedad, tarea delegada en la política. La educación estética, gracias a su método (experimental), fomenta el ensayo de alternativas viables para desarrollar la experiencia con miras a hacerla más completa y profunda. La educación y la política son complementarias, pues la segunda debe poner en práctica los mismos métodos experimentales que conduzcan a los arreglos sociales más deseables. La educación, entonces, es el método fundamental para el progreso social (Kilpatrick 468).

Dewey sostiene que la educación tiene como tarea crear hombres libres, sobre todo, libres de pensamiento, puesto que esta es la única guía segura para la acción humana. Para Dewey, democracia significa “...la liberación de la inteligencia para una actividad independiente” que conlleva consecuencias sociales (*La educación hoy* 46). La libertad de pensamiento y de acción es un postulado fundamental de la democracia que está relacionada directamente con la educación, puesto que esta debe crearla, reforzarla y estimularla.

El intercambio de experiencias, que es natural en el arte, es parte del proceso educativo, según Dewey. Esto se logra mejor en la democracia que en ningún otro sistema político. Lorenzo

Luzuriaga afirma al respecto (56), y Dewey estaría totalmente de acuerdo con él, que en la actualidad, el estado ejerce tanta influencia en la educación que se puede decir que éste es el principal educador. La National Education Association afirma en uno de sus informes que “ni la democracia ni la educación real pueden existir la una sin la otra” (qtd Luzuriaga 138), lo que confirma la relación recíproca entre educación y política, sostenida por Dewey y todos los representantes de la política pedagógica democrática y liberal. La educación en la vida contemporánea ha cobrado tanta importancia que, como consecuencia, el estado se ha convertido en el órgano coordinador de los intereses colectivos, y por esa razón es el gestor de la tarea educativa, lo cual implica que asume vastas funciones y grandes responsabilidades (Larroyo 477). Esto, a su vez, exige de los políticos un gran conocimiento de la disciplina educativa.

Dewey es un filósofo que toma y retoma los problemas políticos y sociales³. Podríamos afirmar que la categoría básica del pensamiento de Dewey es la de “praxis social” (Bernstein 233); desde la aparición del artículo “The Ethics of John Dewey” en 1888, hasta 1950, con su artículo “John Dewey Responds”, son 62 años de preocupación por los problemas políticos y sociales. Frankel, considera, con sobrada razón, que toda la filosofía de Dewey tiene un carácter evidentemente social; no obstante, según el propio Frankel, esto presenta un problema ya que no podemos encontrar en un lugar específico de su obra la llamada filosofía social⁴ de Dewey. Además, según él, Dewey toca los temas de la filosofía social sólo de pasada, en lugar de hacerlo sistemática y explícitamente. Para Bernstein, Dewey logró al final de su carrera abordar con más claridad y detenimiento los problemas humanos más apremiantes (*Dewey* 35).

³ Brickman, William W. “Dewey’s Social and Political Commentary” en Jo A. Boydston (ed) *Guide to the Works of John Dewey*, 218 reseña toda la labor filosófica de Dewey referente a lo político y lo social.

⁴ En lugar de nombrar la filosofía política de Dewey, utilizamos el concepto de filosofía social, pues es más afín con la manera de designarla del propio Dewey, para quien los problemas políticos son sólo una parte del gran problema humano; así lo señala él mismo en “Education, The Foundation for Social Organization”. Véase John Dewey: *The Later Works Vol. II* (J. A. Boydston ed.) Illinois: Southern Illinois University Press, 1987, 226-238.

Debemos señalar que Dewey tiene una aversión por las cuestiones que no están enmarcadas en circunstancias temporales específicas. En otras palabras, los problemas de tipo social que analiza están relacionados con condiciones específicas y determinadas de su tiempo, por ello las sugerencias de la filosofía social que ofrece se refieren más bien a cuestiones inmediatas, no a problemas generales; esto vale para todas las cuestiones del área, se trate la relación individuo-sociedad, de la libertad-autoridad o de cualquiera otra de las formulaciones de la filosofía social y política tradicional (Shih Hu 208).

En *The Public and its Problems*, Dewey afirma que la discusión sobre la relación entre el individuo y la sociedad es estéril, puesto que la misma se torna en una mera discusión de conceptos, en lugar de afrontar el conflicto real entre grupos, clases, naciones, razas e instituciones. Dewey entiende, por ejemplo, que el problema de la pobreza no se puede solucionar analizando la relación del dominio de la sociedad en general sobre el individuo, sino, por el contrario, por la dominación de unas formas de asociación (la familia, el clan, la iglesia, las instituciones económicas y políticas) sobre otras.

Para Dewey no resultaba tan importante señalar cuáles eran las soluciones definitivas a los problemas que ha arrastrado la humanidad por siglos (Fries 59-74). Lo importante es que Dewey alertó sobre cuál debería ser la atmósfera que tiene que reinar para que todos los individuos puedan contribuir con lo suyo a la solución de estos problemas. Sería muy injusto pedirle la solución definitiva de un problema a Dewey, puesto que él pensaba que esa labor debería ser un trabajo de todos los hombres afectados por el asunto. Para Dewey, la atmósfera que propicia un clima de discusión e intercambio de ideas inteligentes reside en una comunidad democrática en principio (Bernstein, Dewey 37).

Dewey es un firme creyente en la idea de que las instituciones sociales son entes cambiantes; las ideas rígidas y absolutas sobre dichas instituciones entorpecen la tarea de la reconstrucción constante de las mismas para que se ajusten a las nuevas necesidades humanas. La transformación de las instituciones sociales es un requisito fundamental para el logro de la vida humana.

Para Dewey lo social es un entramado de relaciones que van desde “las camarillas para el crimen”, hasta “los sindicatos profesionales” y

no pueden ser reducidas unas a otras (*La Reconstrucción* 264). Dada las distintas formas de relacionarse socialmente que tienen los seres humanos hace falta un organismo capaz de armonizar los distintos intereses surgidos de dichas formas de asociación. Esta función es la que está llamada a cumplir la política. Según Dewey, la importancia del estado “...estriba cada vez más en el poder que tiene para fomentar y coordinar las actividades de los grupos voluntarios” (*La Reconstrucción* 268). Dicho de otra manera, el estado no está por encima de las demás instituciones (escuela, familia y otras) de forma absoluta; por el contrario, sostiene que cada organismo social que aporte y contribuya a realizar la vida tiene su propia valía única y última. Por ello la escuela, el arte y la moral tienen un lugar privilegiado en la búsqueda de una articulación armoniosa de los intereses particulares; justamente, del entrelazamiento entre ellas es que pueden surgir los arreglos sociales más deseables.

El concepto de democracia que Dewey defiende desde sus primeros trabajos es fundamental para entender su teoría social y política, al igual que para comprender la relación que ésta tiene con la moral y el arte. Este concepto de democracia tiene una significación moral, porque la eficiencia y la fuerza colectiva estriban en la liberación y el empleo de las capacidades particulares en la planificación y previsión de los asuntos de la vida social e individual. Para lograr una organización social adecuada es necesaria una educación liberadora en la cual cada uno participe, de acuerdo con sus capacidades, para darles forma a los objetivos de los distintos grupos sociales a los cuales pertenece el individuo; por lo tanto, la educación es el fundamento de la organización social. Dicha idea de la educación está basada en la concepción de que todo hombre se puede autogobernar, siempre y cuando se le provean los medios necesarios que permitan el desarrollo de hábitos inteligentes que regulen la conducta del individuo. Por esto, democracia no es más que el nombre para el hecho de que la naturaleza humana sólo se desarrolla cuando se comunica. En ella todos los hombres y mujeres participan activamente para encauzar sus intereses comunes. Para Dewey, la democracia tiene muchos significados, pero si tiene un significado moral, lo encontramos en que establece que la prueba suprema de todas las instituciones políticas y de todos los dispositivos de la industria está en la contribución de cada uno

de ellos al desarrollo acabado de cada uno de los miembros de la sociedad (*La reconstrucción* 250).

Para Dewey, la democracia es la mejor forma política para poner en práctica la lógica de la investigación y el método de la experimentación en los asuntos sociales (Hook 176). Esta forma pone en libertad las distintas capacidades e iniciativas para buscarle solución a los problemas que surgen constantemente como consecuencia del dinamismo social. La sociedad se hace cada vez más fuerte, según Dewey, en la medida en que cada miembro funcione al máximo de sus capacidades. La experimentación debe ser la clave para el logro de los mejores fines sociales, a pesar de los posibles errores y confusiones que puedan surgir.

La democracia como medio para lograr fines sociales adecuados no es un ente acabado y perfecto; tiene que ser reconstruido constantemente, lo cual es afín con la idea de la continua reconstrucción de la experiencia defendida por Dewey. Por esto es que la democracia sirve como el instrumento más idóneo para la reconstrucción continua de la sociedad, pues la genuina democracia debe preparar al individuo para que esté atento constantemente y alerta a los problemas que surgen; además, debería ensayar nuevas formas de solucionar tales problemas y debería tener presente los posibles errores que se le pueden presentar. Por todo esto Dewey sostiene que la verdadera idea de democracia, la significación de la democracia, debe ser continuamente descubierta y redescubierta, rehecha y reorganizada; y las instituciones políticas, económicas y sociales en las que se halla encarnada tienen que ser rehechas y reorganizadas para hacer frente a los cambios que tienen lugar en el desarrollo de nuevas necesidades y nuevos recursos para satisfacer estas necesidades (*El hombre y sus problemas* 55)

Frankel ha planteado unas objeciones a la filosofía social de Dewey, una de las cuales está dirigida, justamente, al concepto de democracia. Para Frankel la idea de Dewey falla porque se necesitaría de una comunidad de hombres especializados, en ramas como las ciencias naturales. Según Frankel en la sociedad contemporánea existen demasiados conflictos y tensiones que anulan el poder regulador que tiene la democracia. Pero, por otro lado, reconoce el ideal de Dewey, según él, que la escuela debe preparar a los individuos en los asuntos públicos y políticos para

que puedan aportar efectiva y responsablemente en la solución de los conflictos. En favor de Dewey podemos señalar lo siguiente: en “Social Intelligence” Dewey reconoce el hecho de que el promedio de la sociedad de su época posee unos cocientes de inteligencia bajos (Schilpp 465). Este hecho demuestra que es imperativo estimular la inteligencia. También demuestra, para Dewey, la existencia de un orden social deficiente, el cual impide el acceso de la mayoría al gran cúmulo de conocimientos de la humanidad. Esto revela que Dewey no ignoraba las dificultades que tienen que ser superadas para que el ideal de la democracia sea una guía genuina de las relaciones humanas. Frankel también le objeta a Dewey la idea de la aplicación del método científico para tratar los problemas sociales, ya que según él éste es un asunto de gran complejidad. Según Frankel, Dewey no explica cómo se comprueban desde una perspectiva científica las hipótesis que surgen en el campo social. La idea de las posibilidades de aplicar el método científico en el campo de las relaciones sociales se gestó entre los años de 1888 hasta el 1930 (149). Esto nos puede dar una idea de origen de la dificultad de encontrar planteamientos reunidos en un solo lugar. A Dewey le tomó mucho tiempo desarrollar su teoría social, la cual es producto de toda su vida como filósofo. Su teoría social no surgió como un todo acabado, sino que fue el producto de muchas discusiones y reformulaciones. Además, esto demuestra la fidelidad de Dewey con su propio pensamiento, que se caracteriza por la disposición para considerar nuevas posibilidades a las hipótesis ya sugeridas. Su visión sobre el método científico, que considera como revisable en sus resultados, es un asunto que debe ser rescatado de la filosofía de Dewey, y conservado, según Frankel.

Es importante señalar que Dewey reconocía la existencia de diferencias entre las ciencias sociales y las ciencias físicas (Charles 14). En los planteamientos de Dewey existe una sugerencia reveladora de cómo desarrollar técnicas especiales de investigación científica, que sean aplicables en el campo de las ciencias sociales. El reto está planteado (Fries 59-74).

En la política está presente, como en el arte, el aspecto que corresponde al obrar; al hacer. La política tiene como finalidad la búsqueda de relaciones armoniosas entre los distintos grupos sociales, evitando el conflicto entre ellos y, entre ellos y el individuo

particular; tiene que fomentar y coordinar, además las actividades de los grupos voluntarios.

Por otro lado, y es quizás aquí donde se comprende mejor el papel que juega el arte en el campo de la política, también están presentes los elementos que llamamos esencialmente estéticos; a saber la sensibilidad y la estimación, la posibilidad de la participación de unos en las obras y las tareas de otros. La obra de arte como vehículo de comunicación de sentimientos, valores y experiencias personales es un modelo para el intento de establecer una sociedad en que reinen relaciones políticas más humanas.

Dewey sostiene que el poder de la ley y de los valores morales se transmite mejor "...cuando se revisten de pompa, de dignidad y majestad, que son la obra de la imaginación" (*El arte como experiencia* 370). Piénsese en la solemnidad con que se revisten los emblemas e himnos nacionales respecto de los cuales el individuo se siente subyugado. Para lograr el ideal de que la sociedad debe ser cada vez más inteligente, más humana y más gratificante, se requiere de la combinación de aquellas formas de la experiencia a las cuales Dewey dedicó mucha atención; a saber: política, arte, educación y moral (Geiger 338). Precisamente, las vinculaciones entre estos conceptos interrelacionados es el objetivo de una investigación más amplia que hemos realizado, de lo cual es parte esta presentación.

Bibliografía:

- Alicea Rodríguez, Denis. "El Retorno a John Dewey". *Diálogos* 24.53 (1989): 65.
- Bernstein, Richard J. *Praxis y Acción*, Madrid: Alianza Editorial, 1979. 233.
- . *John Dewey*. Ridgeview Pub Co., 1981. 35.
- Brickman, William W. "Dewey's Social and Political Commentary" en Jo A. Boydston (ed) *Guide to the Works of John Dewey*, 218. 83VOL. XIX-XX 2011-2012
- Dewey, John. *Democracia y Educación. una introduccion a la filosofia de la educación*. Buenos Aires: Losada SA, 1957.
- . *El arte como experiencia*. (trad. Samuel Ramos) México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- . *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires: Paidós, 1967.
- . *La ciencia de la educación*. (Trad. Lorenzo Luzuriaga). Buenos Aires: Losada S.A., 1944.

- . *La educación hoy* (Trad. Lorenzo Luzuriaga). Buenos Aires: Losada S.A., 1944.
- . *La Reconstrucción de la Filosofía*. (Trad. Amando Lazaro Ros). Buenos Aires: Aguilar, 1964.
- . *The Later Works* Vol. II. Ed. J. A. Boydston. Illinois: Southern Illinois University Press, 1987. 226-238.
- Fries, Horace S. "Educational Foundation of Social Planning". *Essays for John Dewey's Ninetieth Birthday*. Eds. Kenneth D. Benney y William O. Stanley. Urbana, Illinois: University of Illinois Press, 1950. 59-74.
- Geiger, George R. "Dewey's Social and Political Philosophy." *The Philosophy of John Dewey*. Schilpp, P.A. (ed) Evanston and Chicago: Northwestern Univ., 1939. 338.
- Gowinlock, James. *John Dewey's Philosophy of Values*. New York: Humanities Press, 1972.
- Hook, Sidney. *John Dewey: An Intellectual Portrait*. New York: The John Day Comp., 1939. 176.
- Larroyo, Francisco. *Diccionario de Pedagogía*. México: Editorial Porrúa S.A., 1980. 477.
- Luzuriaga, Lorenzo. *Pedagogía Social y Política*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1958.
- Mosier, Richard D. "Education as Experience". *Progressive Education* 29 (1952): 201.
- Pratte, Richard. *Contemporary Theories of Education*. Ohio: Intext Education Publishers, 1971.132.
- Read, Sir Herbert. *Education through Art*, London: Faber and Faber, 1967.
- Riestra, Miguel A. *Fundamentos Filosóficos de la Educación*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1986: 209.
- Schilpp, Paul A. (ed) *The Philosophy of John Dewey*. Evanston and Chicago: Northwestern Univ., 1939.
- Shih, Hu. "The Political Philosophy of Instrumentalism." *The Philosophy of the Common Person: Essays in Honor of John Dewey to Celebrate His Eightieth Birthday*. Ed. Sidney Ratner. New York: Greenwood Press, Publishers, 1968. 208.
- Walsh, John E. *Education and Political Power*. New York: The Center for Applied Research in Education, Inc. 1964: 54-5

La frontera que obsesiona y los odios
que emocionan. Conversación con
Carlos D. Altagracia sobre *El cuerpo de la patria*.
José J. Rodríguez Vázquez

Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

RESUMEN: Este trabajo dialoga con el libro del Dr. Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria. Intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo*. Pretende comentarle algunas ideas que provoca la lectura del libro, para retarlo, avivar su imaginación y fundar futuros encuentros. Se limita al título y a la estructura del libro: por un lado, a un primer bloque formado por la Introducción y el primer capítulo teórico y, por otro lado, a esa puesta en práctica de las herramientas analíticas en los tres capítulos siguientes que están dedicados a desmontar las estrategias narrativas y los nexos del saber con el poder que elaboraron cuatro intelectuales dominicanos del siglo XX: Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer, Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Arísty. Me apropio del título y así organizo mis comentarios: el intelectual en la modernidad, las disciplinas de la Historia y la Geografía, la cuestión de la identidad nacional y, para cerrar, el tema de la frontera en las narrativas nacionales de esos pensadores dominicanos que escribieron durante el trujillato y de alguna forma lo asumieron. PALABRAS CLAVES: patria/nación, Trujillo, República Dominicana, la frontera, el Ser.

*Para el moroveño, el profesor, el geógrafo, el amigo, el esposo,
el padre y el cristiano inamovible, Ramón Corrada del Río.*

El hecho del que debe partir todo discurso sobre la ética es que el hombre no es, ni ha de ser o realizar ninguna esencia, ninguna vocación histórica o espiritual, ningún destino biológico. Sólo por esto puede existir algo así como una ética: pues está claro que si el hombre fuese o tuviese que ser esta o aquella sustancia, este o aquel destino, no existiría experiencia ética posible, y sólo habrá tareas que realizar.

Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*.

Gracias por estar aquí para formar parte de esta conversación sobre el libro de Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria. Intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo*. Si ustedes me lo permiten quisiera hablar de este trabajo con su autor, comentarle algunas ideas que me provoca la lectura de esta empresa fascinante, para casi obligarlo a corregir o completar alguno de mis planteamientos, para avivar su imaginación y fundar futuros encuentros. Me atengo al título y a la estructura del libro: por un lado, a un primer bloque formado por la Introducción y el primer capítulo teórico y, por otro lado, a esa puesta en práctica de las herramientas analíticas en los tres capítulos siguientes que están dedicados a desmontar las estrategias narrativas y los nexos del saber con el poder que elaboraron cuatro intelectuales dominicanos del siglo XX: Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer, Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Arísty. Me apropio del título y así organizo mis comentarios: el intelectual en la modernidad, las disciplinas de la Historia y la Geografía, la cuestión de la identidad nacional y, para cerrar, el tema de la frontera en las narrativas nacionales de esos pensadores dominicanos que escribieron durante el trujillato y lo abrazaron con fervor sospechoso.

El primer tema que sobresale en este escrito es el de los intelectuales modernos y sus relaciones con el poder. Considero que desde su argumentación se pueden subrayar tres aspectos. En primer lugar, hay que reconocer eso que podemos llamar la misión racional-ordenadora del intelectual moderno. Intelectuales y mundo, intelectuales y política, intelectuales y nación e intelectuales y verdad son formas de expresarse la relación saber/poder en tanto que el saber es poder, el saber habla con el poder político y el poder necesita saber, tesis foucaultiana que nos permite reconocer el papel de la cultura o del imaginario socio-cultural y destacar que el poder no es sólo represión o dominio, sino también disciplina y arte de gobernar cuerpos y poblaciones.

En segundo lugar, creo que este trabajo apunta a lo que se consideró por mucho tiempo la misión ético-política del intelectual moderno: el intelectual actúa como encarnación de la Razón y descubridor de la verdad del mundo y de la vida y, en el plano político, como voz de la nación, como portavoz del espíritu de su

comunidad. Esto significa que la nación existe y se confirma en esta aparición-expresión de una cultura racional y comprometida; que la nación es ese Ser que se completa haciéndose consciente de sí. No hay nación sin cultura letrada, sin esa camada de forjadores y organizadores del espíritu, sin ese ejercicio fundacional del verbo o del lenguaje.

En tercer lugar, hay que distinguir entre los posicionamientos teórico-metodológicos del autor y la visión de los escritores que estudia. Esto nos permite reconocer dos modos distintos de llevarse a cabo el trabajo intelectual y el trabajo de pensar(se) el intelectual. Si Altgracia insiste en colocarse en ese giro lingüístico que ha hecho posible cuestionar la verdad de los saberes disciplinarios y reconocer, para la Historia y la Geografía, su carácter de ficción y narración, es porque, precisamente, este posicionamiento epistémico y político delimita su lectura de la que llevan a cabo unos intelectuales modernos que no se piensan como inventores, sino como descubridores de la verdad de lo real. Cuando éstos narran la historia se asumen como racionalistas y objetivos y cuando encuentran su sujeto nacional creen haber dado con un personaje histórico incuestionable del que son parte y linaje. Lo que revela *El cuerpo de la patria* es que los intelectuales dominicanos se consideraban los hijos ilustrados que debían actuar como vanguardia educadora de la nación, elite sabia que podía hablar y dirigir la travesía del Ser. De sus afanes tan serios, de sus figuraciones en lo incierto, dichas con tanta seguridad que, a veces, si no fueran tan peligrosas nos darían risa, es que trata este trabajo. No obstante, hay que insistir en que su autor no es un heredero del proyecto del Ser, que este escrito no es una nueva versión, ampliada y corregida, sobre la nación y sus verdades constitutivas. Lo que organiza esta obra son estrategias analíticas genealógicas y deconstructivas que le han permitido a su autor, como pretendía Antonio Benítez Rojo, una lectura del Caribe desde la perspectiva posmoderna.

El segundo tema central que cruza *El cuerpo de la patria* es el que tiene que ver con las distintas disciplinas que los intelectuales manejan en la construcción de la identidad nacional. Las que más presencia adquieren son la Historia, como relato ligado al tiempo y a la formación de la memoria, y la Geografía, como ciencia que tiene que ver con el espacio y sus formas. Para pensar

la imaginación histórica y la geográfica, Altagracia se apoya en algunos planteamientos elaborados por Michel Foucault. Para este último, y esto es fundamental, la Historia como disciplina moderna se forja como un “saber sobre las luchas” y se convirtió en un campo de lucha sobre la verdad y lo político. La guerra y los conflictos funcionaron como “condición de posibilidad del discurso histórico” y como objetos de pensamiento del mismo. Traducido esto a su estudio, Altagracia sostiene que eso fue la historia dominicana imaginada por los intelectuales bajo el Trujillato: una historia sobre la guerra y un posicionamiento guerrero.

Pero si la disciplina histórica puso el acento en el tiempo, le correspondió a la Geografía, a la imaginación geográfica, hablar del espacio y actuar como constructora de los paisajes que forman el cuerpo de la patria. En otras palabras, la imaginación geográfica de la que habla nuestro autor no es la descripción o la cartografía-fotografía del espacio real, sino la narrativa que significa esos espacios y lugares. Esta posición teórico-metodológica no implica una negación de lo real, sino un reconocimiento de que la naturaleza se hace espacio y lugares cuando es significada o se le dota de un sentido en el discurso que la nombra. Siguiendo este planteamiento es posible reconocer que los discursos que inventan la nación no consideran la misma como un producto exclusivo de la historia, entendida como quehacer humano en el tiempo, sino también como un resultado de esa realidad natural que, como base material, condiciona la praxis y se hace parte esencial en la formación de la nacionalidad. Cómo se enlazan el discurso histórico y el geográfico, y qué papel juega la geografía (el territorio) en el relato nacional que elaboran los intelectuales son interrogantes vitales a las que busca ofrecer respuesta *El cuerpo de la patria*.

Si la Historia es memoria de los acontecimientos que se consideran fundamentales y se organiza en algunos casos, como sostiene Hayden White, como un relato continuista y heroico en el que se pone de manifiesto un sujeto colectivo; la Geografía, por su parte, es mirada a esa terrenalidad que “alumbra” lo nacional: saber sobre esa madre-tierra, fecundada por el trabajo y el amor, que dadivosa da sostén a sus hijos. Territorio es materialidad indispensable como lugar que habita el Ser. Territorio es lo que ha hecho posible que este Sujeto se produzca y se reproduzca. La

nación necesita su “estar ahí” y su “estar así” y sólo se constituye en particularidad porque el “estar ahí así” le permite realizarse como un sujeto transformador de la naturaleza que le da vida. El discurso nacional se muestra aquí como una teología política que sostiene que el espíritu necesita colocarse en su paraíso terrenal.

Este análisis de la Geografía como disciplina hace posible sostener que en el discurso nacionalista el territorio o la naturaleza refiere, sobre todo, a lo femenino. Claro está, esto sin olvidar que lo masculino no desaparece y continúa ocupando un papel principal en el drama forjador de la nacionalidad. La masculinidad se encuentra presente en los hombres, en las elites cultas y dirigentes que marcan el cuerpo, lo fertilizan y lo protegen. Si unimos los dos elementos, lo femenino y lo masculino, —pero también la Historia y la Geografía, el tiempo y el espacio, la historia y la naturaleza, la población y el territorio— terminamos diciendo que la nación es, pues, una población colocada en un lugar del mundo que resulta transmutado por el trabajo y los sentimientos de pertenencia, como si el sudor, la sangre y el deseo generaran el alumbramiento histórico de la comunidad. Discurso de la fusión felizmente realizada, el nacionalismo maneja jerárquicamente la relación de lo masculino y lo femenino o la imbricación de la acción humana y el territorio. Lo telúrico y la praxis, lo objetivo y lo subjetivo, están siempre combinándose en su poética del Ser.

Si valorar el espacio, hacer de la naturaleza un espacio significado, es fundamental para los discursos nacionalistas, —hasta el punto que el lugar de nacimiento se considera que determina la nacionalidad de un individuo— hay que hacer constar por aquí, por algún margen, que los nexos territorio-nación y territorio-Estado han comenzado a replantearse a partir del reconocimiento de los movimientos poblaciones que se han acentuado en la llamada globalización. Así, tendríamos que decir que si bien no hay Estado sin territorio, o que el Estado sería ese poder soberano territorial, por frágil o debilitado que resulte en nuestros días; ahora se comienza a insistir en las naciones en diásporas; en identidades que se conservan a pesar de su desterritorialización y del mestizaje cultural que producen los desplazamientos, el habitar en nuevas zonas de contacto y el poder cultural massmediático.

Esto permite dar cuenta de una modificación teórica importante en la imaginación nacionalista. Los conceptos de nación y de identidad nacional se desterritorializan, pero conservan su vigencia fundamentándose en criterios como la herencia, la cultura y la voluntad. Hay que decir que esta mutación provoca malestar en algunos y alegrías en otros y que el debate en torno a la nación, el nacionalismo y la identidad nacional continúa. Pero lo que me gustaría anotar es que en este último punto, el de la voluntad, se puede reconocer un desplazamiento en un discurso que se ve obligado a fundamentar la identidad y la nación, más que en criterios objetivos, en el deseo o en aquello que se quiere ser. Con esto, lo nacional se desmaterializa, deja de estar determinado y se convierte, se podría decir que nuevamente, en un asunto ético y político o en una decisión.

Ya hemos dicho que Historia y Geografía son esas disciplinas desde donde se hace posible afirmar el Ser y definir sus características. Ahora habría que añadir que decir “he aquí al Sujeto” implica reconocer sus luchas y, en este punto, sus aciertos y debilidades, sus logros y fracasos. Siguiendo el trabajo de Altagracia hay que señalar que en el discurso nacionalista la nación es un sujeto colectivo afirmado y problematizado; un Ser, más histórico que natural, que ha cobrado forma triunfando sobre las adversidades. Relacionado con este último punto —el de las adversidades— es que la frontera puede aparecer como el lugar por excelencia del peligro, allí donde el Ser está ante “los otros” y “lo otro”. La frontera es eso que debe ser apropiado por la Historia (el discurso histórico) y la Geografía (el discurso geográfico) para apreciar en ella, en tanto zona de contacto del Ser con su exterior, al Ser y sus peligros. También es eso que debe ser precisado real e imaginariamente, lo que debe ser visitado y conocido para establecer el cuerpo de la patria y fijar sus límites.

Pero la frontera, como insiste Altagracia, es porosa. Porosa es tanto la real como la imaginada, y es esta cualidad la que desestabiliza las pretensiones del discurso y del poder. Lo que la imaginación histórica y geográfica que maneja el discurso nacionalista no logra resolver —y lo que el poder político no puede superar— es que “las fronteras como zonas de contacto no son entonces eso que identifica separando, sino su propia imposibilidad de cierre y separación; son lugares de contaminación que debilitan “lo nuestro”(31-32).

¿Pero es siempre lo exterior, lo amenazante? Creo que hay que estipular que existen muchas formas de experimentar el afuera y las diferencias. Lo que es posible decir, siguiendo este trabajo de Altgracia, es que un nacionalismo autoritario y estatalista tiende a construirse como un discurso paranoico. El miedo a lo que habita en el exterior y a la posibilidad de contaminarse por la debilidad de la frontera le sirven a esta mirada para desplegar propuestas de dominación y políticas disciplinarias y biopolíticas que permitan ordenar-pacificar el territorio a través de la represión de lo amenazante, de la construcción de los sujetos útiles y dóciles y de la puesta en práctica de técnicas de “hacer vivir y dejar morir” (Foucault 217-237). Los temas de la frontera y lo exterior, del afán de cierre y seguridad y, al mismo tiempo, de invitar al intercambio y la comunicación con los otros son esos nudos que se endurecen o flexibilizan dependiendo de la coyuntura política en la que actúa el discurso nacionalista.

Seguridad, territorio y población son otra forma de articular la relación nación/Estado o, si se prefiere, de colocar como aspecto primordial los nexos del Estado con el espacio y la población. El espacio refiere a la naturaleza habitada y convertida en patria y, como cuerpo, a sus límites o fronteras. Por su parte, la cuestión de la población nos lanza a esas complicadas relaciones de conceptos como sociedad, comunidad, nación, pueblo y, sobre todo, raza. El Estado moderno parece enlazar todos estos puntos. El Estado es territorio y población, seguridad y gobierno, violencia legítima y administración, expresión del Ser y su guardián indispensable. El Estado moderno encuentra su fundamento en el principio de soberanía popular y supone que los individuos o la población han devenido pueblo-nación-comunidad y han encontrado en él su racionalidad histórica. Por otro lado, el Estado moderno se convierte en dominio-protección que, a la vez, disciplina y purifica la población, protegiéndola de los peligros que pueden conducir a su degeneración o a esa “sub-racialización” con que amenaza desdoblarse la raza-nación cuando produce sus “otros internos inferiores”: negros, mulatos, pobres, trabajadores, mujeres, criminales y homosexuales, entre otros.

La identidad debilitada de esos “otros internos” amenaza con resquebrajar la comunidad nacional. Las fronteras se multiplican.

El mal deja de habitar exclusivamente en el afuera y, relocalizado, se encuentra adentro, está a nuestro lado. Hablar de seguridad es reconocer todas esas nuevas fronteras y ser soberano. Por eso, a las fuerzas represivas y al orden jurídico que asegura su legitimidad, el Estado debe sumar nuevas técnicas de poder no-represivas, debe saber para administrar el territorio y los cuerpos (individuales), protegiéndolos, higienizándolos, haciéndolos vivir. El discurso nacional funciona como teoría de la autoridad hacia afuera y hacia adentro.

La relación entre seguridad, territorio y población nos permite desplazarnos al tercer tema. En el imaginario histórico y geográfico, el territorio nacional —como espacio poblado y espacio significado por las acciones y sentimientos humanos— comienza a convertirse no sólo en cuál es la extensión y las formas del cuerpo de la patria, sino también en quiénes son esos que están aquí, cómo se han constituido en “nosotros” y cuáles son los peligros que los acosan. Cuando en el discurso nacionalista, el acento se desplaza de la relación seguridad/territorio a la de seguridad/población tropezamos con los conceptos de pueblo, nación y raza que han desarrollado algunas filosofías políticas, como el liberalismo, el republicanismo y el racialismo, para su invención de “nosotros” y “los otros”.

El ejercicio de definirse consiste en diferenciarse. Hablar de “nosotros” refiere a “los otros”. Más hay que ser cauteloso para que la teoría de la guerra no nos impida ver que en el discurso nacionalista pululan muchos “otros” distintos. Cuando se apunta a lo exterior creo que es posible reconocer: el otro ejemplar, el otro amigo, el otro insignificante y el otro enemigo. Cambiando de ángulo, cuando se mira hacia adentro aparece también una alteridad que puede ser pensada con distintas representaciones: el otro víctima-masa-educable, el otro barbarie-enemigo-desechable y el otro popular-nacional-dirigible. Toda esta disparidad, los múltiples tipos posibles de otredad, conlleva una diversidad de propuestas políticas y culturales para ordenar la nación y definir su dinámica endógena y sus relaciones con el mundo. Por ejemplo: ¿El “otro” es el amigo o el enemigo? Este último, ¿es débil o poderoso? ¿Hasta dónde se considera el “nosotros” un Yo felizmente unificado? La propuesta hacia el exterior, ¿es belicista o de respeto mutuo? ¿Puede el “otro amenazante” devenir en el “otro amigo” o éste último

en aquel? ¿Cuáles son las estrategias que se proponen para lidiar con el “otro exterior” y con el “otro interno”? ¿Existen diferencias entre las mismas? Lo indudable, como demuestra este estudio del nacionalismo dominante en el campo intelectual dominicano de la Era de Trujillo, es que el relato de la guerra que habita en la mentalidad nacionalista tiende a exacerbarse en determinadas coyunturas históricas y, en otros momentos, se oculta rencoroso soportando la melodía jurídica y esperando, confiado, el llamado a las armas. Lo que no puede negarse es que cuando la identidad consiste en establecer diferencias jerarquizadas y trazar fronteras duras, el discurso nacionalista forma parte de ese relato de la guerra y se mueve en el registro de la prepotencia, la amenaza, la heroicidad, el sacrificio y, por qué no, hasta la venganza. A veces, como demuestra Altigracia, debemos temblar ante la serenidad de los patriotas, ante las seguridades de esos hombres justos, cumplidores e imperturbables.

En el discurso nacional los conceptos de pueblo, nación y raza, así como su relación, no dejan de ser problemáticos. Algunos estudiosos apuntan que éstos pertenecen a registros discursivos distintos y hasta opuestos. Incluso, que a partir del siglo XVIII se han venido resignificando y desplazando como significantes privilegiados de los relatos nacionales. Para poder indagar este desplazamiento conceptual y la mezcla de categorías que parecen provenir de distintos lugares epistémicos y políticos es imprescindible reconocer al nacionalismo como un campo discursivo polémico y plural. Asumir como central uno de estos conceptos define las características de un discurso nacionalista o, para decirlo en otras palabras, los relatos dominados por nociones racialistas difícilmente pueden conciliarse con los que manejan interpretaciones republicanas o liberales de pueblo o nación. No está de más decir que la fusión nación-raza sienta las bases para el carácter xenofóbico y jingoísta de muchos relatos nacionales, para esas narrativas binarias de la historia que entonan como estrofa guerrera: “todo el mundo en contra mía y yo contra el mundo entero”.

Para las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, la categoría raza alcanzó un sitio privilegiado en los discursos históricos y parecía dotar a éstos de precisión científica. Era algo así como una venganza del conocimiento contra el empuje moralista

abolicionista y su uso tenía muchos propósitos. En primer lugar, destrozaba el humanismo ilustrado universalista demostrando que no todos los “humanos” eran iguales. En segundo lugar, debilitaba el individualismo liberal adjudicándole prioridad al grupo biológico de procedencia. En tercer lugar, reformulaba la distinción hegeliana de pueblos históricos y pueblos sin historia dejando claro que los primeros debían dominar a los segundos y que estos últimos estaban incapacitados por naturaleza para asumir un papel relevante en la modernidad.

En el campo intelectual latinoamericano este discurso racista tuvo una paradójica acogida porque sirvió, al mismo tiempo, para afirmar la posibilidad de las naciones americanas de convertirse en Estados modernos, como consecuencia de ser prolongaciones históricas del occidente blanco-racionalista, y para diferenciar hacia el interior esas razas-masas inferiores que obstaculizaban el pleno desarrollo de la nacionalidad. El enemigo principal de las nuevas naciones era más interno que externo y de más allá de la frontera los vientos transportaban, principalmente, los modelos a imitar y las poblaciones a convidar. Así parecía ser hasta que el empuje imperialista del vecino, antaño ejemplar, fue provocando un antiimperialismo crítico de la dimensión cultural y de los valores de la vanguardia del capital. El debate civilización y barbarie se transformó en el de civilización y cultura y se afirmó que aunque las naciones latinoamericanas eran menos ricas, constituían parte de esa expansión cultural greco-latina occidental. En ese campo intelectual dominado por lo racial y el imperialismo fue que la intelectualidad dominicana bajo el trujillato pensó lo nacional. Desde estos dos puntos se elaborará la reflexión ineludible de la frontera como zona de contacto con el exterior. ¿Quiénes eran esas otras naciones-razas exteriores? ¿Constituían en sí mismas una amenaza para la dominicanidad? Como revancha de resentidos con la reciente invasión del poderoso, el rencor se dirigió contra el “otro exterior inferior” más cercano y concluyo que la verdadera “invasión” era esa penetración silenciosa que estaba llevando a cabo el “otro haitiano”.

Si el territorio es la naturaleza que deviene hogar, hay que decir que la cuestión poblacional, vista como cuestión racial, sirve para una segunda estrategia de naturalización de la identidad.

Fundamentar objetivamente la identidad en la herencia daba fortaleza epistémica y política a la imaginación nacionalista. La nación no sólo era querida por Dios, sino también por las leyes de la historia y de la vida. Como ya mencionamos, el racismo o el discurso de la guerra de razas -que se biologiza a partir de la segunda mitad del siglo XIX- fue una filosofía de la historia propia de las culturas imperiales que tuvo gran acogida en las élites intelectuales y políticas latinoamericanas.

Además, raza no fue sólo una categoría socio-biológica, sino también cultural. En la América Latina de finales del siglo XIX y comienzos del XX, una noción culturalista de raza sirvió para la redefinición espiritual de América: la hispanidad. Después de la derrota de España en la Guerra Hispano-Cubano-Americana y ya la “Madre-Patria” despojada de sus últimas colonias, la hispanofilia significó una reevaluación positiva de la empresa colonial cuyo conservadurismo se maquilló de antiimperialismo y de crítica a una modernidad salvaje y utilitarista. Es la época donde Rodó y Ortega y Gasset actuaron como autoridades en el campo intelectual y político latinoamericano. Para los que formaban parte de esta corriente intelectual, los pueblos latinoamericanos encontraban sus fundamentos identitarios en la fase colonial y en su nexos con la civilización europea, su potencia indiscutible.

Pero los racios no monopolizaron el campo intelectual latinoamericano y ya en las primeras décadas del siglo XX comenzarán a ahogarse en la pesadez de sus verdades (Altagracia 33-35). Me refiero a la defensa de la pureza racial y a la discusión sobre los efectos del mestizaje. Sólo para mantenernos alerta es bueno tener presente que desde el racismo duro y jerarquizador del eurocentrismo blanco-hispanófilo podemos distinguir al menos cuatro teorías sobre el mestizaje: como degeneración; como asimilación de lo inferior por lo superior, como síntesis o creación de algo nuevo y como supersincretismo o contacto abierto interminable. Hay que insistir en que el nacionalismo conservador paranoico es propio de intelectuales enamorados de la “pureza” o lo incontaminado, imaginario de patriotas alelados con su fantasía que se agitan nerviosos ante sus espectros y lo ominoso.

Los planteamientos que hemos venido desarrollando sobre los intelectuales modernos, el uso que éstos hacen de disciplinas como

la Historia y la Geografía, y sus formas de inventar identidades — desde nuestra lectura de la primera parte de *El cuerpo de la patria*— nos permiten pasar con Altagracia al análisis del campo nacionalista dominicano bajo el Trujillato (15-16). Después de todo, el propósito central de este escrito es pensar “los ejercicios escriturales como prácticas de poder mediante las cuales se signan las verdades sobre el pasado y el espacio” (15). En otras palabras, lo que se propone este libro es estudiar “como se construye la legitimidad del cuerpo de la patria vinculando de forma inseparable los conceptos de pueblo, nación y Estado a una idea de territorialidad” y, por lo tanto, el papel central del tema de la frontera dominico-haitiana en la discusión sobre la nación y su tipo de Estado (17). Los intelectuales trabajados deconstructivamente por Altagracia fueron, si se quiere decir con Gramsci, intelectuales orgánicos de una clase y un régimen. Es decir, intelectuales que elaboraron los saberes que el poder político necesitó para legitimarse y poner en acción sus técnicas de soberanía territorial, de vigilancia y disciplina, y de biopolítica.

Manuel Arturo Peña Batlle es el “narrador de las posibilidades perdidas” (Altagracia 68). Su lectura de la historia dominicana, plantea Altagracia, es nostálgica y trágica (73). En el pasado colonial originario se encontró la unidad posible, el fundamento geográfico para la formación de un ser nacional homogéneo que habitara un espacio unificado. Pero en el pasado posterior, con el error de las Devastaciones, se provocó un vacío que supieron aprovechar “otros” para ocupar el lado occidental de la isla. La falta de visión de un gobernador colonial desmembró el cuerpo isleño y marcó para siempre la historia nacional dominicana. Una nueva colonia francesa, que habrá de transfigurarse en Haití, se constituyó en una amenaza permanente.

El discurso nacional de Peña Batlle es una narrativa bélica y binarista. La división de la isla entre España y Francia sentó las bases para la formación de dos sujetos y, a lo largo de todo su discurso, hablar del “nosotros dominicanos” fue siempre una forma de diferenciarse de eso “otro haitiano”, inferior y conflictivo. Los problemas de la República Dominicana encontraban, pues, su origen en el período colonial y en esa otredad vecina salvaje y descontrolada. Su relato es una historia de guerra y un colocarse en

la guerra. El intelectual dominicano se adhiere a una disciplina —la Historia— para narrar la historia de un combate y, al elaborar su diagnóstico, participar como combatiente en el mismo.

El que habla de “nosotros” y de “los otros” es también, como buen predicador, una voz que busca oídos que escuchen y puedan comprender la “verdad”. Este último aspecto apunta al papel educativo de la palabra. Pensar, escribir y hablar no son sólo esfuerzos para saber, sino además para educar y forjar el espíritu. Peña Batlle, como intelectual moderno, asume conscientemente la tarea de enseñarle al pueblo—pero, sobre todo, a las elites políticas y culturales—los logros, los peligros y los deberes que han marcado la dominicanidad y exigen (re)conocerse para afianzarla en su territorialidad constitutiva.

Completemos la clasificación que hace Altagracia del discurso de Peña Batlle como trágico con su señalamiento posterior sobre el carácter cómico de la narrativa nacionalista de Joaquín Balaguer. Dos puntos no deben descuidarse si se pretenden reconocer las complejidades y contradicciones del discurso nacionalista. Por un lado, que en su despliegue la trama trágica siempre queda superada por la trama cómica, lo que significa que está tejido con un optimismo que afirma un sujeto y una utopía de emancipación material y espiritual. Por otro lado, que la afirmación de la nación y la elaboración de su panegírico se hacen también reconociendo sus crisis y debilidades. En el discurso nacionalista siempre se mencionan problemas que provocan la palabra letrada y se reconocen distintas dificultades a lo largo de la historia: en un momento puede ser la realidad colonial y en otro, cuando está queda superada, continúan o se presentan como problemas: la falta de desarrollo económico, la imposibilidad democrática, la tensión entre la cultura tradicional y la moderna, el lugar de las masas populares y, como sobresale en el caso dominicano, el espacio y sus fronteras. Por eso hay que decir que el discurso nacionalista de Peña Batlle se organiza como una red de encuentros y desencuentros, de logros y fracasos, de defensa y alabanza de la nacionalidad, pero también de autocrítica.

Como demuestra Altagracia en su lectura de Peña Batlle, en ciertas narrativas nacionales es casi inevitable reconocer que los peligros que provienen del exterior siempre pueden acrecentar su impacto negativo por las debilidades internas de la nación, como

si esta fragilidad del Ser le sirviera de apoyo gratuito a la amenaza foránea. Pero que nadie se equivoque. La imagen de la “nación problemática” y esa suma de incertidumbres que la asedian desde el exterior y el interior no niegan su existencia. Los obstáculos que enfrenta no son otra cosa que la puesta a prueba de un temperamento. De aquí que para Peña Batlle, luego de desmembrado el cuerpo isleño y relegado el pueblo dominicano al espacio menos hospitalario para vivir allí intimidado por la barbarie del “otro”, la dominicanidad se construye como gesta heroica, como lucha ininterrumpida que hace del presente una prolongación del pasado y una asignatura o un deber ineludible de cara al futuro. Formado el Ser nacional, para las elites políticas y cultas se trata de afianzarlo y defenderlo. Para esto hace falta saber y decisión, combinación de la cultura y la política, de la ciudad letrada y la potencia militar, del acercamiento —y hasta la fusión— de la palabra y el poder, de los intelectuales con el caudillo histórico, del hombre de cultura superior con el hombre fuerte. En Peña Batlle, el Estado autoritario resulta ser la única opción política para llevar a cabo, exitosamente, el proyecto de consolidación del pueblo-nación con su territorio. La violencia era legítima defensa contra los peligros provenientes del exterior y del interior contaminado (81-82). Algo de esto es lo que señala Altagracia cuando advierte que el abogado se traslada del registro historiográfico al del jurista. La historia de lo perdido y de la guerra por la geografía, se completa con el uso del Derecho para culminar con la llamada al Estado como expresión de la nacionalidad y su protector indispensable.

Joaquín Balaguer es la exhibición cruda de la erudición perversa del racismo. El investigador nos advierte que su escrito, *La isla al revés. Haití y el problema dominicano*, fue una repetición casi literal del ensayo que había elaborado en 1947, *La realidad dominicana, semblanza de un país y de un régimen*, y que su trabajo posterior, *El centinela de la frontera; vida y hazañas de Antonio Duverger*, es una de esas biografías heroicas que tanto excitan al nacionalismo paranoico racista (127-128, 153-166).

Balaguer es parte del coro encabezado por Peña Batlle y entona, con más pasión que cualquier otro, el discurso de la guerra que define la dominicanidad como antihaitianismo. El discurso nacional como binarismo diferenciador jerarquizador acusa al “otro” de agresor y

exalta la heroicidad y la dimensión ética de la violencia justa del “invadido”. Con sus malabarismos, las víctimas de la masacre de 1937 aparecen como causantes de la violencia, mientras los criminales se presentan como soldados y Estado cumpliendo con la máxima de su deber patriótico. Así lo define Altagracia: “Balaguer es el intelectual de los binarismos. Llama la atención que su objeto de estudio sea construido a partir de una mirada a la inversión del tiempo y la geografía de La Española. Sus herramientas de análisis se forjan con unidades binarias que enfatizan determinismos y la imposibilidad de superación del antagonismo entre sujetos nacionales que son pensados como productos de la raza, la geografía y la historia. Como es posible reconocer en su análisis, lo biológico y lo geográfico, raza superior e inferior, Este y Oeste, catolicismo y vudú, Europa y África, moralidad y criminalidad son algunos de los binarismos que sirven para organizar los signos República Dominicana/Haití.”(140-141).

Para cerrar su visita a la ciudad letrada dominicana en la Era de Trujillo, el investigador hecha mano de los escritos de dos intelectuales que trabajaron en la frontera como agentes culturales del Estado: Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Aristy. Este cambio de autores le permite trasladarse de disciplina y es ahora la literatura y dos relatos de viajes los que sirven de vehículos para la discusión sobre la frontera y la nacionalidad dominicana. En este aspecto hay que decir que la deconstrucción que realiza de la imaginación histórica y de la imaginación geográfica que despliegan los intelectuales dominicanos se completa con una mirada a las formas de narrar de la literatura. Con la novela *El masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, y los relatos de viaje, *Paisajes y meditaciones de una frontera*, del mismo autor, y *En la ruta de los libertadores: impresiones de un periodista*, de Manuel Marrero Aristy, es posible reconocer una actividad estética en la que la imaginación geográfica ha jugado un papel fundamental.

Para Altagracia, Prestol es el intelectual que se siente en un exilio interno purgando una condena. En su novela, *El Masacre se pasa a pie*, hay un deseo de distanciarse de algunas decisiones o inacciones del Estado trujillista, particularmente del crimen de 1937, pero sin cuestionar o, más aún, permaneciendo cómodamente identificado con el registro del nacionalismo oficial organizado por el binarismo

esencialista y una teoría de la guerra natural entre la República Dominicana y Haití. La frontera, que Peña Batlle pensaba como potencia y belleza, aparece ahora en su narración como desierto natural y cultural. Pero el desierto, como también esos “otros amenazantes” y las crisis, actúa como motivación, como reto para el intelectual y para el Estado. Prestol es el intelectual ciudadano que se siente extraño en la frontera y el observador privilegiado convencido de que puede explicar los problemas que abundan en el lugar: la pobreza, los otros negros, el mestizaje racial y cultural, la ausencia de controles jurídico-políticos y la fragilidad de la dominicanidad.

El desplazamiento de la literatura al relato de viaje, en su obra *Paisajes y meditaciones de una frontera* publicada en 1943, fue pensado por Prestol como un cambio de registro epistémico. Más que el nexo literatura/ficción, la relación entre mirada crítica y verdad de lo real-observado se constituye en legitimación de sus palabras. La novela-ficción se reescribe en el relato analítico-descriptivo para completar lo que comenzó como un ejercicio literario con el que pretendía sublimar su desgracia. El intelectual, dice Altagracia, “significará la frontera como si descubriera su verdad secreta y valorizará los lugares que la conforman y las personas que la habitan creyendo encontrar la esencia de las cosas” (203).

La seriedad de la mirada que funda las palabras que describen lo real, como si el lenguaje fuese el espejo que refleja el espíritu de las cosas, es una treta del intelectual incapaz de reconocer el imaginario socio-cultural desde donde piensa y habla, significando el mundo y la vida. Altagracia deconstruye la máscara del letrado y encuentra el fundamento de su discurso. Lo dicho como un resultado de lo visto es realmente lo visto y significado a partir de lo creído y lo deseado. En Prestol, —como en Peña Batlle, Balaguer y Marrero Aristy— la frontera y sus múltiples sujetos “ya tienen identidad”. Prestol, dice Altagracia, “no parte de un punto cero para descubrir la esencia oculta y misteriosa de un sujeto social, sino que ya conoce las características que lo convierten en objeto de su mirada”. Su ejercicio, concluye, “es una reiteración de lo que ya piensa” (206-207).

En el relato de Prestol es posible reconocer los múltiples “otros” que sirven para precisar la dominicanidad. El “otro” por antonomasia, el “otro” como antípoda y sujeto amenazante es,

por supuesto, el haitiano. Éste es la otra raza, en el doble sentido, biológico y cultural, del concepto. Éste es el negro, lo africano, lo salvaje, la superstición, el robo, la violación y la inmoralidad. Pero existe también ese “otro interior”, esa división del “nosotros” en donde la “subraza” no es, como dice Foucault, otra raza, sino lo que surge de una unidad que se divide. Este “otro interior” tiene también múltiples rostros: el catizo, el mulato, el habitante de la frontera, el campesino, el pobre, el obrero, el analfabeta y el criminal.

Lo que creo que se puede subrayar aquí, siguiendo a Altagracia, es que estos dos tipos de “otro” le permiten a Prestol adoptar dos teorías del mestizaje. Cuando el contacto y la mezcla se establecen con el “otro exterior inferior”, el mestizaje es, inevitablemente, contaminación y degeneración. Lo superior no trastoca lo inferior, sino que sucumbe a su irracionalidad y perversidad natural. Pero cuando se trata del catizo o del mulato dominicano, el registro racialista de Prestol se torna paternalista. El negro y el mulato dominicano se presentan como personajes metamorfoseados por la biología, la historia y la geografía. Ya sea por su contacto con el blanco criollo o por el hecho de formar parte de una sociedad paternalista y cristiana, que apenas conoció una esclavitud benévola, el negro y el mulato dominicano dejaron atrás el determinismo racial y geográfico africano y se incorporaron a la empresa espiritual occidental que sentó las bases de la dominicanidad. Su dominicanización significa, precisamente, su asimilación, su blanqueamiento biológico y cultural como resultado del amor y del trabajo desplegados en una geografía sobre la que se pusieron en práctica formas convivenciales de relaciones raciales, sociales y de género.

En este punto es posible concluir que el nacionalismo racialista no deja de ser moderno y cree que la acción humana puede transformar el mundo natural y social. El determinismo cede ante el poder creativo y correctivo de la educación y la cultura. Por eso hay que reconocer que también en los nacionalismos racialistas, la naturaleza geográfica y fenotípica, que se consideran que determinan la identidad, resultan “completadas” con la tesis de que territorio y raza se pueden modificar con el trabajo y la cultura. La identidad doblemente naturalizada pasa a convertirse en un producto de la historia y de la voluntad, en el resultado glorioso del saber y del querer de los que deben y pueden.

Por otro lado, es importante notar que el racialismo se desdobra y elabora dos estrategias distintas. Como si presintiera que en sociedades caracterizadas por la pluralidad racial y la movilización política de las masas ser racista es ya imposible, el nacionalismo racialista conserva su dureza para el vecino exterior y predica un racismo benévolo que hace del “otro interior inferior” un rescatado por la generosidad de la cultura blanca cristiano-europea.

Realicemos aquí tres precisiones. En primer lugar, hay que insistir en que estas versiones del discurso racialista no son exclusivas de la ciudad letrada dominicana. Como ya adelantamos, las mismas recorren el campo intelectual latinoamericano de finales del siglo XIX y principios del XX, y en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico contaron con muchos portavoces poderosos y convencidos. En segundo lugar, podría sostenerse que el predominio del racialismo duro—articulado desde el positivismo, la sociología evolucionista spenceriana y las teorías de Gustave Le Bon—dominó el campo intelectual, pero fue tornándose problemático con las movilizaciones populares que comienzan a caracterizar el mundo socio-político latinoamericano de la primera mitad del siglo XX. En otras palabras, la aparición del modelo benévolo integrador ponía de manifiesto que el racialismo duro era incapaz de funcionar como teoría para repensar esa comunidad imaginaria que era el pueblonación. Por último, sería un error creer que estas eran las únicas dos interpretaciones posibles en el campo intelectual latinoamericano. Como ya señalamos, la dinámica político-intelectual había comenzado a golpear ese registro racialista y autores como los haitianos Jean Price-Mars y Jacques Roumain, el peruano José Carlos Mariátegui, el cubano Nicolás Guillén, el puertorriqueño Luis Palés Matos, el trinitario C.L.R. James y el martiniqués Aimé Césaire entonaban, durante las décadas de 1920-30, otros cantos que servían de contrapeso contra las tretas espistémicas y éticas del racialismo. Las teorías del mestizaje, como fiesta fundadora de algo nuevo, y de la negritud, como esencia racial que debe fortalecerse con un retorno, físico y espiritual, a África, refundaban las identidades caribeñas. Los vientos del pueblo desatados por la revolución bolchevique y la revolución mexicana alentaban estas nuevas miradas.

El cuerpo de la patria culmina su tarea con el análisis del relato de viaje, *En la ruta de los libertadores: impresiones de un periodista*, de Manuel Marrero Arísty. Para Altagracia, el periodista dominicano es el testigo que celebra las transformaciones en el paisaje de la frontera como productos de una empresa política, económica y cultural. Lo que dice ver son los logros de un Estado y el triunfo de la civilización sobre la doble barbarie del “otro” y de la naturaleza inhóspita. Le interesa, dice Altagracia, más el presente y el futuro que el pasado y, por eso, su viaje es más por el espacio que por el tiempo. Marrero describe y traduce, celebra y advierte, informa a sus lectores los logros de su Estado. Optimista, es el portavoz de las buenas nuevas. Juicioso, sabe comprender lo que dice el paisaje de la frontera y las voces de sus pobladores. Crítico, advierte que un peligro mayúsculo existió y que la victoria no debe interpretarse como un logro irreversible. Para él, trabajar material y espiritualmente para asegurar la salud del cuerpo de la patria era el punto de coincidencia del intelectual con su Estado.

Si alguien cree que con este extenso diálogo he agotado los aciertos interpretativos elaborados en *El cuerpo de la patria*, tengo que decirle que tiene suerte y se equivoca. El pequeño cofre lleno de signos está ahí, generoso, para todo el que quiera, con curiosidad enamorada, resucitar las voces y sumarse a la conversación. Eso sí, pobre, ay, de esos que se pasan embelezados—y hasta envilecidos—con su rostro y su casa. Gracias a su autor por desenmascararlos y advertirnos que el narcisismo nacional es un falso amor, vanidoso y resentido, que no merece otra oportunidad sobre la tierra.

Bibliografía:

Altagracia Espada, Carlos D. *El cuerpo de la patria: intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo*. Colombia: Librería La Tertulia-Centro de Investigación y Creación-Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010.

Altamirano, Carlos. “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina”. Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.). *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 2004. 31-65.

- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Colombia: Plaza Mayor, 2010.
- Césaire, Aimé. *Cuaderno de un retorno al país natal*. México: Era, 1969.
- Devés Valdés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires: Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2006.
- Diego Padró, José I. *Luis Palés Matos y su transmundo poético*. Río Piedras: Puerto. 1973. 99-107.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Gottberg, Luis Duno. *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid: Iberoamericana, 2003.
- Guillén, Nicolás. *Obra poética, 1920-1972*. La Habana: Unión de Escritores y Artistas, 2 vols., 1974.
- James, C. L. R. *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Venezuela: Ayacucho, 2003.
- Palés Matos, Luis. *Tuntún de pasa y grifería*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1994.
- . “Hacia una poesía antillana”. *El Mundo*. (26 de noviembre de 1932).
Price-Mars, Jean. *Así habló el tío*. Santo Domingo, Manatí, 2000.
- Rojas, Rafael. *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*. Madrid, Colibrí, 2008.
- Roumain, Jacques. *Gobernadores del rocío*. República Dominicana: Secretaría de Estado de Cultura/Fundación Global Democracia y Desarrollo, 2007.
- San Miguel, Pedro. *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan/Santo Domingo: Isla Negra/La Trinitaria, 1997.
- . *Los desvaríos de Ti Noel. Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. San Juan: Vértigo, 2004.
- Seda Prado, Jorge. *Al rescate de la patria. Los intelectuales y el discurso político-cultural en la República Dominicana en la época postrujillista (1960-1970)*. Colombia: La Tertulia/ Centro de Investigación y Creación y Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010.
- Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

La presencia de la cultura quechua en el mundo
poético *Temblar. El sueño del pongo*
de José María Arguedas
Rebeca Franqui Rosario

Departamento de Español
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

RESUMEN: En su obra poética *Temblar. El sueño del pongo* José María Arguedas claramente reivindica e ensalza la imagen del indio. Los poemas de esta obra antológica reflejan la condición mestiza de Arguedas y presentan lo que probablemente ningún poeta no mestizo ni quechua hablante podría hacer, brindar una visión no del “otro” sino del yo. PALABRAS CLAVES: José María Arguedas, poesía quechua, poesía hispanoamericana contemporánea.

Dentro de la literatura hispanoamericana, la figura de José María Arguedas resalta por ser uno de los primeros escritores hispanoamericanos que expanden el corpus documental de la literatura precolombina¹ como parte de un movimiento literario que tiene la misión de demostrar en sus escritos cuán valiosa era la cultura indígena. Al respecto ha subrayado Luis Rebaza Soraluz que “Luego de los conocidos trabajos de Manuel Suárez Mirava, Adolfo Vienrich, Jorge Lira y Jesús Lara, publicados durante los cuarentas y cincuentas, el análisis y la difusión de la poesía quechua son llevados a cabo por ‘escritores’, críticos, traductores, editores e impresores cercanos tanto a José María Arguedas (1911-1969) como a Emilio Adolfo Westphalen (1911)” (20).

¹ Véase Luis Rebaza Soraluz, “Arguedas y Salazar Bondy. La poesía quechua, el espíritu andino y la reconstrucción de un personaje artista”, p.19.

La crítica ha destacado de la obra de Arguedas la gran profundidad con la que “reivindica” la imagen del indio.² Lo significativo de este escritor es, en palabras de Mario Vargas Llosa, que “A diferencia de sus predecesores, Arguedas no habla de los indios de oídas, no tiene de ellos una información precaria: los conoce desde adentro y es lógico, pues, culturalmente hablando ha sido un indio” (36). Será precisamente ese conocimiento interior lo que logrará que, tanto en su obra narrativa como poética, la figura del indio se presente sin una conmiseración o benevolencia que, según Vargas Llosa, exprese “una distancia entre quien escribe y aquello sobre lo que escribe” (39).

El mundo poético de *Temblar. El sueño del pongo*, es un claro ejemplo de la intención de Arguedas de enlazar la cultura quechua con la hispana. Estos poemas reflejan su condición de mestizo —el texto está escrito tanto en español como en quechua³— y presenta lo que probablemente ningún poeta no mestizo ni quechua hablante podría hacer, brindar una visión no del “otro” sino del yo. El prólogo a la primera edición de *Temblar. El sueño del pongo* a cargo de Alberto Escobar nos adelanta el punto de partida de la poesía de Arguedas: “la contemplación de la realidad múltiple”; “el asombro o la adhesión”; “el amor o el odio acerados” y “el compromiso siempre”. Señala Escobar que “estos poemas pueden ser tenidos por himnos que en su oración destacan la fuerza del testimonio y el grito contra el tiempo: la voz que rueda de sus páginas se instala en una curva que avanza desde el período legendario y se aventura en el porvenir, con manifiesta voluntad de historia” (10).

² Según Salvador Bueno, Arguedas rompe con la visión del indio como gente degenerada, holgazana y corrompida, apenas con apariencia humana para presentarlo con todas sus cualidades, valientes y esforzados, dotados de una enhiesta dignidad, grávidos de una extraña y poderosa cosmovisión que los extraños, los mistis, apenas logran valorar (145). Sostiene que en su poesía no son quechuas solamente las palabras, sino el mismo latido vital que los alienta (145). Por otro lado, Elena Aibar Ray, por ejemplo, observa cómo Arguedas quería probar que la cultura india era muy valiosa visión de otros grupos y escribía como una forma de protesta para corregir la información equivocada sobre el indio por autores anteriores a él, y para tratar de mejorar la condición del nativo (171). Añade que “el escribir en quechua es una forma de protesta o de afirmación de una identidad nueva, la mestiza o transculturada” (171).

³ Debido al desconocimiento de la lengua quechua sólo analizaré la versión española de los poemas.

Aunque no es hasta la década de 1960 que Arguedas escribe en quechua, ya desde muy temprano existía en él dicha intención. Al respecto John V. Murra explica que el Lima de los treinta estaba “lleno de gente que lo convencen, como trata de convencernos a nosotros hoy, de que los idiomas andinos no tienen futuro literario” (291). La obra poética de Arguedas escrita en quechua se puede observar, según Murra, como “una medida compensatoria por lo perdido en los años treinta”. Inicia el poemario con el poema “A nuestro padre creador Tupac Amaro”, una especie de himno-canción profundo y cargado de significado. Desde la dedicatoria, el lector se topará con frases que apelan a los sentidos:⁴

A Doña Cayetana, mi madre india, que me protegió
con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era un niño
huérfano alojado en una casa hostil y ajena. A los
comuneros de los cuatro ayllus de Puquio en quienes
sentí por vez primera la fuerza y la esperanza. (15)

La voz poética se remonta a su niñez, de la cual resalta la figura de la madre india y la del pueblo indio. Por medio de esta dedicatoria, Arguedas demuestra su pertenencia a la cultura quechua: cuenta con una madre india y con el pueblo como familia.⁵ Cabe señalar que para la cultura quechua el *ayllus*, la comunidad, era lo que les brindaba identidad a sus miembros. Apunta Julio E. Noriega en “La poesía quechua escrita: una forma de resistencia cultural indígena” que “El sujeto quechua no es el yo más su pueblo, es el pueblo mismo, la comunidad entera” (83).

Una vez nos adentramos en el poema notamos el valor y la energía de la voz lírica: un “yo” fortalecido por la sangre de un otro, de un “tú”, en este caso de Tupac Amaro:

Tus ojos de serpiente dios que brillaban como
el cristalino de todas las águilas, pudieron ver el

⁴ Salvador Bueno explica que la obra de Arguedas deviene acto de reconocimiento a esos hombres y mujeres que lo acogieron en su niñez (145).

⁵ Comenta Arguedas y lo cita Murra en *Semblanza de Arguedas*: ... en Puquio, viendo trabajar en faena a los comuneros de los cuatro ayllus, asistiendo a sus cabildos, sentí la incontenible, la infinita fuerza de las comunidades... (295).

porvenir, pudieron ver lejos. Aquí estoy, fortalecido
por tu sangre, no muerto, gritando todavía.

Estoy gritando, soy tu pueblo; tú hiciste de nuevo
mi alma; mis lágrimas las hiciste de nuevo; mi herida
ordenaste que no se cerrara, que doliera cada vez
más. (15)

Ese “tú” le brinda ímpetu para seguir luchando, para seguir
odiando, para seguir amando; no permitirá que la voz poética
olvide. De ahí que no sanen sus heridas y duelan cada vez más. La
voz poética deja ver que esas heridas permanecerán abiertas hasta
que su pueblo vuelva a recuperar lo que es suyo.

El sincretismo religioso también se hace presente a lo largo del
poema. Nos topamos con un dios indígena-cristiano / cristiano-
indígena. La voz poética le reza al hijo del Dios Serpiente, a Tupac
Amaro, sin embargo también lo nombra Padre nuestro: “Padre
nuestro, escucha atentamente la voz de nuestros ríos, escucha a los
temibles árboles de la gran selva...” (16). Más aún, en un momento
le llama “padre, hermano nuestro, mi Dios serpiente” (17). La
semejanza con la ideología cristiana es palpable: Tupac Amaro es
tanto el padre como el hijo y como el espíritu santo. Esta trilogía
será la que alzaré al pueblo y hará que la gente luche “hasta que
nuestra tierra sea de veras nuestra tierra y nuestros pueblos nuestros
pueblos” (17):

Escucha, padre mío, mi Dios Serpiente, escucha:
las balas están matando,
las ametralladoras están reventando las venas,
los sables de hierro están cortando carne
humana... (17)

Recordemos que para la cultura quechua en Tupac Amaro,
como bien sostiene Aibar Ray, “se unieron dioses y hombres, y
para la mentalidad indígena el nuevo Dios-héroe tiene cualidades
especiales mágicas” (172).

Este poema revela dos realidades: la del indio que cargado de
odio invoca a su dios para que no permita que su corazón deje

de odiar a aquellos hombres que lo han aplastado, humillado, despreciado, que le han quitado sus tierras, y la del indio puro y noble. De un tono indignado y adolorido se pasa a uno conmovido e íntimo: quien hasta ahora había sido el Padre, el hermano y el Dios Serpiente, se convierte en el Padrecito mío. Este momento enternece precisamente por el cambio de tono. Se concentra tanto dolor en él que ha dejado de ser el guerrero para convertirse en un pequeño que le reza a su Padrecito y le recuerda el sufrimiento por el que atraviesa su gente: “ahora el corazón de los señores es más espantoso, más sucio, inspira más odio”, “han corrompido a nuestros propios hermanos” y los pocos que quedan de corazón limpio han bajado “a las ciudades de los señores” (18):

Nos arrebataron nuestras tierras. Nuestras ovejitas se alimentan con las hojas secas que el viento arrastra, que ni el viento quiere; nuestra única vaca lame agonizando la poca sal de la tierra. Serpiente Dios, padre nuestro: en tu tiempo éramos aún dueños, comuneros. Ahora, como perro que huye de la muerte, corremos hacia los valles calientes. Nos hemos extendido en miles de pueblos ajenos, aves despavoridas. (18)

La utilización del diminutivo (ovejitas en lugar de ovejas), la descripción de la última vaca que lame la poca sal de la tierra y la de ellos huyendo como un perro, resaltan la tristeza del pueblo, a la vez que presentan una estampa visual de su agonía y sufrimiento.

El ir y venir entre un tono fogoso e íntimo es constante en el poema. De pronto se percibe otro cambio en la voz poética; nuevamente regresan los hombres fortalecidos por “el azote, la cárcel, el sufrimiento inacabable, la muerte”. Hombres que no temen a la muerte porque sus vidas son más frías, “duelen más que la muerte” y que están dispuestos a luchar con lo único que les queda, con su corazón y su determinación:

Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado
y lo estamos removiendo. Con nuestro corazón lo
alcanzamos, lo penetramos; con nuestro regocijo no

extinguido, con la relampagueante alegría el hombre sufriente que tiene el poder de todos los cielos, con nuestros himnos antiguos y nuevos, lo estamos envolviendo. Hemos de lavar algo las culpas por siglos sedimentadas en esta cabeza corrompida de los falsos wiraqochas, con lágrimas, amor o fuego. ¡Con lo que sea! (19)

La unión de cada uno de ellos transformará la ciudad de los falsos wiraqochas “en pueblo de hombres que entonen los himnos de las cuatro regiones de nuestro mundo...” Respecto a este poema Aibar Ray opina que “es una llamada a las nuevas comunidades nativas a que despierten y se rebelen contra la opresión de sus dominadores”. Observa que “Arguedas cumple una función de ser la conciencia social del grupo, al que incita la acción. Reafirma al mismo tiempo su fe en la victoria final de las comunidades indígenas” (172). Si bien Arguedas busca una rebelión contra sus opresores, el final que pronostica, añade Aibar Ray, es una sociedad no dividida sino “unida y feliz, sin odios ni rencores”: “Arguedas está sugiriendo la posibilidad de una nueva sociedad, donde los hombres puedan unirse con un propósito, donde todos puedan contribuir con su trabajo a mejorar la colectividad” (173).

Por otro lado, Mercedes López-Baralt en “Wakcha, pachakuti y tinku: tres llaves andinas para acceder a la escritura de Arguedas” sostiene que en este poema la esperanza mesiánica parte de la fusión de las nociones andinas conocidas como wakcha y pachakuti. Señala que al celebrar la memoria de Tupac Amaro, el último líder de la resistencia incaica, Arguedas “propone la restauración del orden primordial del Tawantinsuyo a manos de multitudes de desposeídos andinos que se yerguen desafiantes para ‘voltar el mundo’ cumpliendo el augurio del viento” (320).

Son varios los momentos en los que se encuentra la huella de la “Elegía por la muerte de Atahualpa” (“Apu Inka Atawallpaman”).⁶ No es de extrañar percibir alguna influencia de esta elegía en “A nuestro padre creador” ya que Arguedas tradujo una de las versiones

⁶ Véase el estudio de Mercedes López-Baralt, *El retorno del Inca Rey: mito y profecía en el mundo andino*.

de esta elegía (la versión de 1955). Veamos algunas semejanzas entre los poemas:

Dicen que su amada cabeza ya la ha cortado
el enemigo atroz;
y que un río de sangre ya fluye
bifurcándose por todas partes ...⁷
("Elegía" 109)

... desde cuando tu hirviente sangre se derramó
sobre la hirviente tierra.
("A nuestro padre" 15)

Tanto la sangre de Atahualpa como la de Tupac Amaro corren hacia todas direcciones y de ella se alimentarán:

¿Qué hombre no lloraría
por aquel que lo quiso?
¿Qué hijo no estaría gimiente
por su padre,
doliente, corazón herido
y sin amor?

¿Qué paloma no estaría delirante
por su compañera?
¿Qué venado salvaje no llorará sangre
por su amada,
completamente despojado de su alegría?
("Elegía" 110)

En los pueblos con su corazón pequeñito, están
llorando los niños.
En las punas, sin ropa, sin sombrero, sin abrigo,
casi ciegos,
los hombres están llorando, más triste,

⁷ Utilizo la traducción de López-Baralt / Solá incluida en *El retorno del Inca Rey: mito y profecía en el mundo andino*.

más tristemente que los niños.
Bajo la sombra de algún árbol, todavía llora el
hombre, Serpiente Dios
perseguido, como filas de piojos.
Más herido que en tu tiempo;
¡Escucha la vibración de mi cuerpo!
Escucha el frío de mi sangre, su temblar helado.
Escucha sobre el árbol de las lambras el canto de la
paloma abandonada, nunca amada...
(“A nuestro padre”, 16)

De igual forma que en la “Elegía” se llora la muerte de Atahualpa, en “A nuestro padre” el pueblo llora tanto la muerte de su querido dios como la desgracia en que vive. Parecería encontrarnos con un poema que concluye otro. Es decir, en la “Elegía” las preguntas retóricas sirven para plasmar el dolor, mientras que en “A nuestro padre creador Tupac Amaro” las oraciones, cargadas de sufrimiento, describen cómo luego de la muerte de Tupac Amaro, de las lágrimas derramadas por él, lloran por ellos mismos porque los están matando de poco a poco, pero a la vez le recuerdan que aún están vivos, que todavía son y que solamente él puede ayudarlos a levantarse nuevamente. Es indicativo el hecho de que Arguedas utiliza la misma imagen que aparece en la elegía, la paloma. En el himno-canción está sola precisamente porque le arrebataron a su compañera. Ya no se encuentra delirante sino triste y melancólica cantando sobre el árbol de lambras.

Por último, ambos poemas concluyen con la esperanza mesiánica:

Tus dulces ojos que lanzan dardos de luz,
ven y ábrelos,
tus manos dadivosas,
ven y extiéndelas;
y con esa dicha reconfortados
despídenos...
(“Elegía” 112)

Baja a la tierra, Serpiente Dios, infúndeme tu aliento,
pon tus manos sobre la tela imperceptible que cubre
el corazón. Dame tu fuerza, padre amado.

(“A nuestro padre” 21)

Notemos como a diferencia de la “Elegía”, la voz poética del himno-canción es más potente, está convencida de que su Serpiente Dios bajará a la tierra y les infundirá su aliento. ¿Por qué este final tan esperanzador en Arguedas si él es testigo del atropello contra el pueblo quechua? Parecería que nuestro poeta busca brindarle a su pueblo el valor que sólo Tupac Amaro puede ofrecerle.

En el poema “Qué Guayasamín”, por su parte, Arguedas le rinde un homenaje a Oswaldo Guayasamín, uno de los pintores ecuatorianos más importante del siglo XX. En este poema se evidencia la admiración y el respeto que el poeta sentía por este pintor:

¿Desde qué mundo, Guayasamín, tu fuerza se levanta?
Paloma que castiga,
sangre que grita... (25)

La voz poética le otorga características sobrenaturales: sus ojos “descubren los mundos que no se ven” y sus manos, unas “que el cielo incendian”, parecen existir desde siempre (25). Si “A nuestro padre creador Tupac Amaro” presenta la esperanza de vengar al pueblo indígena, aquí la misión está cumplida. Guayasamín escuchó aquel “tiempo del dolor”, aquellos “días que hieren”, aquella “noche que hace llorar”, aquel “hombre que come hombres” y plasmó para la eternidad el sufrimiento del pueblo indio:

... para la eternidad lo fijaste
de modo que nadie será capaz de removerlo,
lo lanzaste no sabemos hasta qué límites. (25)

Guayasamín será para la voz poética “el clamor de los últimos hijos del sol, el tiritar de las sagradas águilas que revolotean Quito, sus llantos, que acrecentaron las nieves eternas, y ensombrecieron aún más el cielo...” (25-26). En su obra se sintetiza el sufrimiento

humano porque representa la agonía de todos los que “reclaman y procuran” (26). Su voz retumbará “poderosa” e “inconteniblemente” porque cada vez que alguien observe alguna de sus pinturas estará escuchando los gritos de rabia y dolor de los pueblos oprimidos.

Arguedas escribe el poema “Oda al jet” a su regreso de los Estados Unidos. Indica Murra que Arguedas “tenía enormes ganas de conocer este país en particular; tenía ilusiones acerca del pueblo norteamericano y de su democracia...” (267). Desde lo alto la voz poética tiene una visión abarcadora del país: de “poderosos ríos” convertidos en “el más delgado hilo que teje la araña” (29). A lo largo del poema se observa una unión entre lo terrenal y lo sagrado. Gracias al hombre se encuentra en el mundo de los dioses:

Hombre, Señor, tú hiciste a Dios para alcanzar
¿o para qué otra cosa?
Para alcanzarlo lo creaste y lo persigues ya de cerca (30)

Dios se percibe como una creación humana, alcanzable; por tal razón se le persigue de cerca. No importa cuál dios sea, si el Dios Padre, el Dios Hijo, el Dios Espíritu Santo, los Dioses Montañas, o el Dios Inkarrí, lo importante es que la voz poética se confunde con ellos: “Vosotros sois yo, yo soy nosotros, en el inagotable furor de este ‘jet’” (31).

Dentro de ese pez de viento no existe un yo ni un tú, no existe la individualidad, sino la unificación totalizadora. “Bajo el suave, el infinito seno del ‘jet’” nuestra voz poética se siente “más tierra, más hombre, más paloma, más gloria... (30)”; sus “ojos se han convertido en los ojos del águila pequeña a quien le es mostrado por primera vez el mundo”; “el hombre es Dios” y él “es hombre” (31).

Opina Gladys M. Ilarregui que “el infinito está en el ‘jet’ desde el cual el hablante lírico puede ver y comprender en otras proporciones, donde ‘mi cuerpo vuelve a la dulce infancia’ y el infierno es aquel lugar que ha dejado, el mundo de la carne humana, el de los dolores y las manchas” (85). Según ella, este poema “se rebela contra la presencia de esos mundos simbólicos registrados como antagonísticos en la historiografía del poder colonial”. Añade además que: “En estas rebeliones se establece un ‘yo’ triunfante que ve en el hombre la felicidad última de todos los catecismos ilustrados, y del universo

mágico incaico antes de que antiguos dioses, se convirtieran en polvo, y fueran considerados ‘idolatrías’” (89).

El poema “Llamado a algunos doctores”, aunque escrito inicialmente en quechua, se publicó por primera vez en español en el suplemento dominical de *El Comercio*. Sin embargo, subraya Murra que “el prestigio de José María y su protesta enérgica los obligó el próximo domingo a publicar también el texto original, pero sin la traducción” (“Semblanza” 286). Dedicó Arguedas su poema a Carlos Cueto Fernandini y a John V. Murra por, como menciona López-Baralt, “comprender el mundo andino”: “Dicen que ya no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza, por otra mejor” (39).

La utilización del indicador de oralidad “dicen” presenta dos realidades: la de los que dicen y la de la voz poética que representa a todos aquellos que son tildados de sentimentalistas con corazones que no convienen a los tiempos. Arguedas, explica Antonio Cornejo Polar, se dirigirá “a los hombres del ‘otro mundo’ para que entiendan los valores antiguos y permanentes de la cultura quechua; para que los respeten y hagan propios” (176).

A diferencia de la voz poética, esos llamados sabios doctores no conocen “las paredes de los abismos en que el río suena” ni las “flores de papas” que “crecen en los balcones de los abismos”. Según Cornejo Polar en este poema, al igual que en “A nuestro padre creador Tupac Amaro”, “Arguedas apuesta a favor de un triunfo social y cultural del pueblo quechua” (175).

El poeta tendrá la misión de abrirles los ojos y el corazón a los hombres del “otro mundo”:

Yo, aleteando amor, sacare de tus sesos las piedras
idiotas que te han hundido.
El sonido de los precipicios que nadie alcanza, la luz
de la nieve rojiza que, espantando, brilla en las
cubres; el jugo feliz de millares de yerbas, de
millares de raíces que piensan y saben, derramaré
en tu sangre, en la niña de tus ojos.
El latido de miradas de gusanos que guardan tierra y
luz; el vocerío de los insectos voladores, te los
enseñaré, hermano, haré que los entiendas.

Las lágrimas de las aves que cantan, su pecho que
acaricia igual que la aurora, haré que las sientas
y oigas. (40-41)

Tiernamente invita al lector a acercarse a él y a probar el “licor de mil savias diferentes, la vida de mil plantas” que ha cultivado (41). Obsérvese cómo hay un intercambio de papeles en el poema. La voz lírica será quien cure la fatiga del doctor, quien lo recree “con la luz de las cien flores de quinua”, lo refresque “con el agua limpia que canta”. No se dará por vencida, pero sobre todo no dejará que ningún desconocido le “corte la cabeza con una máquina pequeña”. Seguirá batallando hasta lograr que todos los del “otro mundo” validen la humanidad del pueblo quechua.

La incertidumbre recae sobre el final de este poema: no sabe qué sucederá, si la muerte caminará hacia ellos, si vendrán esos hombres que no conocen. Sólo sabe que los esperarán en guardia como “hijos del padre de todos los ríos, del padre de todas las montañas” listos para combatir.

Explica José María Arguedas que escribió “Temblar” “luego de haber visto bailar a mis hermanos, hijos del pueblo de Ishua, residentes en Lima” (49-50). Este poema, “uno de sus poemas más complejos y, aparentemente más, oscuros” representa, indica Sybila Arredondo en las notas a la edición de *Temblar*, “el enfrentamiento entre ‘una hambrienta serpiente’ (USA, el capitalismo) y los cóndores (nosotros, los nativos de América)” (50). Para Arredondo, de dicho enfrentamiento surgirá la liberación.

En el poema aunque la sombra de su pueblo tiembla en un principio “ha tocado la triste sombra del corazón de las mujeres”, se destaca un tono esperanzador más adelante: “¡La sombra de los cóndores se acerca!” (35). Esta sombra que se acerca no es sangre ni montañas sino “el resplandor del Sol que llega en las plumas de los cóndores”. No se trata de una lucha entre los dioses indígenas y el dios cristiano; no viene ni “en nombre de las montañas sagradas” ni “a nombre de la sangre de Jesús” (35). Es una lucha entre el pueblo nativo de América y los extranjeros capitalistas.⁸

⁸ Observa Salvador Bueno que el enfrentamiento de los cóndores latinoamericanos, contra la hambrienta serpiente que representa al imperialismo, sintetiza en forma simbólica la confrontación cabal de los explotados contra el máximo régimen sojuzgador (146).

Dicen que en los cerros lejanos
que en los bosques sin fin,
una hambrienta serpiente,
serpiente diosa hija del Sol, dorada,
está buscando hombres. (35)

La serpiente, hambrienta de hombres, no descansará hasta encontrarlos. No obstante, tendrá que luchar fuertemente porque estos hombres no están solos; cuentan con “el corazón del Sol” y su resplandor. Todos unidos forman una sola sombra que tiembla “con la luz que llega” para vencer a la “serpiente dios” y beber su sangre. Una vez concluido este rito, la sangre ardiente llegará “alojo de los cóndores”, cargará los cielos y los hará “danzar”, “desatarse”, “parir”, “crear”, y surgirá una nueva vida libre de serpientes hambrientas.

“A Cuba”, el último poema recopilado en *Temblar. El sueño del pongo*, Arguedas lo escribe durante un viaje que realizó a La Habana en enero de 1968. Este poema al igual que los otros presenta la victoria de los oprimidos.⁹ Se encuentra al fin con el “pueblo que ama al hombre, pueblo que ilumina al hombre, pueblo que libera al hombre”. No habitan en el poema “serpientes hambrientas” ni hombres que juzgan despóticamente. No hay temor, no hay rabia, no hay dolor. El pueblo cubano se ha encargado de aniquilar “a nuestros asesinos” y ha levantado “al Hombre para conquistar el Universo y poseerlo con su corazón resplandeciente” (46). Cuba representa la victoria, la liberación, la unión, el renacer a un mundo sin opresores:

Eres tú, ahora, pueblo de Cuba, simiente del mundo,
del cielo y de la tierra,
simiente inmortal,
fruto del hombre eterno.
Eres pequeña,
pero no existe quien te pueda doblegar. (46)

⁹ Apunta Cornejo Polar que en este poema al igual que en Vietnam (poema que por no estar incluido en *Temblar* no vamos a analizar) los oprimidos son finalmente vencedores y los hombres hacedores de máquinas de guerra nada pueden contra la ‘rabia’ hirviente de los humildes, resultan aleccionadores (176).

Con su obra poética José María Arguedas les brinda a las letras una visión pura del pueblo quechua y revela, como comenta Vargas Llosa “la verdadera realidad humana del indio, totalmente diferente de lo presentada por la literatura imperante” (37). Demuestra también que el quechua como él mismo comenta “es un idioma en el que se puede escribir tan bella y conmovedoramente como en cualquiera de las otras lenguas perfeccionadas por siglos de tradición literaria” (Arguedas 49). Sus poemas revelan un andino valeroso que no le teme a la muerte y, por medio de ellos, Arguedas logra que el lector se identifique con la cultura andina y sienta el olor de las raíces, de la lluvia, de las flores, en fin, de la tierra pura hispanoamericana, una tierra mestiza.

Bibliografía:

- Aibar Ray, Elena. “La poesía quechua de protesta social de José María Arguedas y César Guardia Mayorga.” *Past, Present and Future. Selected Papers*. California: Labyrinthos, 1991.
- Arguedas, José María. *Temblar. El sueño del pongo*. Cuba: Casa de las Américas, 1976.
- Bueno, Salvador. “José María Arguedas en una edición bilingüe.” *Cuadernos Hispanoamericanos*. 333 (Marzo 1978): 145-46.
- Cornejo Polar, Antonio. *Los universos narrativos de José María Arguedas*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1974.
- López-Baralt, Mercedes. *El retorno del Inca rey: mito y profecía en el mundo*. Madrid: Playor, 1987.
- . “Wakcha, pachakuti y tinku: tres llaves andinas para acceder a la escritura de Arguedas.” *Las cartas de Arguedas*. Ed. John V. Murra y Mercedes López-Baralt. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.
- Murra, John V. “José María Arguedas: dos imágenes.” *Las cartas de Arguedas*. Ed. John V. Murra y Mercedes López-Baralt. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.
- . “Semblanza de Arguedas.” *Las cartas de Arguedas*. Ed. John V. Murra y Mercedes López-Baralt: Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.
- Noriega, Julio E. “La poesía quechua escrita: una forma de resistencia cultural Indígena.” *Cuadernos Hispanoamericanos*. 523 (Enero 1994): 79-88.
- Rebaza Soralluz, Luis. “Arguedas y Salazar Bondy. La poesía quechua, el ‘espíritu’ andino y la construcción de un personaje artista.” *Cuadernos Hispanoamericanos*. 551 (Mayo 1996): 19-39.
- Vargas Llosa, Mario. “Tres notas sobre Arguedas.” *Nueva novela latinoamericana I*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

“Tener entre las manos la cabeza de Dios”:
Deicidio, misticismo y ansiedad de la autoría
en un soneto de Delmira Agustini
Dinorah Cortés-Vélez

Marquette University, Wisconsin

RESUMEN: Se analiza el soneto “Lo inefable” de Delmira Agustini. Se propone que, en este poema, Agustini realiza a un tiempo la apropiación y subversión de los códigos de un discurso místico-religioso, lo cual le permite lidiar con lo que las feministas Sandra Gilbert y Susan Gubar denominan como “ansiedad de la autoría”. A tono con la propuesta de la teóloga feminista Mary Daly, en *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women’s Liberation*, Agustini pone de manifiesto la necesidad de enfrentarse a la estereotípica imagen masculinizada de Dios como creador supremo, toda vez que busca asumir su identidad como mujer con vocación poética. La ambigua imagen final del soneto reúne erotismo, blasfemia y anhelo de trascendencia. Con esta transgresiva propuesta la hablante parece sobreponerse al miedo socialmente infundido de que el acto poético la destruya, a la vez se agencia una identidad propia como creadora y potencial precursora poética. PALABRAS CLAVES: Delmira Agustini, deicidio, misticismo, ansiedad de la autoría

¿Y esa extraña obsesión que tiene usted de tener entre las manos
unas veces la cabeza muerta del amado, otras la de Dios?

Miguel de Unamuno (en una misiva a Delmira Agustini)

Perteneciente a la colección de *Cantos de la mañana* (1910), “Lo inefable” es, sin duda, uno de los más célebres poemas de Delmira Agustini (1886-1914). En este soneto, ya desde el título se anuncia una insuficiencia que hace eco del colapso lingüístico que experimenta el místico al tratar de explicitar lo que no puede explicarse con palabras, la experiencia de la unión del alma con la divinidad. Agustini emula a los grandes místicos que recurrieron al lenguaje poético para tratar, en la medida de lo posible, de suplir dicha insuficiencia (dentro de la tradición hispánica pensamos de inmediato en San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús). Tenemos que preguntarnos, sin embargo, si puede hablarse de misticismo en el caso del soneto de la poeta uruguaya.

Me propongo demostrar que en “Lo inefable” sí puede hablarse de la presencia de un misticismo, que, a falta de mejor término, voy a denominar como “profano”, siguiendo a Robert Charles Zaehner en el clásico, *Mysticism Sacred and Profane*. Quiero aclarar, sin embargo, que mi uso de dicho término no guarda connotación peyorativa alguna, sino que se usa para nombrar un misticismo que no se adscribe a una concepción tradicionalmente religiosa. El misticismo de Agustini en “Lo inefable” se traduce en la búsqueda de una nueva conciencia de lo femenino, a partir de un entendimiento de lo divino que trasciende nociones patriarcales. A diferencia de lo dicho por parte de la crítica que se ha ocupado del misticismo en la poesía de Agustini, mi exégesis del soneto no ve lo místico como abstracción o sublimación de lo erótico. Como ejemplo de este tipo de lectura tenemos el famoso caso de Alberto Zum Felde, a quien, como apunta Uruguay Cortazzo, su intento por dessexualizar la poesía de Agustini “lo lleva al borde del misticismo”, puesto que recurre a una “idealización extrema del erotismo [que] lo empuja lógicamente por esa vía” (“Una hermenéutica machista” 59). La lectura aquí propuesta tampoco se limita a ver el misticismo en “Lo inefable”, bajo la influencia del simbolismo francés en el modernismo hispanoamericano, como mero gesto decadentista revelador del *mal de fin de siècle*. Kate Peters ejemplifica este tipo de lectura cuando enmarca el “misticismo” de Agustini como “the *modernista* rejection of the philosophies of positivism, as well as those of conventional Christianity”, conducente a un “decadent ‘yearning’ characteristically manifested in extremes of lyrical expression and form, and in extremes of spiritual, and frequently sexual, experimentation and practice” (159).

Hay, a mi ver, en “Lo inefable”, un cuestionamiento de la viabilidad del lenguaje en tanto que “materia prima” a ser usada por la mujer con vocación poética; un cuestionamiento que se inserta dentro de otro más abarcador acerca del tradicional confinamiento de Dios al simbolismo opresivo de un sólo sexo (Daly 19). La doctrina modernista del “arte por el arte” ofrece cierto paralelo con dicho cuestionamiento sobre la viabilidad del lenguaje para designar sus referentes. Sin embargo, el objetivo modernista de purificar el lenguaje y elevarlo a un nivel metafísico (idea de la “religión del Arte”), presupone, no cuestiona, el vínculo entre el lenguaje y sus

referentes. En su fase preciosista, sobre todo, el modernismo procura “perfeccionar” el significante, elevándolo sobre y distanciarlo del carácter “fáctico” de los significados que le son tradicionalmente asociados. Paradójicamente, dicha movida afirma, así sea por negación, el vínculo entre significante y significado. Más que un ejercicio modernista de esta índole, “Lo inefable” supone un cuestionamiento de la arbitrariedad del significado masculinista tradicionalmente asociado con el significante “Dios”.

El soneto de Agustini expone la lógica falogocéntrica¹ a partir de la cual se organiza el lenguaje a disposición de la mujer poeta. ¿Cómo podrá ésta expresarse con un lenguaje codificado a base de una complicidad implícita con nociones de primacía masculina, y que, por ende, la excluye de antemano como sujeto de la enunciación? En su libro *Margins of Philosophy*, Derrida dedica un prefacio, titulado “Tímpano”, a la idea de criticar o ridiculizar públicamente a la filosofía. Un verbo arcaico del francés con este sentido es *tympaniser* (“timpanizar”): Derrida juega con la idea de “timpanizar” la filosofía, es decir, de exponer críticamente lo que él ve como el “descoyuntamiento” del tímpano en el oído de la tradición filosófica de Occidente, en su complicidad con un orden falogocéntrico que se rehúsa a escuchar las voces de la disidencia (xv). En este contexto, presenta la idea de “a strategy of writing that the phallogocentric order manipulates at every turn in its conceptual argumentation and in its ideological, political, and literary connotations” (xxii). Puede decirse que, en “Lo inefable”, Agustini trata precisamente de “timpanizar” o poner en tela de juicio una tradición literaria que la excluye, o relega a los márgenes, por el hecho de ser mujer.

Dicha preocupación se esclarece aún más a partir de la noción de “ansiedad de la autoría”, que Sandra Gilbert y Susan Gubar proponen en respuesta al modelo literario expuesto por Harold Bloom, en *The Anxiety of Influence: A Theory of Poetry*. Bloom esboza una teoría basada en la descripción de la influencia poética o la historia de las relaciones entre los que él llama “strong

¹ Para valerme del neologismo acuñado por el filósofo francés Jacques Derrida en referencia al privilegio de lo masculino, simbolizado por el falo, en el proceso de construcción de significado.

poets”. Este concepto viene a designar a aquellos poetas que, para agenciarse un espacio imaginativo propio, leen “equivocadamente” a sus precursores o maestros, a fin de lidiar con su propia “ansiedad de la influencia”, y así afirmar su identidad individual como poetas. Gilbert y Gubar cuestionan este modelo por considerarlo patriarcal y plantean la siguiente pregunta: “Where, then, does the female poet fit in?” (47). En respuesta, las estudiosas feministas arguyen que la mujer poeta sufre de una ansiedad mucho más básica que la de la influencia, se trata de la “ansiedad de la autoría”, esto es, “a radical fear that she cannot create, that because she can never become a ‘precursor’ the act of writing will isolate or destroy her” (49). En otras palabras, para poder sufrir de la “ansiedad de la influencia” hay que primeramente ser reconocido como “creador” o “autor”, cosa que no sucede automáticamente con las mujeres escritoras en un orden patriarcal.

En “Lo inefable” pueden discernirse marcas de “ansiedad de la autoría”. En la octava del soneto se plantea un estado de tormento que raya en la agonía; tormento que, como se verá, se relaciona a la búsqueda, por parte de la hablante en el poema, de una afirmación de su identidad como poeta. Dice la octava:

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?

Al hacerse mención del mutismo de ese pensamiento inmenso que lo devora todo pero que no acaba de aflorar, se vuelve a hacer hincapié en la idea de la inefabilidad que anuncia el título. Más aún, en los últimos dos versos de la octava, la hablante interpela, de manera casi retórica, a un vosotros—presumiblemente nosotros los lectores—a fin de agenciarse su simpatía y comprensión ante lo apabullante de su situación.

El primer verso de la sextina conjuga el momento de más tensión en todo el poema, cuando exclama la voz lírica en un desgarrador grito: “¡Cumbre de los Martirios!” En los primeros tres versos de la sextina se pasa a describir en qué consiste el suplicio que produce una agonía tal: “...Llevar eternamente/ desgarradora y árida, la trágica simiente/clavada en las entrañas como un diente feroz!...” Pero, ¿qué clase de simiente es ésta? Las siguientes palabras por Gilbert y Gubar ayudan a contestar esta interrogante: “In patriarchal Western culture...the text’s author is a father, a progenitor, a procreator, an aesthetic patriarch whose pen is an instrument of generative power like his penis” (6). Si el pene es visto como instrumento generativo de poder, dentro de la tradición literaria patriarcal, el semen puede verse, a tenor con lo anterior, como la fuente, en clave masculinista, de dicho poder creativo. Al respecto agregan Gilbert y Gubar que el poeta varón: “[R]espond[s] to his muse’s quasi-sexual excitation with [...] a delight poured seminally from pen to page...” (7). Mientras tanto, la mujer es condenada a ser esa musa o fuente de inspiración poética, que produce una excitación casi sexual, o a ser “poesía”. Baste recordar el famoso verso del poeta español Gustavo Adolfo Bécquer donde, tras cuestionarse qué es poesía, concluye el poeta diciéndole a su amada: “Poesía eres tú”, así como la respuesta rebelde de la poeta mexicana Rosario Castellanos, en el título de su poemario, donde replica con fiereza, refiriéndose a la mujer, *Poesía no eres tú*.

A este encarcelamiento, que relega a la mujer a ser vista como “[a] creation ‘penned’ by a man” (Gilbert & Gubar 13), en su doble acepción de penetrada y de definida y etiquetada por las palabras que salen de la pluma masculina, parece aludir Agustini en su famoso poema. En este contexto, el grito de “Cumbre de los Martirios!” que deja salir la poeta ante “la trágica simiente/clavada en las entrañas como un diente feroz,” puede leerse como grito de rebeldía de quien busca desenterrar de su ser el semen, o semilla opresora del patriarcado, a fin de encontrar su propia voz e identidad poéticas.

La relación con dicha “simiente” es, sin embargo, “trágica” como lo reconoce la propia poeta. ¿A qué se debe esto? Propongo que tal caracterización es reflejo del reconocimiento por parte de la mujer poeta en términos de que sin el lenguaje, con todo y la carga

falogocéntrica con que le llega, no puede dedicarse al oficio de la escritura. En lo “trágico” de la “siente” puede verse su sentido de ambivalencia hacia el legado de la lengua. Por un lado, se le presenta como instancia opresiva que busca silenciarla, bajo el signo de una virilidad abstracta que se presenta como parámetro de neutralidad (piénsese en el clásico ejemplo del uso del vocablo “hombre” para designar al género humano). Por otro, es la “materia prima” con la que cuenta para encontrarse a sí misma en su oficio como poeta.

A continuación exclama desiderativamente la voz lírica en referencia a la “trágica siente”: “Pero arrancarla un día en una flor que abriera/ milagrosa, inviolable!”. En esta coyuntura, la poeta mujer demuestra que quiere superar su propia ambivalencia ante el lenguaje y llegar a dominar sus códigos perfectamente a fin de poder ser universalmente reconocida como “una gran poeta”. Y todo esto, gracias a la flor del poema, un poema milagroso, capaz de expresar lo inexpresable. En el ámbito del deseo se elucubra sobre una situación ideal con el poder de sacar a la poeta de su confinamiento dentro del orden patriarcal.

Derrida, quien ha acuñado el concepto de *differánc*e para describir el desfase entre el lenguaje y los referentes que designa, comenta que: “This irreducible difference is due to an interminable *delaying* [*differánc*e] of the theoretical foundation” (*Writing and Difference* 161). La *differánc*e en el doble sentido derridiano de “diferencia” y de “diferir” o “postergar” los significados tradicionales de la lengua, se encuentra en el soneto de Agustini justamente en el uso del tópico de la inefabilidad. Aquí “lo inefable” ya no es lo que no puede decir el alma fuera de sí, a raíz de su encuentro con la divinidad, juntamente con la subsecuente sublimación o abstracción de lo erótico como metáfora predilecta para designar dicha unión extática. Aquí “lo inefable” tampoco es mero gesto decadentista, que recurre a la extrañeza como postura que permite paliar el propio pesimismo (Fowlie 11). “Lo inefable” simboliza el desfase entre un lenguaje codificado a base de códigos de masculinidad y la experiencia femenina de dicho lenguaje, codificada a partir de un erotismo, incluso macabro, que desestabiliza la “ley del falo”. He aquí la *differánc*e de la mujer poeta, quien en los últimos dos versos del poema dice: “Ah, más grande no fuera/ tener entre las manos la cabeza de Dios!”; imagen en que se conjugan emasculación divina

y la sugerencia blasfema de la manipulación sexual de Dios, a la vez que se fantasea con ¡su decapitación!

Dice la hablante que tener entre sus manos la cabeza de Dios, a una vez, fuente de su pensamiento y símbolo fálico de su poder generativo, *no* sería más grande que poder arrancarse de las entrañas la “trágica simiente”. Más que aspirar a una inversión de los patrones de dominación, patriarcal-matriarcal, la sujeto poético parece determinada a desatar su propio potencial creativo, y precisa, para ello, ir más allá de la idea de Dios como “padre”. Dice Cortazzo que, en “Lo inefable”, “para que la nueva mujer nazca se necesita de un triunfo similar al de asesinar a Dios” (Delmira Agustini 201). Esta idea del deicidio en el poema guarda extraordinarias resonancias con la recomendación de la teóloga feminista estadounidense Mary Daly en: *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women’s Liberation*:

The symbol of the Father God, spawned in the human imagination and sustained as plausible by patriarchy, has...rendered service to this type of society by making its mechanisms for the oppression of women appear right and fitting. If God in ‘his’ heaven is a father ruling ‘his’ people, then it is in the ‘nature’ of things and according to divine plan and the order of the universe that society be male-dominated. (13)

En su propuesta de liberación para las mujeres, Daly las invita a asumir el riesgo de tomar parte en una conversación “más auténtica” acerca de Dios, a fin de fomentar la emergencia de una nueva conciencia religiosa libre de sexismo (23).

De regreso al soneto de Agustini, se constata que la violencia simbólica que encara la mujer poeta, al tener que existir y ejercer su quehacer en un medio dominado por un lenguaje falococéntrico, comienza mucho antes que el lenguaje en sí, con la idea misma de Dios. Es por eso que Agustini parece reservar esa idea, la de la cabeza divina entre sus manos, para el final. Así establece una apertura, aunque sea hipotéticamente, hacia otro orden de existencia, en el cual Dios no esté confinado al simbolismo opresivo de un sólo sexo

(Daly 19), el masculino, y en donde sea reconocido, por tanto, el potencial de la mujer como creadora. En el análisis final, ¿es este afán místico? Sugiero que sí, toda vez que en el famoso soneto se busca crear una apertura hacia un nuevo entendimiento de lo divino, como parte de un proceso de toma de conciencia sobre un conflicto existencial entre el yo femenino y las estructuras conformadoras de su mundo tradicional.

Obras citadas:

- Agustini, Delmira. *Poesías completas*. 3era ed. Magdalena García Pinto, ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 2006.
- Cortazzo, Uruguay. “Delmira Agustini: hacia una visión sexo-política”. *Delmira Agustini y el Modernismo*. Tina Escaja, ed. Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2000. 195-204.
- . “Una hermenéutica machista. Delmira Agustini en la crítica de Alberto Zum Felde”. *Delmira Agustini: Nuevas penetraciones críticas*. Montevideo: Vintén Editor, 1996. 49-74.
- Daly, Mary. *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women's Liberation*. Boston: Beacon Press, 1973.
- Derrida, Jacques. *Margins of Philosophy*. Alan Bass, trad. Chicago: The University of Chicago Press, 1982.
- . *Writing and Difference*. Alan Bass, trad. Chicago: The University of Chicago Press, 1978.
- Fowle, Wallace. *Poem and Symbol: A Brief History of French Symbolism*. Penn State Press, 1990.
- Gilbert, Sandra M. and Susan Gubar. *The Madwoman in the Attic*. New Haven: Yale, 1984.
- Peters, Kate. “Fin de siglo Mysticism: Body, Mind, and Transcendence in the Poetry of Amado Nervo and Delmira Agustini.” *Indiana Journal of Hispanic Literatures* 8 (159-76) 159-76.
- Zaehner, Robert Charles. *Mysticism Sacred and Profane: An Inquiry into Some Varieties of Praeternatural Experience*. England: Oxford University Press, 1961.

Atribulaciones
 La palabra (extra)cotidiana en *Sencilla mente*
 de Carlos Vázquez Cruz
 Rey Emmanuel Andújar

RESUMEN: Este texto que gira en torno a la obra de Carlos Vázquez Cruz *Sencilla mente* (1971) juega con los límites entre la reseña crítica y el ensayo analítico. PALABRAS CLAVES: conectividad textual, la palabra cotidiana, poesía y poeta

Y no creo en las palabras aun cuando las junte el hombre más diestro: creo en el lenguaje, que es algo que está más allá de las palabras.

Henry Miller

El delirio de una sencillez aparente

Sencilla mente,¹ de Carlos Vázquez Cruz (Puerto Rico 1971)² puede estudiarse desde la relación entre la conectividad textual y la lógica anatómica. Uno de los aspectos más extraordinarios de lo humano es cómo las partes del cuerpo funcionan de manera independiente y en correspondencia. La intrigante belleza de este texto reside en el postulado que define el lenguaje poético, en donde las palabras funcionan por sí mismas, llevadas hasta el borde de las significaciones, y en conjunto destellan al relacionarse entre sí para

¹ Vázquez Cruz, Carlos. *Sencilla mente*. San Juan: Sótano Editores, 2010. Todas las citas en este análisis son tomadas de la presente edición.

² Vázquez Cruz es miembro fundador del colectivo literario *El Sótano 00931*. Desde el 2003 publica narrativa, poesía y ensayo. Ha sido reconocido en dos ocasiones por el PEN Club de Puerto Rico. En el año 2008 se le concedió la Beca del Banco Santander para la Escritura Creativa en Español en New York University. Más sobre el autor en www.eniocuadrado.com.

formar el todo lírico. Entonces cabe cuestionarse, ¿cuál es el objetivo del vocablo poético más allá del espacio lúdico que plantean estas significaciones y la reverberación de los sentidos?

Por definición el lenguaje (extra)cotidiano agota toda multiplicidad de significado. La palabra común procura cierta inmediatez; atiende a un objeto preciso. Tzvetan Todorov al referirse a los Formalistas rusos, explica que el lenguaje *práctico* funciona como una especie de transmisor y por ende necesita elementos externos a su sistema para cobrar sentido; es *heterotélico*.³ La poesía en cambio no es medio, sino fin.

La intención de Vázquez Cruz queda planteada desde el juego de palabras que da título al poemario. A primera impresión la sencillez remite a la ausencia de nudos o complicaciones. No es obvia la coartada que revela este planteamiento. “Mente” podrá ser un concepto de uso cotidiano pero no es para nada “sencillo.” Así como el alma es al corazón, la mente es al cerebro. Expuesta esta comparación se concluye que la mente es el caos entre lo biológico y lo metafísico.⁴

Complicarlos

Esta complicación *titular* define la intención del texto, le otorga forma y propone las maneras de lectura. Los títulos de los distintos apartados al igual que la denominación de los poemas y los poemas en sí, son *juegos* de palabras. “Juego” puede ser asociado al llano esparcimiento; algo que se hace en tiempo franco sin otro fin que el de distraer. Es pertinente aclarar que el juego es tan serio como su figura opositiva: el trabajo. La complejidad estructural en la poesía de Vázquez Cruz obedece a un delicado y minucioso

³ Todorov describe la poesía como un todo autónomo formado por partículas que valen por sí mismas. El sentido lírico es entonces *autotélico*, se distingue de lo cotidiano por “el carácter sensible de su construcción.” Véase “El lenguaje poético”. Todorov, Tzvetan. *Crítica de la crítica*. Traducción de José Sánchez Lecuna. Barcelona: Editorial Paidós, 1991, pp. 19-38.

⁴ La relación entre corazón, alma y cerebro es un campo interesante. El escritor dominicano residente en Chicago, Jochy Herrera, trata el tema de una manera bastante original en el apartado “Soñar el alma, pensar la muerte...” Véase *Extrasístoles*. Chicago: Ediciones Vocesultas, 2009, pp. 200-235.

sistema casi algebraico que se propone agotar toda la posibilidad de interpretación; extenuando el lenguaje sin ser necesariamente concluyente. El poema es una invitación al *otro*, lo que plantea un sentido de amplitud ya que el texto puede terminar en el papel y (re)comenzar de maneras infinitas en quien leyere.

Tanto como juego, este libro es un laberinto, lo cual no es fortuito. Ya desde su primera publicación [una combinación de narrativa, prosa lírica y ensayos] Vázquez Cruz plantea su interés en problematizar desde la palabra.⁵ Es este el rígido perfil en donde la forma [la multiplicidad del lenguaje] predetermina el fondo del ejercicio literario y permite que el resultado, cinco libros publicados, pueda ser considerado como proyecto.

El primer apartado de *Sencilla mente*, “En rosca dura”, refiere a la unión; lo apretado y compacto (12-33). El introito, “Amor de papel”, establece que el ser se deja escribir por la pasión y que cada libro es un viaje de papel y manos; barcos de tinta y vuelo apalabrado. El siguiente poema, “Hambre”, refiere al gusto y plantea el subtexto en la escritura: una práctica del deseo arrebatador de la masculinidad. Calificar el trabajo de este escritor como “Literatura Gay” sería desmerecer y no por el (tras)asunto de la sexualidad [esto es motivo de otro análisis]. Insisto en que la cuestión clasificatoria limita sobremanera una literatura que por ser caribeña encuentra ya serios obstáculos en cuanto a crítica especializada y distribución editorial. Es esta una preocupación que compartimos: ya en el ensayo “La cueva mágica: partes y contrapartes del niño gigante”, Vázquez Cruz asedia el ejercicio clasificatorio que a la larga desluce lo literario,

Si bien las taxonomías satisfacen la finalidad inductiva de centrarnos en las partes para descubrir los aspectos de un todo, las clasificaciones resultan peligrosas cuando se emplean para marcar parcelas literarias en donde cada cual reclama su *expertise*

⁵ La portada de *Inimaginado* es un ramillete de palabras en tinta negra sobre un fondo blanco que derivan del título. Entonces se lee: “imagina/magia/mago/nido/nimio/oda/anidan/odian/ma(r)ginado/ánima.” Y si se pasa a la página inicial este juego se extiende hasta el *escándalo* del vocablo. Véase *Inimaginado*. San Juan: Edición de autor, 2003.

en aras de “autor-izar(se)” (eregirse como voz de autoridad)”⁶

Lo planteado en *Sencilla mente* desborda la mera sexualidad y/o la militancia. Al estudiar este proyecto literario se concluye que se la escritura debe establecerse desde una revolución del lenguaje y no hacia el tema o el llamado “compromiso” de tal o cual gremio. En Vázquez Cruz la búsqueda de lo estético retrata un complejo de ansias, destrezas y ritos yuxtapuestos. “Hambre” es uno de los tantos textos en este poemario que invita a redescubrir la masculinidad a partir de lo alterno; de lo otro en el hombre por el hombre: “Hambre de un collar de brazos / prendido a mi cuello / marcado con tu nombre. / Hambre de besos y abrazos. / *Hambre de hombre*” (14).

Si “Hambre” refiere al gusto, en “Intocado” se afirma el interés por la alteración del sensorio; la relación se da mediante la (inter) comunicación entre los sentidos y sus significados,

no te miran mis dedos al llamar la epidermis
no te lamen las lenguas del lenguaje de las señas
[...] ni escuchan la sumisa rebelión de los poros
no
mis manos tocan, pero no te tocan. (19)

Nótense las alusiones a los signos *sensacionales*. Este atravesar el cuerpo del otro tiene el sensorio como eje y como producto, la seducción. Lo sencillo sería lo claro, el desenredo, pero seducir implica imbricar, ser atrapado; aferrarse: “La luna: ovillo de telarañas” (22). El enamoramiento se compone con las mismas leyes e instrumentos, renovadas maneras de convencer; mientras el placer se dilata y quien seduce, en la mortificación se complace.

⁶ Este texto es uno de los ensayos recopilados en *La mirilla y la muralla: el estado crítico*. San Juan: Sótano Editores, 2009, pp. 93-102.

El latido oscuro

La máquina del corazón no marca pasos

Carlos Vázquez Cruz

El corazón es el centro, motor y fuerza del ser y las cosas. En “[Corazo(n)ada]” el malabarismo vocabular que da fondo y forma a este poemario es llevado al extremo. En esta suerte de narración lírica se entremezclan sin ambages el *SpanGLISH*, la palabra popular y el preciosismo, formando una suerte de trenza; comparación a la que resulta inevitable acercarse si se apunta que la trama del poema es revelada por el amante que descubre a su *Significant Other*, “Un gringo jincho con leopardo estampado”, durmiendo el sueño del amor después al lado de otro hombre (24). Aquí la fuerza del engaño queda relegada por la contención; la rabia subyugada se transforma en fuerza de voluntad de un narrador que sin quererlo y con mucho pesar crispa los puños vacíos de objetos punzantes y se resigna al papel de triste *voyeur*.

Pero escribir encierra poder. La venganza adquiere forma de poema en “Anónimo”, donde arriesgando sus propias fórmulas estéticas el poeta se empodera y declara, “te jodiste/desde hoy serás literatura” (30). ¿A quién se le habla? ¿A su reflejo deteriorable? ¿Quién, qué es lo que al final se jode? Hay que detenerse ante los múltiples filos de esta aseveración, si se piensa en el destino de lo literario. Desde la exageración de ejemplos que podrían recuperarse de este verso, sería bueno localizarse en la literatura propia. Para nadie es un secreto el estado deplorable en que se encuentra la situación editorial en el Caribe. Aclaro que esto tiene poco que ver con la calidad de la producción literaria, histórica o reciente; este comentario trata de la distribución, el manejo y el estudio. Se antoja analizar este poema como una declaración del crítico estado de las cosas.

Besos de tornillo

El apartado “Vuelta de tuerca” se lee como una reflexión sobre los ritos del exceso que dan vida y razón a este poemario; el desborde. Abrasado por el soplo de la inspiración y el trabajo, el poeta accede a lo recóndito; se inicia así una conversación interna, un viaje abstracto [aunque no inconsciente] hacía sí. Federico García Lorca

al referirse a la imagen poética en Góngora se detiene en el regreso de este trayecto, “Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje.”⁷

Los extremos implican tanto el fracaso como la brecha que se abre a lo glorioso. Es esta la definición del riesgo: quien escribe debe atreverse. El hombre, apartado del lugar de deseo [de hombre], se deja ocupar por la memoria primitiva de la carne, “una jaula maternal, oscura y tierna [...] Roja de mí, dolor de mí, madre de mí” (37).

A partir de aquí, “Tus palabras” se convierte en el punto axial del conjunto. Se retoman fuente y sentido de la escritura; se rinde homenaje a la palabra como herramienta principal de la pasión,

Tu abecedario es mi mantel de estrellas, el rosario
solemne de mis fantasías, el desfile de hormigas al
terron de azúcar de esos sueños contigo. (38)

La poesía se hace con las palabras y su fuerza sugestiva; el pronunciamiento viene después y dependerá del tipo de lector y lecturas. La labor del poeta, más allá de la composición de un texto, es el oficio del apasionado; el contemplativo que con las mismas fichas reinventa un juego de propuestas inagotables. Aquí el sentido oblicuo de la palabra poética: si la palabra de uso práctico atiende al objeto, a un trayecto finito, la poesía es el distanciamiento: un proceso que reta al poeta y al lector a percibir la imagen como si fuese la primera vez. La poesía es el lugar donde explotan las emociones. Ese distanciamiento es una suerte de negociación entre poeta y lector. El poeta como viajero que descubre la belleza rompiendo jarrones y el lector, una niña que rompe y reconstruye los jarrones una y otra vez.

Delirante(mente), Vázquez Cruz compromete el término hasta exacerbar su sentido. La mente es loca condena; vehículo de un amor que va más allá de la simple corazonada. La pasión se contrapone, se revira; puede ser triste, historia, metáfora. Despojada de formalidades, la mente es el sistema nervioso del alma y como materia del lenguaje “No es poesía en sí, sino en ti como poema” (30).

⁷ Véase “La imagen poética de don Luis de Góngora.” García Lorca, Federico. *Prosa*. Madrid: Alianza Editorial, 1972, pp. 91-127.

*Escribe, pobrecita, escribe para no
morirte de rabia.*

LA LOCA DE LA CASA

MARTA APONTE ALSINA

“Sin un tornillo: lugares comunes” es el espacio de la locura. El cuerpo es el complejo espacio; lo posible de lo imposible. El artista, alejado de la objetivación y procurando lo etéreo, se halla a la vez maravillado y frustrado ante las limitaciones de su humanidad y busca multiplicarse, reinventando lo que le rodea, que termina por permearlo y convertirlo en un sujeto único. Este proceso no es gratuito; tanto arte como artista quedan infectados por este estado crítico. Ernesto Sábato al referirse a esta crisis, destaca la rareza de este ser humano entre la cotidianidad, “Mientras el artista [...] es el que gracias a su incapacidad de adaptación, a su rebeldía, *a su locura*, ha conservado paradójicamente los atributos más preciosos del ser humano. ¿Qué importa que a veces exagere y se corte una oreja?”⁸

Con este final Vázquez Cruz confirma que un poema es un sistema de símbolos pero sobre todo, un filón de ideas no necesariamente originales, lo cual no es un comentario negativo. La originalidad es una quimera y es por esto que el ser se afana en distinguirse, en alejarse. Con los mismos elementos de las primeras tradiciones, Vázquez Cruz ensancha una serie de poemas en donde cada verso es puente y enganche; y en la mayoría de las ocasiones un poema en su individualidad. A diferencia de los anteriores, en este apartado la serie es numerada, lo cual aporta cierto sentido de consecución. Esta *colindación* poética se establece en el primer poema,

El sustantivo guarda
una sustancia. Llama
contenida en el
llamar(me). (43)

⁸ Sabato, Ernesto. *El escritor y sus fantasmas*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Seix Barral, 2006.

Es totalmente lógico. El sustantivo es la *sustancia*, materia y motivo. En este verso el ingenio reside en la asociación verbal que se hace de inmediato, y es solo justo recordar que inmediato, el adjetivo, es sinónimo de siguiente, de próximo, de contiguo. El segundo verso reitera. El vocablo subsiguiente, *Llama*, declara que quien llama es el sustantivo; leído como palabra, como verso único, puede pensarse en la metáfora del fuego como elemento equiparable a la vida: entonces se tiene *El sustantivo guarda una llama*. Si se le asocia al verso consecuente, el poema declara que *existe un fuego contenido en él*.

El poeta regresa al juego en el segundo poema. Recurre a los cuentos infantiles, proponiendo que los mismos son el principio de todas las tramas; lo establece Vladimir Propp en su *Morfología del cuento*; también Jorge Luis Borges destacó alguna vez lo limitado que era el número de tramas. La trama, como ignición de la escritura. Lo importante no es tanto el fondo como la forma. Y para asegurarse de esto Vázquez Cruz no solo lo dice, sino que insiste, “[...] palabras ordinarias en boca extraordinaria” (38).

Este eterno retorno a las cosas genésicas, a lo sencillo, es una declaración de amor entero y sin pausas. Por esto los poemas se numeran y no se nombran; por esto, los versos parecen conectarse con el verso anterior o siguiente,

Batemos pico a pico, delicias
palmo a palmo, encuentros
pecho a pecho, nacemos
frente a frente, comemos
boca a boca, sorbemos
beso a beso, saciamos
gota a gota
uno a uno
tanto, tanto...(46)

Instituida esta dialéctica, el poeta exagera el juego y regresa al plano metafísico con un *texto eróscopo*⁹. El siguiente, es un poema compuesto de versos simples y directos. Palabras enamoradas en

⁹ *Eróscopo* es el título del poemario más reciente de la poeta puertorriqueña Ana María Fuster. San Juan: Isla Negra Editores, 2010.

una clave Morse del amor. Combina aliteración con pausa, “entre manos un racimo de roces/a tomates no huele/palabras/droga/dicción/entre nosotros” (55).

Las brevísimas pausas entre verso y palabra, además de sugerir cierta respiración en la lectura, remiten al contrapunteo musical. Si se piensa en ritmo hay que recordar que las notas *matizan*. Roland Barthes, agobiado por la intensidad del haiku, entiende el matiz como elemento decisivo. “El Matiz = un aprendizaje de la sutileza.”¹⁰ No puedo escribir “sutil” sin pensar en la sencillez.

Cuando deprimido por las cuitas del querer el seducido rememora al sujeto de su pasión, no piensa en el futuro sino que regresa a los orígenes, al amor más básico. *Sencilla mente* no deja de sorprender ni siquiera al final ya que como gesto de puntilla se refiere a la espina dorsal, que es un centro nervioso tan olvidado; un rosal que invita a pensar en Cristo [nunca hubo un amor más grande]; un cordón umbilical que es aquella conexión con lo materno [no todo es literatura gay]; y la sangre, que es el tejido principal, *enriquecida por el gélido mineral/recorre lo ancestral*, “en mi génesis genética” (58).

Un espejo se cierra/una puerta se abre

La escritura de Vázquez Cruz da cohesión a su obra y puede decirse que prefigura, en cuanto a la lectura, obras como *La belleza bruta* de Francisco Font Acevedo y el maravilloso libro de cuentos de Luis Negrón, *Mundo cruel*.

Por ejemplo, hay en *Inimaginado* voces que se repiten, se alcanzan y se complementan no sólo en *Sencilla mente*. Estudiar su narrativa o sus reflexiones críticas es un constante descubrir que la voz es la misma aunque constantemente cambie de inflexión y de colores. La obra de este escritor es una conglomerado de vasos comunicantes.

Alguna vez releí del portugués Emeterio Gonçalves, *el amor siempre es el mismo, lo que cambia es el objeto y la forma de ese amor*. Carlos hace a quien lee testigo atribulado de un amor muy grande y sin inhibiciones. Qué importa que a veces raye el exceso, acariciando arrebatadora[mente].

¹⁰ Véase Barthes, Roland. *La preparación de la novela*. Traducido por Patricia Wilson con prólogo de Beatriz Sarlo. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

Reseña

Montero, Rosa. *Instrucciones para salvar el mundo*.

México: Alfaguara, 2008. 312 páginas

Wanda I. Delgado-Rodríguez

Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

La novela *Instrucciones para salvar el mundo* inicia con una curiosa aseveración de la voz narrativa que nos dice que la Humanidad se divide en dos grupos: los que duermen sin problemas y los que padecen desasosiego a la hora de dormir. A partir de esa línea, el lector conocerá las historias de cuatro personajes que entran en contacto entre sí por casualidad: Matías, Daniel, Fatma y Cerebro. Esas historias son narradas en un lenguaje coloquial y con un estilo llano.

A través de la narración de las vivencias de esos personajes, la voz narrativa explora el tema general de la soledad y de la imposibilidad de establecer una comunicación real entre los seres humanos. Desde la primera página queda establecido que las acciones y experiencias de esos ejemplos de humanidad se remontan a sucesos pasados, por lo que se alterna la retrospectión con momentos presentes y prospectivos.

La trama se desarrolla en el ambiente urbano de diversos espacios de la ciudad de Madrid: (1) la casa en construcción detenida de Matías; (2) el apartamento y la sala de urgencias San Felipe, donde trabaja Daniel Ortiz; (3) el mesón el Oasis, donde coinciden Matías y Cerebro; y (4) y el burdel El Cachito, donde trabaja Fatma. A lo largo de la acción, se alude a un asesino en serie -el asesino de la felicidad- que es buscado por la policía madrileña. Este nunca será identificado, aunque el lector puede inferir que se trata de un joven terrorista islámico vecino de Matías. El joven muere al hacer explotar una bomba.

El lector no se identifica necesariamente con estos personajes. Son seres que por momentos parecen vivir en un tiempo detenido. Su falta de acción y su gusto por insistir en un pasado que no puede

recuperarse resulta tediosa. Con excepción de la misteriosa Fatma, los personajes son poco atractivos.

El personaje principal es Matías, un taxista de 45 años. La novela inicia con el entierro de su esposa Rita, víctima de un tumor canceroso. La muerte de su esposa marca el fin de una vida normal para Matías. Este no puede superar la ausencia de Rita porque vivían para sí mismos. Ella, además de esposa, aparece como una figura maternal para su esposo. Maestra de profesión, le enseñó delicadeza a Matías, a quien le llevaba más de 10 años.

Su fallecimiento provoca en Matías un profundo estado de desesperación y dolor que, a su vez, lo vuelve indiferente al mundo que le rodea. La voz narrativa le dice el lector “Matías no sentía pena. No. En realidad no sentía nada” (11). Huye del apartamento que compartía con Rita para vivir con sus dos perros en la casita que construía el matrimonio. Es un espacio sin muebles, sin luz, sin losetas. Trabaja de noche y duerme de día; por eso, predomina el ambiente nocturno. Se torna violento: ataca a un joven vecino. Su incapacidad para aceptar la muerte de su esposa lo conduce a generar odio y rabia contra la persona que considera responsable por la muerte de Rita: el doctor Daniel Ortiz.

Matías, como personaje principal, vive un proceso de aprendizaje que implica aceptar la realidad de la muerte de su esposa. Ese aprendizaje tan doloroso y personal impactará a los otros personajes. A través de sus experiencias, el lector reconoce que no hay instrucciones para cambiar al mundo. En ese sentido, Rosa Montero parece jugar con el lector. Cambiar el mundo, en todo caso, es tomar conciencia de la vida como espacio de experiencias donde no hay lugar para sueños y fantasías.

Por otro lado, Daniel Ortiz es un médico de 45 años, mediocre y frustrado, que convive con una mujer de 43 años llamada Marina. Se trata de una relación sin pasión, de maltratos verbales y recriminaciones mutuas. De hecho, Marina lo desprecia y le es infiel. La vida de Daniel se limita a preguntarse cómo había terminado “en una existencia tan pequeña y tan mezquina” (18). La interrogante quedará sin respuesta. Busca infructuosamente la felicidad, mientras considera que las mujeres son las asesinas de ese sentimiento. Dedicar su tiempo a beber y a jugar en el ordenador. Su obsesión con el juego lo lleva a ingresar a un mundo virtual

alterno (Second Life) en el que adopta la forma de un avatar para participar en juegos sadomasoquistas. Su interés por los actos sexuales extremos lo impulsan a visitar El Cachito en busca de esa experiencia desconocida. No soporta el dolor que le inflige la prostituta Dómina Demoni. Su vida se resume de la siguiente manera: “mal trabajo, una mala relación sentimental, una mala vida” (41).

Secuestrado por Matías, experimenta horas de terror al pensar que aquel lo matará por la muerte de Rita. Efectivamente, Daniel examinó a Rita en la sala de urgencias y no diagnosticó correctamente su grave condición de salud. Ese encerramiento forzado lo conduce a examinar su vida más profundamente que antes. Recupera la actitud de médico profesional al atender a Matías cuando este regresa herido. En ese momento, afirma que cambiará su vida. Incluso acompaña a Matías y Fatma para comprar la libertad de la prostituta del dominio de Draco, el dueño del burdel. Posteriormente, acompaña a ambos a la estación del tren que alejará a Fatma de El Cachito. Siente renacer en él el amor y compromiso por la profesión médica. Asegura que rehará su vida. No hará nada. Retornará a su vida vacía y monótona hasta morir. No aplicará ninguna instrucción para salvar el mundo porque es incapaz de salvarse a sí mismo. Las palabras finales de la voz narrativa sobre este personaje son las siguientes: “Esta poca cosa es una vida” (299).

La excepción a ese patrón es el tercer personaje de la obra: Fatma, hermosa negra sobreviviente a los horrores de Sierra Leona en África. Experimentar la muerte de su familia, ser utilizada como objeto sexual por los guerrilleros que la capturaron y ejercer como prostituta podría degenerar en un personaje sombrío, frustrado y misántropo. Sin embargo, eso no ocurre en su caso. Fatma se distingue por su espíritu de sobrevivencia; por aceptar su realidad y, eventualmente, superarla. Saber que tiene dos piernas enteras, brazos sanos, dedos, orejas y nariz la hacen sentir que lo tiene todo y es feliz. Se considera rica por tener “tiempo para sí misma en la soledad” (165), por tener una cama y estar alimentada, entre otros. Su mejor amigo es Bigga, una lagartija en la que cree se encuentra, como fuerza protectora, el espíritu de su hermanito muerto.

Fatma es un personaje clave en la novela porque es quien une a Matías y Daniel. Matías quiere ayudarla a salir del prostíbulo. De

hecho, recibe una paliza por defenderla de Draco, su proxeneta. Por otro lado, Daniel se siente atraído por ella tras atenderla en la sala de urgencias. La aparición de la joven en la casa del herido Matías, une a los dos hombres para ejecutar una acción conjunta: rescatar la prostituta.

Este cuadro humano queda completado con Cerebro. Esta alcohólica fue catedrática. Su vida queda destruida tras ir a la cárcel acusada de hostigamiento sexual por una estudiante. Vive en una casa en estado deplorable. Su vida se limita a caminar todas las noches hasta El Cachito y regresar borracha a su hogar de madrugada. En El Cachito, comparte sus conocimientos con Matías, pues le toma cariño. Su aparente falta de interés por la vida queda retada cuando un grupo de jóvenes se burla de ella y la cuelgan con la cabeza hacia abajo desde un puente. Tras ser liberada y llegar a su casa, reflexiona sobre su vida.

Los cuatro personajes no siguen instrucciones para salvar al mundo. Reflexionan por momentos. Esto les permite pensar, por un instante, que pueden transformar sus vidas como es el caso de Daniel. Al final, sobrevivir implica aceptar la realidad y vivir la vida sin grandes sueños. Significa aprender a transitar por un mundo hostil y violento.

El cambio más significativo lo experimenta Matías. Matías se casará con Luzbella, una camarera colombiana que trabaja en el Oasis. Matías cuidará de Cerebro hasta la muerte de ésta catorce años después. Daniel Ortiz continuará su violenta relación con Marina y ejercerá la medicina con igual mediocridad hasta su muerte a los 67 años. Fatma se mudará a Zaragoza, donde continuará trabajando como prostituta. Tendrá un hijo, contraerá matrimonio con un abogado y luchará a favor de las ramerías. La Humanidad seguirá dividida en dos grupos: los que duermen sin problemas y los que padecen desasosiego a la hora de dormir.

Colaboradores

JANE E. ALBERDESTON CORALÍN is a professor of English at the University of Puerto Rico-Arecibo. Her work has been published in various anthologies and literary magazines, such as *Bilingual Review* (Arizona State University Press) and *Sargasso: A Journal of Caribbean Literature, Language and Culture* (publication forthcoming). She co-authored the novel *Sister Chicas*, (Penguin Books, 2006) about growing up Latina in the U.S. She was recently selected for New York University's Resident Scholar Program for research on her current novel, *Invisible Choirs*. A graduate of Binghamton University's doctoral program in English, she is a proud alumna of Cave Canem, an organization for writers of African descent.

ROSA MONTERO es periodista y novelista. Entre sus novelas más recientes figuran *La loca de la casa* (2003), *Instrucciones para salvar el mundo* (2008) y *Lágrimas en la Lluvia* (2011). En el 2010 recibió el doctorado Honoris Causa otorgado por la Universidad de Puerto Rico con motivo de la celebración de El Cuarto Congreso Internacional: Escritura, Individuo y Sociedad en España, Las Américas y Puerto Rico. Trabaja en el periódico EL PAÍS desde 1976.

ANA LYDIA VEGA fue hasta muy recientemente catedrática distinguida de la Facultad de Humanidades, Departamento de Francés de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Entre sus publicaciones se encuentran la colección de cuentos *Virgenes y Mártires* (1981), *Encaranublado y otros cuentos* (1982), y *Pasión de historias y otras historias de pasión* (1987). Escribe una columna semanal en el periódico *El Nuevo Día*. En este momento trabaja en su primera novela.

DANIEL R. ALTSCHULER es catedrático de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras desde 1981. En 1989 fue invitado a trabajar como investigador en el Observatorio de Arecibo. De 1991 a 2003 fungió como director de dicha instalación. En el 2006 ocupó la cátedra UNESCO del patronato Sur Norte de la Universidad de Valencia. Es autor de *Hijos de las estrellas* (2001), co-autor de *Ciencia, Pseudociencia y Educación* (2004) obra premiada por el Instituto de Literatura Puertorriqueña, así como de numerosos artículos sobre ciencia y el peligro de la pseudociencia. En el 2010 recibió el Premio Andrew W. Gemant que otorga The American Institute of Physics (AIP) por su contribución a la cultura, el arte y a una dimensión humanística de la física.

FERNANDO PICÓ es catedrático de Historia en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras y sacerdote jesuita. Se le considera la máxima autoridad en el campo de la historiografía isleña. Su formación incluye estudios en España, Italia y Estados Unidos. Es autor de *Puerto Rico: historia general, 1898: La guerra después de la guerra, Contra la corriente y Cada Guaraguao*, así como de varios otros libros sobre la historia de Puerto Rico. También ha escrito y publicado en diferentes revistas y periódicos, tanto de Puerto Rico como del extranjero. Picó se ha distinguido por su total entrega a la causa de los menos afortunados y al estudio de la historia de Puerto Rico. En el 2004 fue seleccionado Humanista del Año por la Fundación Puertorriqueña de las Humanidades.

WALDEMIRO VÉLEZ CARDONA es catedrático en el Departamento de Ciencias Sociales en la facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras donde labora desde el 1987. Posee un doctorado en ciencias económicas y empresariales de la Universidad Autónoma de Barcelona. Es coordinador del Seminario de Educación de su facultad y ha publicado numerosos artículos sobre la importancia de la Educación General.

JOSÉ JUAN RODRÍGUEZ VÁZQUEZ es catedrático en el programa de Estudios Iberoamericanos de Ciencias Sociales de la Universidad

de Puerto Rico en Arecibo. Completó estudios posgraduados en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo el grado doctoral en el Departamento de Historia del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Es Co-director del programa radial “El sur también existe” transmitido por Radio Once, 1120 AM. Dirige la revista electrónica *El amauta*. Es autor de *El sueño que no cesa: La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño 1920-1940* (Ediciones Callejón 2004).

LUIS GONZÁLEZ PÉREZ es Catedrático del Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Es candidato al grado doctoral de la Universidad de Valladolid, España. Ha ofrecido charlas en sus áreas de investigación: la ética, la estética y la educación en Nicaragua, Chile, Cuba, Colombia, Nueva York y Puerto Rico.

DINORAH CORTÉS VÉLEZ obtuvo su grado doctoral en el año 2006 en la Universidad de Wisconsin-Madison, con una disertación sobre los usos éticos y políticos del humor en Sor Juana Inés de la Cruz. Se desempeña como Catedrática auxiliar en el Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras en Marquette University, Milwaukee, Wisconsin, USA. Sus intereses de investigación incluyen el feminismo latinoamericano; el entrecruzamiento entre la literatura colonial latinoamericana y las literaturas del Caribe hispano; y el entrecruzamiento entre el Barroco de Indias y el Barroco español. Fue colaboradora en un monumental volumen sobre la recepción crítica de Sor Juana durante el siglo XX, a publicarse por Veluvert-Verlag. Actualmente escribe un libro sobre el discurso de diferencia sexual de Sor Juana Inés de la Cruz. Acaba de publicar su primera novela, *El arca de la memoria: Una biomitografía*, bajo el sello de Isla Negra Editores (2011).

REBECA FRANQUI ROSARIO es Catedrática Asociada del departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico, en Arecibo. Obtuvo el grado doctoral en Literatura Puertorriqueña y Caribeña de Cornell University. En el 2006 ganó el Premio Concha

Meléndez que otorga el Instituto de Cultura Puertorriqueña con el ensayo “Caribeños y la nostalgia de un Puerto Rico perdido.”

REY EMMANUEL ANDÚJAR es un joven escritor dominicano. Es autor de la novela corta *El hombre triángulo* (2003), *El factor carne* (2005) una colección de cuentos premiados, el monólogo *El Ciudadano Cero*, *Candela* (2007) novela galardonada por el PEN Club de Puerto Rico, *Amoricidio* (2007), y *Saturnario* (2010) esta última colección de cuentos recibió el premio Letras de Ultramar, organizado por el Comisionado de Cultura en Estados Unidos. También escribió y dirigió la obra *Emmy Noether: El poema de las ideas lógicas*, protagonizada por la destacada actriz Carmen Zeta para la Universidad de Puerto Rico en Humacao. Con la pieza *Antípoda* se ha presentado en Viejo San Juan, Miami, Chicago, Michigan, París y México. Andújar es candidato al grado de Doctor en Filosofía y Letras en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe con la tesis: “Las formas del ascenso: el lenguaje mitológico en Aída Cartagena Portalatín.” Reside en Chicago en donde forma parte de la mesa editorial de la revista *Contratiempo*.

WANDA DELGADO RODRÍGUEZ es catedrática del Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Ha fungido como directora del departamento de Humanidades y facilitadora en los procesos de acreditación de la UPRA. Posee un doctorado en Literatura Puertorriqueña y del Caribe. Es co-autora del libro de español comercial: *Guía práctica y manual de referencia*. Ha publicado artículos y reseñas en su área en varias revistas académicas.



BIBLIOGRAFÍA



VOLUMEN I 1982-1983
TABLA DE CONTENIDO

ix

Marcos A. Morell
Presentación

INVESTIGACIÓN

1

Julio Ameller Vacaflor
Un nuevo ámbito de experiencia social en la
Europa Occidental del Siglo XII

15

Francisco Catalá Oliveras
Visión de conjunto de la economía puertorriqueña

31

Servando Montaña Peláez
Las oscuras raíces de la metafísica

47

Héctor Otero Burgos
Antecedentes dostoievskianos del concepto
de superhombre en Nietzsche

51

Margarita Agosto de Fernández
El principio de relatividad lingüística de Benjamin Lee Whorf

67

Priscilla Rosario de Franqui
Acercamiento a la estructura de *La muerte de Honorio*
de Miguel Otero Silva

77

Obdulio Lebrón Seguí
El uso del tiempo en *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes

91

Miguel Borroto Recio
Tres personajes femeninos: Pepita Jiménez, Rosalía Pipaón de la Barca
y la hermana San Sulpicio

107

Ireneo Martín Duque

En torno a *La Visión de Anahuac* de Alfonso Reyes

123

Pura Quesada y Alba Nydia Rivera

Factores socio psicológicos que afectan la satisfacción de vida de pescadores envejecientes en dos áreas geográficas de Puerto Rico

139

Juan Feliciano Valera

The implementation of educational reforms: a review of an alternative conceptual framework

159

Carlos González Rivera

Attitudes of faculty and administration in four-year institutions toward transfer students from community colleges

165

Edwin Hernández Vera

Biota micótica de la zona supralitoral entremareas y sublitoral de la costa norte y sur de Puerto Rico

191

Dan Porter McGinn

Venn diagram of n curves

CREACIÓN LITERARIA

195

Martita Rivera

El caminante

Las ilusiones

197

Rosa González Muñiz

Poemas I, II, III, IV

Renuevos

201

Dante Pasquinucci

From the Sea-cliffs in Arecibo

Jíbaro

The Crest of Young Luis Ponce de León

205

Servando Montaña Peláez
Canto de Gloria

209

Ilka Esteva Tavárez
Mariana a las seis

211

Obdulio Lebrón Seguí
Silencio

213

Dante Pasquinucci
The face of Loíza Aldea

RESEÑAS DE LIBROS

215

Pedro J. Arana García
Critical Reasoning: Understanding and Criticizing
Arguments and Theories

217

Serapio Fernández Mínguez
La Economía en el Mundo: Ayer y Hoy

221

Obdulio Lebrón Seguí
Comunismo en la Biblia

222

COLABORADORES

VOLUMEN II
TABLA DE CONTENIDO

INVESTIGACIÓN

7

Julio Ameller Vacaflor
La “modernidad” del Siglo XII

21

Carlos Felipe Davis Serrano
La Real Audiencia en Puerto Rico

39

Ángel De Barrio Román
El Alcalde de Barrio: un personaje olvidado

45

Pura Quesada de Rodríguez
El problema racial en Puerto Rico

59

Obdulio Lebrón Seguí
Aportación cultural africana a la América Latina:
Reflexiones sobre unas lecturas

66

Julián Martínez Francisco
Actitudes existencialistas en *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato

77

Edgardo Pérez Montijo
La unidad de título y contenido en
Esplendores y miserias de las cortesanas de Balzac

86

Juan Escalera Ortiz
La frecuencia y la significación de los tiempos verbales en
Los perros de Abelardo Díaz Alfaro

99

Miguel Borroto Recio
El personaje de “Don Juan” en Unamuno y los Hnos. Machado

108

Priscilla Rosario de Franqui
La ilusión y el fracaso en *Últimas tardes con Teresa* de J. Marsé

116

Miguel Otero Oliveras
Tópicos en torno a la lógica matemática

124

Myrna Hernández de Rodríguez
Producción de proteína microbiana en la fermentación
de residuos celulósicos

136

Ibis L. Aponte Avellanet
Estatus de la física nuclear en la actualidad

148

Dan Porter McGinn
The Insignificance of Statistical Significance

166

Zaida Pérez de Feliciano
La mujer ingeniero en Puerto Rico

170

Enrique Hernández Santos
Estudio de aprovechamiento académico favorece a estudiante que se hospeda

188

Gladys Cruz Acevedo
En torno a la instrucción bibliográfica

198

Edwin Hernández Vera
Gonyaulax Tamarensis Lebour (pirrofito) y Falkenbergia Hillebrandii (Barnet)
Falkenberg (Rodofita), dos organismos con capacidades fungistáticas
de las costas de Puerto Rico

CREACIÓN LITERARIA

205

Ilka Esteva Tavárez
Voces de agua

210

Luz Rodríguez de Cordero
Hitos

213

Rosa Del C. González Muñiz
Escala, Raíz y Luz, Diciembre de 1972

219

Elba L Pérez Gómez
Sin tautologías existenciales

221

Dante Pasquinucci Pepe
The Death of Kings, The Artists

RESEÑAS DE LIBROS

233

Mary Fitzpatrick Dummant
Developing Computer Based Library Systems

236

Ramón S. Corrada Del Río
Fin-de-siècle Vienna

238

Norma I. del Pilar Rivera
La lectura: puerta al conocimiento y al desarrollo personal y espiritual

239

Luis F. Ramos Ramos
Gay Men's Health: A guide to the "AIDS" Syndrome
and other sexually transmitted diseases
The AIDS Epidemic

241

Obdulio Lebrón Seguí
Alzheimer's Disease

242

Julián F. Martínez
Aprendizaje y toma de decisiones

244

COLABORADORES

VOLUMEN III
TABLA DE CONTENIDO

INVESTIGACIÓN

7

Servando Montaña Peláez
La desazón de saber —Perspectiva Histórica—

18

Pura Quesada de Rodríguez
Inteligencia, cognición y aprendizaje en el envejeciente

36

Enrique Hernández Santos
Dependencia-independencia de campo como medida de predicción de éxito académico y criterio de selección para estudiantes de Ciencias Naturales

58

Manlio Arraiza Donate
La constitucionalidad del agravante del delito de agresión agravada por razón del sexo de quien lo comete y la víctima (varón-mujer)

78

Francisco A. Cátalá Oliveras
El desarrollismo en Puerto Rico: logros, fracasos y perspectivas

90

Martha Bechis Rosso
The Contribution of the Amerindians to the making of the Argentinean and Chilean nationalities. An Anthropological approach

112

Heriberto González y Edgardo Cabán
Administración por objetivos (Una experiencia)

126

Rafael Bey Nazario y Magdalena B. de James
Study of the Dermatoglyphic patterns of Children Born at or Admitted to the Pediatric Department of the Arcibo Regional Hospital

132

Nilsa Toro Jiménez
La enseñanza de estrategias para la resolución de problemas matemáticos

144

Marino Fernández Cuesta
“Luvina” de Juan Rulfo

156

Edward Strickland
The Opaque Landscape of “Childe Roland to the Dark Tower Came”

168

Dante Pasquinucci
Dark Stream of Consciousness: Kipling’s *Light that Failed*

CREACIÓN LITERARIA

181

Ilka Esteva Tavárez
El carpintero escultor

183

Marino Fernández Cuesta
Romance

185

Luz I. Rodríguez de Cordero
Poesía
Algarabía
Mañana
Romance

189

Ibis L. Aponte Avellanet
Ojalá amanezca
Sólo un suspiro

191

Dante Pasquinucci
“The Idea of Perfection in Movement”

RESEÑA

195

Ireneo Martín Duque
El color que el infierno me escondiera, de Carlos Martínez Moreno

198

COLABORADORES

VOLUMEN IV
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

7

Carlos Felipe Davis-Serrano
La letanía del silencio (poema)

9

Juan Escalera-Ortiz
Estructura y estilo de *El viaje definitivo* de Juan Ramón Jiménez

16

Ilka Esteva Tavárez
La renuncia (cuento)
Santo, sensual... (poema)

19

Marino Fernández Cuesta
“Macario” ante la crítica: cuento de Juan Rulfo

27

Marie Solange Ferrer Aponte
El expresionismo en dos obras tempranas de Pablo Neruda

57

Servando Montaña Peláez
Los dos Quijotes

79

Dante Pasquinucci Pepe
Vulcan's Forge: The Bards of Thracian (poema)
Paper Boats (cuento)

87

Juan Ruiz Rosa
Alumbramiento (cuento)
Whirled Wind Ash (poema)
Le Thin Lan (poema)

99

Luz Rodríguez de Cordero
Poemario: *De la prístina luz de la palabra*

HUMANIDADES Y SOCIALES

105

Martha Bechis Rosso

Mito, sociedad y personalidad en el mundo primitivo:
un ensayo de antropología de la existencia

134

Julián Martínez Francisco

La Teología de la Liberación, proceso concientizador en Latinoamérica

151

Manuel Saponara Curotto

Inglaterra y la abolición de la esclavitud en Hispanoamérica

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

169

Luis Raúl De Los Santos Silva

Cuasi-experimento para determinar la percepción de efectividad y eficiencia
de la utilización de hojas de evaluación para proveer consejería académica a
estudiantes de Administración de Empresas

193

COLABORADORES

VOLUMEN V
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

9

Antonio Cardona López
La visita

19

Juan Escalera-Ortiz
Una experiencia con *Antología de la desnudez*

24

Ilka Esteva Tavárez
Bajamar
Decálogo
Era
Las Soledades
Ya no puedo ni quiero
Júbilo blanco

34

Marino Fernández Cuesta
Peribañez y el Comendador de Ocaña

47

Luis F. Laracuenta Carreras
Inspiración en ti
Poema para ti

49

Héctor M. Otero Burgos
Boquitas pintadas: caritas enmascaradas

57

Dante Pasquinucci Pepe
“Daughters of Time”
“A Spring in Spring: 1987”

59

David L. Quiñones
Aproximación al mundo poético de Luz I. Rodríguez de Cordero

68

José Juan Rivera Hernández
Aproximación al relato “El cuento de la Mujer del Mar”
de Manuel Ramos Otero

72

Luz I. Rodríguez de Cordero
Acechanza (Cuento)
A Julia
Dolor
Ser Madre
Seré mejor
Espejos
Credo al Poeta
In Memoriam

77

Juan A. Ruiz Rosa
The Stout Queens
Pre-Dawn Squall

79

Marie Solange Ferrer Aponte
La novela europea en Puerto Rico: éxitos de librería
de la primera mitad del SIGLO XIX

HUMANIDADES Y SOCIALES

89

Annabelle Irizarry Irizarry
Gender Differences in the Social Housing Characteristics
of the Puerto Rican Elderly

114

Manuel A. Saponara Curotto
La esclavitud en el Perú: de la revolución a la abolición

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

127

Josefa I. García Firpi
Cuatro Semigrupos en (0,1)

131

Germán Hernández Díaz
Las finanzas del Vaticano

136

Luis Laracuate Carreras
Las destrezas motoras y su aplicación en la enseñanza de
los deportes y la educación física

145

Zulma Nadal Arrillaga
Los Números de Fibonacci y la Razón Dorada

RESEÑA

159

Juan Escalera-Ortiz
sobre María de los Angeles Ortiz,
Poemas de Amrita Pritam

163

COLABORADORES

VOLUMEN VI
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

9

Miguel Borroto Recio
Algunas ideas para un estudio comparativo entre la obra de Tirso de Molina
El burlador de Sevilla y la de José Zorrilla *Don Juan Tenorio*

15

Antonio Cardona
El doble plano trágico en el poema: “El ruego” de Gabriela Mistral

20

Gladys E. Cruz
Hoy te descubro
Tú sólo
Poema de la noche

21

Ilka Esteva Tavárez
Historia de dos mujeres
I have (poemas)

30

Juan Escalera-Ortiz
Cala en el cuento y drama purificación de los soles truncos
en la calle del Cristo en Arecibo

38

Marino Fernández Cuesta
“Talpa”, cuento de Juan Rulfo ante la crítica

43

Rosa del C. González
Marta
Introspección

46

Julián Martínez
Versos satánicos: un libro blasfemo
La sentencia de Jomeini contra Rushdie

64

Rafael Morales Morales
El dictador como objeto novelístico en:
Tirano Banderas
El Señor Presidente
La Fiesta del Rey Acab
El Recurso del Método
Yo, El Supremo

81

Olga Nolla
El recurso del diálogo en la obra de Manuel Puig

86

Héctor Otero Burgos
Cinco cuentos de sangre

90

Roberto Ramos Perea
Dramaturgia "Arcibefía": Pasado y Presente

100

Priscilla Rosario Medina
Acercamiento a la poesía de Gabriel Celaya

107

Edgar Quiles
Teatro puertorriqueño contemporáneo

117

David L. Quiñones
El Conde Lucanor: Ejemplo XXVII: sistema de voces
narrativas y oposiciones binarias

129

Juan Ruiz
I Heard of Saints
But for the Silk Veiled Nymph
The Ascension
There was a wind last night

131

José Juan Rivera
Acercamiento a la literaturidad de la novela:
El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz, de Alfredo Bryce Echenique

HUMANIDADES Y SOCIALES

141

Judith Carnivali

Características socio-demográficas más sobresalientes
de las mujeres puertorriqueñas de edad avanzada

148

Annabelle Irizarry

Patterns of political participation among older Puerto Ricans

156

Dante Pasquinucci

The movies of the 1960's

161

Melba Sánchez

El sistema de apoyo familiar de las mujeres puertorriqueñas
de edad avanzada: una perspectiva dinámica

170

Manuel A. Saponara

La tenencia de tierras en el Perú colonial y la formación de las haciendas

189

Elsa Tió

El Caribe y La Hija del Caribe

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

197

Iris L. López

Crucigrama

RESEÑAS

201

Julián F. Martínez

Fernando Díaz Plaja, *A la sombra de la guillotina*. Madrid: Editorial Planeta, 1988

204

Juan Escalera-Ortiz

Hiram Gómez, *Baladas del duende amor*. Quebradillas: Imprenta San Rafael, 1989

208

Jaime R. Colón

Juan José Baldrich, *Sembraron la no siembra. Los cosecheros puertorriqueños de tabaco
frente a las corporaciones tabacaleras, 1920-1934*. Río Piedras: Editorial Huracán, 1988

VOLUMEN VII
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

9

Zayrah Baz Nora

La alternatividad femenina en coligación en la contracultura

14

Miguel Borroto Recio

Acercamiento a la cuentística de Julio Cortázar: Bestiario

19

Antonio Cardona López

Estudio del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Federico García Lorca

32

María M. Doncel Vázquez

La poesía nacionalista de Juan Antonio Corretjer

43

Juan Escalera-Ortiz

Soledad

Los dos

Asalto al tiempo

Una palabra más

Esperanza

48

Ilka Esteva Tavárez

Los catadores

49

Marie S. Ferrer Aponte

La novelística de Manuel Puig: *La traición de Rita Hayworth* y

El beso de la mujer araña

60

Rosa del C. González Muñiz

De asfalto y alas

Las claves léxicas (Encuentro cuasi místico en el poemario *Entonces*)

70

Nemir Matos Cintrón
El arte de morir (prosa y poesía)
A Luis Cartañá (poeta)
A Pedro Norat (actor)
A Manuel Ramas Otero (escritor)
A Namir Matos (escritora)
A todos

76

Dante Pasquinucci Pepe
Disney's *Fantasia*: The Surreal Smile
The Final Performance of King Lear (poem)

82

David Quiñones Román
Elementos grotescos (visuales y temáticos) en
Luces de Bohemia de Ramón del Valle Inclán

91

Priscilla Rosario Medina
La casa más habitada o la transformación de lo cotidiano en asombro

HUMANIDADES Y SOCIALES

99

Annabelle Irizarry
Access to opportunity variables for nutritional practices among older Puerto Ricans

113

Eumardo Martínez Segarra
Inhibición, síntoma y angustia: Sigmund Freud
La interpretación de los sueños

141

Julián Martínez Francisco
Ciencia y religión: ¿Dicotomía excluyente o competitiva?

149

Rafael A. Morales Morales
Pensamiento revolucionario de Simón Bolívar

163

Servando Montaña Peláez
Dimensiones esenciales del cristianismo

171

Ida G. Román Carrión
Self-Esteem and its importance in
Second Language Learning and in the Curricula

181

Manuel A. Saponara Curotto
La esclavitud en el Brasil: una visión general

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

195

Pura Quesada Picó and Rafael Bey Nazario
Differences in Perception of Aging of Both Sexes in
Different Age Groups in Arecibo, Puerto Rico

209

Iris Lynnete López Guzmán
Las calculadoras como instrumento de aprendizaje
en el currículo de matemáticas

213

Reinaldo Soto López
Estudio del impacto de la matemática remedial

219

Raquel G. Vargas-Gómez
La dicha de la astucia o curiosidades

225

COLABORADORES

VOLUMEN VIII
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

7

Juan Escalera-Ortiz
Las constantes temáticas en *Los santos inocentes* de Miguel Delibes

15

Ilka Esteva Tavárez
Madre Dios

18

Rosa del Carmen González Muñiz
Resumé
Propuesta I
Video-clip para mamá

21

Rosa del Carmen González Muñiz
Acercamiento a los estudios de semántica estructural en
España e Hispanoamérica

26

Dante Pasquinucci
The Day That Dylan Thomas Died
Ceiling of the Sistine Chapel
Ulysses
Big Brother: 1994

30

Julián F. Martínez
La expresión escrita de los universitarios puertorriqueños

44

Luz Idalia Rodríguez
Oda a nuestra casita
Súplica a Píndaro

48

David Quiñones Román
El señor de Pigmalión y la deshumanización del arte

61

Priscilla Rosario Medina

Dolor

Evocaciones

Ilusión

64

Juan Ruiz

En el cielo de El Mozote ya reina la justicia

The Cliff-Perched Birds

The Saint Stops by the Garden

Shadow Jumper

Final Sorrow

Rhapsody

The Glories

The Silent Army Crashes

HUMANIDADES Y SOCIALES

75

Rafael Bey Nazario - Pura Quesada Picó

El desarrollo de una perspectiva interdisciplinaria en la educación en gerontología y en la gerontología educativa

89

Rodolfo J. Lugo-Ferrer

Arte de ruptura

94

Annabelle Irizarry

Knowledge about domestic violence among Puerto Ricans

111

Jaime Colón

Las identidades subordinadas en Puerto Rico,
o los múltiples rostros de la parcela

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

119

Reinaldo Soto López

Las matemáticas en la vida diaria

123

Gloria Butrón

Fuentes de información para la investigación lingüística

132

Ida G. Román

Skills Needed by Students in Order to Be Successful in the
Working Place of the New Era

RESEÑA

145

Julián F. Martínez

Roberto Pazzi: *Evangelio de Judas*. Barcelona: Seix Barral, 1991

151

COLABORADORES

VOLUMEN IX
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

7

Jaime Colón
De cómo a cada abuela le llega su santo

11

Antonio Cardona
Coquí de menta

12

Zulma Nadal
Súplica a un poeta

13

Julián Francisco Martínez
Sertanismo y Existencialismo en Graciliano Ramos

27

Juan Ruiz
Sharing Old Age
News of God To Fall

30

Rosa del Carmen González
Audio para un recuerdo

32

José Juan Rivera
La estructura del juicio histórico en
La muerte no entrará en palacio de Rene Marqués

HUMANIDADES Y SOCIALES

55

Stella Aneiro & Ida Román
Interviewing Encounters with Puerto Rican Interviewees

74

Annabelle Irizarry
Sex Differences in the Social Support System and Level of Satisfaction with
Network among Aged Puerto Ricans

95
Rafael Bey Nazario
Objetivos para la salud del envejeciente puertorriqueño para el año 2000

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

115
Josefa García
La mujer en las matemáticas II (Barbie y Scarlett O'Hara)

RESEÑA

121
Priscilla Rosario
Amalia Arroyo de Borges: *Alas de Cristal*

125
COLABORADORES

VOLUMEN X
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

7

Juan Ruiz Rosa
Madboy and What He Wanted

10

Maritza Martínez
El Mar

11

Dante Pasquinucci Pepe
Sure That Spring Roses Shall Be New-dappled
Give Me Your Poems

13

Rosa del Carmen González
Internet vital

14

Nelly Bauzá Echevarría
Los trabajos de Persiles y Sigismunda: a través del prisma de la metaficción

HUMANIDADES Y SOCIALES

21

Emma Domenech Flores
Y junto a él la mujer: ¿hermosa realidad o pesadilla?

24

Robert Guzmán
Language Policy: Social and Educational Implications

32

Gladys R. Capella Noya
Respeto y humanidad en el salón de clases: una maestra toma la palabra

36

Annabelle Irizarry y Rufino Morales
Estratificación por género: la mujer puertorriqueña
en la política - siempre presente, pero mayormente invisible

50

Wilfredo Toledo

La globalización de la economía y el uso de las barreras no-tarifarias
en el comercio internacional: algunas observaciones

61

Juan Luciano

La retórica de Michael Jackson antes del caos

65

Stella M. Aneiro

The Perceived Importance of Listening Skills and The Existence of Receiver
Apprehension in Puerto Rican Professionals in Organizational Settings:
Results on a Preliminary Investigation

83

Juan José Rivera

El planeta Puerto Rico

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

91

Zulma Nadal Arrillaga

El simbolismo en el álgebra

94

Josefa García Firpi

El pensamiento lógico/matemático: pensando sobre cómo pensamos

RESEÑA

103

Priscilla Rosario

Videoclips a lápiz de Rosa del C. González

107

COLABORADORES

VOLÚMENES XI Y XII
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

9

Juan Ruíz Rosa
Para un desahuciado

10

Tenaya Darlington
Estructura académica

12

Juan Ruíz
Scene from *New Terra*

19

José Juan Rivera
Estructura parcial de la *utopía del hombre* en *El clamor de los surcos* de Manuel Méndez Ballester

HUMANIDADES Y SOCIALES

37

José J. Rodríguez Vázquez
La nación problemática no alza vuelo: raza, nacionalidad y nación en Antonio S. Pedreira

75

Annabelle Irizarry y Yadira Santiago
Conflicto de valores en la problemática de conducta disfuncional

89

Mary Angie Salvá Ramírez
The Puerto Rican Plebiscite (1993): Spanish News Stories vs. United States News Stories

100

Jaime R. Colón
Cien años de invisibilidad, resistencias y negociaciones en el espacio educacional puertorriqueño en los principios del siglo

142

Juan Luciano

A Puerto Rican Look at the WalMart Culture: an
Organizational Democracy That Works

150

Martha G. Quiñones Domínguez

La sociedad sustentable y el medioambiente

163

Annabelle Irizarry

Sex Differences in the Economic Status of the Puerto Rican Elderly

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

179

Roberto Torres López

Tools from Information Technology Applied to Chemistry

RESEÑA

213

Rosa del Carmen González

Leonardo Boff. *Ecology and Liberation. A New Paradigm*

219

COLABORADORES

VOLUMEN XIII
TABLA DE CONTENIDO

LITERATURA Y CREACIÓN

7

Yeidi Altieri
En el viento que mueve tu cuerpo

8

Priscilla Rosario Medina
Dulce hombre prohibido y los ropajes del discurso en Olga Nolla

18

Rosa del Carmen González
Besos sobre la nevera

20

José Juan Rivera
La dimensión de futuro en la poesía mítica de Juan Antonio Corretjer

45

Rebeca Franqui
Marcela y la libre elección

56

Juan Ruiz Rosa
Simia Rosa

68

Marino Fernández Cuesta
“A mí me gusta la pornografía... Yo no soy lesbiana”:
Entrevista a Lucía Etxebarria

77

William Mejías López
Asedios a lo indecible: Luce López-Baralt y Mercedes López-Baralt
escriben para el mundo y la posteridad

86

William Mejías López
Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la
situación de los conversos y moriscos

HUMANIDADES Y SOCIALES

111

Jaime R. Colón

Reflexiones sobre uno de los proyectos elaborados por los candidatos a la rectoría del Colegio Universitario de Arecibo

114

Ingrid Garriga

La triste e increíble historia de las brujas, o la bruja como arquetipo femenino

121

Ida Román

A Survey of the Literature of the Critical Period Hypothesis in Second Language Acquisition

129

Gladys R. Capella Noya

Raíces de la violencia contra la mujer dentro de nuestra vida diaria

136

Luis R. Santiago Álvarez

El ojo antropológico y la cultura popular, comunicación y representatividad: valor de la imagen

149

Annabelle Irizarry

Maltrato y servicios de intervención para el puertorriqueño anciano

158

Lesbia Carrasquillo
Programación infantil

RESEÑA

169

Priscilla Rosario Medina
Trina. Antología y estudio crítico

177

COLABORADORES

VOLUMEN XIV
TABLA DE CONTENIDO

ARTÍCULOS

1

Wanda I. Delgado

Los relatos extraños de Álvaro Menéndez Leal

19

Mateo Garcés

Cultural Literacy: An Important Asset for the Comprehension
of The General Prologue of *The Canterbury Tales*

29

Annabelle Irizarry

Amores que matan: Causas y efectos de la violencia doméstica

47

William Mejías López

La presencia inquisitorial en *La pezuña del diablo* de Alfonso Bonilla-Naar:
hipocresía y sexo en la Cartagena de Indias del siglo XVII,
¿eran los inquisidores unos santos?

75

William Mejías López

El viaje (metáfora de la muerte) en el relato
“No oyes ladrar los perros” de Juan Rulfo

97

William Mejías López

Alonso de Ercilla y *La Araucana*, un poeta y un poema en
los fondos bibliográficos de Chile: reseñas generales a
algunos de los testimonios que apuntan a la historicidad

119

Miguel Ángel Náter

Puerto Rico en la poesía de Pablo Neruda

140

Nereida Prado Rodríguez

El papel de la mujer en *La Tejedora de Sueños* de Antonio Buero Vallejo

153

Martha G. Quiñones Domínguez e Iván F. Elías Rodríguez
La planificación de los usos de los terrenos en Puerto Rico

165

Maiella L Ramos Fontán and José G. Arbelo García
Uptake of trace elements by roots of aquatic plants from the
Caño Tiburones wetland

PROSA CREATIVA

181

Juan Ruiz
Julie

RESEÑA

203

William Mejías López
Las Casas, Bartolomé, *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*,
edición de Consuelo Várela

VOLUMEN XV
TABLA DE CONTENIDO

1

Rebeca Franqui Rosario
“*La culpa de los tlaxcaltecas: un viaje a las raíces prehispánicas mexicanas*”

11

Edgardo Pérez Montijo
“El Nene como chivo expiatorio: Identidad de clase en
La guaracha del Macho Camacho”

25

Deyka Otero Lugo
“La burla emblemática y el discurso picaresco: Dialogicidad discursiva e iconográfica entre un sello inquisitorial, el emblema de Fray Luis de León y un ‘morisco’ labrador en la *Segunda Parte del Lazarillo* (1620) de Juan de Luna”

41

Marilyn Ríos Soto
“Ciclo de cuentos e identidad femenina en
Mujeres de ojos grandes de Ángeles Mastretta”

61

Alcibiades Policarpo
“Perspectivismo femenino en *La casa de los espíritus*”

69

Magdalena Defort
“Historia y ficción en *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa”

81

Carlos Andújar Rojas
“Seis Sigma: gerencia de calidad total de tercera generación”

93

Annabelle Irizarry-Irizarry
“Attitudes Towards the Elderly”

109

Mateo Garcés Valencia
“The Importance of Beliefs in Second Language Learning:
A Review of Literature”

127

José Gerardo Martínez Martínez
“Traditional vs. Distance Learning”

143

Benjamín Soto Trujillo
“En la cárcel del servicio”

145

COLABORADORES

VOLUMEN XVI
TABLA DE CONTENIDO

ARTÍCULOS/ ARTICLES

1

Marilyn Ríos Soto
“Un comentario social a partir de lo grotesco en
El amor muerto y *La Bodega* de Emilio Carballido”

11

Alcibíades Policarpo
“Pantaleón: Luz, Cámara y Acción”

21

José R. Venegas
“El abandono obligatorio y el influjo de la intertextualidad del teatro
de Henrik Ibsen en *Barranca abajo* de Florencio Sánchez”

39

Vartan P. Messier
“What Is Kim?: The Play of Identity Narratives in
Rudyard Kipling’s *Kim*”

55

Olena H. Saciuk
“A Love That Leads to Hell: Mother-Daughter Relationships
Reflected in Literature and Film”

69

Geissa R. Torres Santiago
“The Role of Crucian Creóle in Formal Education
in St. Croix”

85

Orville Villanueva
“Controversial Issues within the Spanglish Debates”

103

Annabelle Irizarry-Irizarry
“Pilot Study of the Differences among Elderly Puerto Ricans by Age Cohort
in Attitude and Exposure to Abuse, Mistreatment and Neglect”

CREACIÓN / CREATIVE WORKS

123

Jane Alberdeston-Coralín,
Ephemeroptera

125

Juan C. Zamora Munné
Poética
Raíz y Ser
Gracias
Tiempo
Encuentro
Nieve y arena
Versos simples

RESEÑAS / REVIEWS

135

Wanda I. Delgado Rodríguez
From the Kitchen to the Parlor: Language and Becoming in African American Women's Hair Care de Lanita Jacobs-Huey

139

Don Walicek
Creóles, Contact, and Language Change de Geneviève Escure
y Armin Schwegler

145

Evelyn Jiménez Rivera
Rituals of Violence in Nineteen-Century Puerto Rico: Individual Conflict, Gender and the Law de Astrid Cubano Iguina

151

Elsa Luciano Feal
The Hanging of Angélique: The Untold Story of Canadian Slavery and the Burning of Old Montréal de Afua Cooper

157

COLABORADORES / CONTRIBUTORS